LA SAGA DE LOS AZNAR

GEORGE H. WHITE

GUERRA DE AUTOPLANETAS



El mundo no había conocido nada igual. En el cielo de la Tierra, testigo de largas y apocalípticas batallas, dos colosos se enfrentan librando el más feroz y decisivo de los combates.

El autoplaneta Valera, el invencible coloso de los espacios siderales, encuentra un rival de su misma talla en el autoplaneta thorbod Argos. Por unos breves días, el destino de la Humanidad pende del resultado de este encuentro.

No se acepta un resultado a tablas, sólo un vencedor surgirá de la contienda, y éste será el dueño del mundo.



George H. White

Guerra de autoplanetas

La saga de los Aznar - 51

ePub r1.0

Titivillus 25.09.15

Título original: *Guerra de autoplanetas*
George H. White, 1977

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



GUERRA DE AUTOPLANETAS

George H. White

LUCHADORES DEL ESPACIO



CAPÍTULO I

LA guerra había terminado en Atolón. Haciendo sentir la aplastante superioridad de sus escuadras siderales, el autoplaneta Valera había arrojado todos sus efectivos sobre los Hombres Grises, desarbolándoles tras dos meses de violentos combates. Barridos del espacio, forzadas y conquistadas sus ciudades subterráneas, aniquilado su potencial industrial y mermado en número, los Hombres Grises levantaron bandera blanca y fueron a sentarse a la mesa de negociaciones con sus enemigos.

En la segunda semana de tregua, Marek Aznar recibía una invitación personal del Almirante Aznar para visitar el autoplaneta. Con ello se realizaba una de las más caras ilusiones de Marek.

Desmaterializados en el interior de una máquina Traslator en Maquetania, Marek y Bora, y el hijo de ambos, fueron restituidos en otra Traslator idéntica en los sótanos del edificio del Ayuntamiento de Nuevo Madrid, capital del planetillo Valera. Un salto limpio de más de ochenta millones de kilómetros que empezaba y terminaba en la brevedad de un fugaz relámpago.

Valera, un planetillo hueco de dimensiones aproximadamente

iguales a las de la Luna, era como una gigantesca burbuja de metal solidificado. Poco acogedor en su aspecto exterior, donde no existía atmósfera, era interiormente un mundo de ensueño; íntimo, acogedor y bello.

Refiriéndose a sus dimensiones internas, la longitud de la línea del Ecuador era de 9.500 kilómetros, extendiéndose a uno y otro lado de ella una zona de unos 2.000 kilómetros donde la fuerza de gravedad alcanzaba sus valores máximos y se encontraban las tierras más densamente pobladas.

No andaban escasos de espacio los valeranos. La superficie total interior era de 28.300.000 kilómetros cuadrados, de los que unos dos millones estaban ocupados por las aguas de lagos y mares. Los bosques de coníferas cubrían la mayor parte del territorio valerano, sucediendo a éstos las praderas, que alcanzaban casi hasta los casquetes polares. A los bosques, y en general a las plantas verdes, estaba encomendada la importante misión de regenerar la atmósfera.

Los valeranos disfrutaban, entre otras ventajas, la de poder determinar a voluntad las condiciones climáticas de su mundo-concha, tanto en lo referente a la alternancia de las estaciones como a la duración del día. La máquina que regulaba el calor y la luz en el interior era una enorme esfera de 25 kilómetros de diámetro suspendida en el centro geométrico del espacio hueco, donde las fuerzas de atracción tiraban por igual en todos sentidos, anulándose unas a otras. Esta lámpara solar, emitiendo rayos infrarrojos y ultravioleta, era alimentada por dos reactores nucleares que funcionaban ininterrumpidamente en su interior.

El día valerano tenía una duración de catorce horas, y la noche de doce horas. Durante las horas de insolación, el calor producía grandes cantidades de vapor de agua. Al llegar la noche y apagarse la lámpara solar, la atmósfera se enfriaba gradualmente y el vapor se condensaba en forma de lluvia, la cual iba a limpiar las calles de las ciudades y regaba abundantemente los bosques. Debajo de la tierra vegetal que sustentaba árboles y plantas, estaba la dura corteza metálica del planetillo, que era impermeable. El agua filtrada hasta el subsuelo escurría hacia las partes bajas y volvía a la superficie formando fuentes y manantiales. Arroyos y ríos iban a desembocar en los mares, renovando un ciclo que no se interrumpía

nunca.

Valera había sido descubierto hacia la mitad del siglo XXV por los terrícolas que llegaron al planeta Redención huyendo de los Hombres Grises que acababan de invadir la Tierra. Para transformarlo en un mundo habitable se necesitaron dos siglos, en los cuales se sucedieron varias generaciones de incansables trabajadores auxiliados con los medios tecnológicos y científicos más avanzados en su época. En este dilatado período de tiempo se fabricaron, molécula a molécula, un millón de kilómetros cúbicos de agua, más doscientos millones de kilómetros cúbicos de oxígeno y nitrógeno para formar una atmósfera respirable. Además se acarrearon desde Redención setenta y cinco billones de metros cúbicos de tierra vegetal, con la cual se cubrieron alrededor de quince millones de kilómetros cuadrados para asentar en ella los bosques y las plantas.

Esta obra faraónica habría carecido de objeto si los valeranos no hubiesen obtenido más beneficio que el de hacer habitable un pequeño y desértico planetillo. La cualidad más sorprendente de Valera era que estaba hecho enteramente de un metal superdenso llamado “dedona”. Este metal, verdadera rareza en la Naturaleza, tenía la propiedad de crear un campo de fuerza antigravitacional cuando se hacía pasar a través de él una corriente eléctrica. Esta propiedad de la “dedona” sería utilizada más tarde para arrancar el planetillo de su órbita. Impulsado por poderosos motores fónicos, Valera se convertiría así en el mayor autoplaneta conocido; es decir, un planetillo autopropulsado que podía dirigirse y volar a cualquier distancia en el espacio sideral, llevando en su interior una tripulación de millones de valeranos perfectamente acomodados en ciudades tan firmes como si se encontraran enclavadas en la misma Tierra.

Estas originalidades, que eran la normalidad para el valerano habituado a ellas, despertaban la admiración de Marek Aznar el día que iba a visitar el planetillo por primera vez.

Saliendo de la Estación de Emigración, a medida que el forastero ascendía por las enormes escalinatas de mármol, iba descubriendo una perspectiva cada vez más amplia de la Plaza de España.

Lo primero que veía en la distancia era el blanco friso sostenido por enormes columnas del Museo de Arte Universal encaramado

sobre una chata y verde colina. A su derecha y en extraño contraste de estilo, se levantaba la torre modernista de Radio y Televisión Nacional. A la izquierda, las tres cúpulas blancas del Parlamento brillando al sol por sus múltiples vidrieras, y a la derecha próximos, los rascacielos gemelos del Almirantazgo y el Generalato. Igualmente próximo, pero al lado contrario, el suntuoso edificio neoclásico de la Biblioteca Nacional. Detrás del viajero que llegaba por la Estación de Emigración estaba el edificio funcional del Ayuntamiento, de una pureza de líneas extraordinaria.

La Plaza de España, de planta circular, tenía cinco kilómetros de diámetro. Salvo una calzada de un kilómetro de ancho en todo su perímetro, el resto estaba ocupado por un parque en cuyo centro se levantaba un gigantesco obelisco de mármol de una sola pieza.

Entre los edificios públicos antes citados, venían a desembocar en la Plaza de España seis grandes avenidas de un kilómetro de ancho y veinticinco kilómetros de longitud. En otro tiempo estas avenidas estuvieron flanqueadas de altos rascacielos, pero la concepción urbanística había cambiado desde entonces, siendo el actual Nuevo Madrid una ciudad de proyección horizontal, donde privaban las casas unifamiliares, los parques y los amplios espacios dedicados a actividades deportivas.

Con el niño a horcajadas sobre los hombros, Marek Aznar se detuvo al final de la escalinata y miró a su alrededor como fascinado.

—Mira, Bora. Esto es Valera, ¿no es maravilloso?

El público que salía de la Estación de Emigración, y los que bajaban llevando alguna bolsa de viaje en la mano, les miraban sonriendo.

—Marek, no seas cursi —rezongó Bora—. ¡Claro que sé que es Valera! Pero no es para ponerse a gritar en medio de la calle. Van a tomarnos por pueblerinos…

—Aunque yo no naciera aquí, un Aznar nunca será un extraño en Valera. Este autoplaneta es más nuestro que de otro cualquiera —dijo Marek. Y a continuación propuso ir hasta el obelisco—: Allí veréis grabados los nombres de mis antepasados, de todos los que fueron comandantes de Valera.

Pero Bora se opuso. La distancia entre la Estación de Emigración y el Obelisco era de dos kilómetros y medio; es decir, cinco

kilómetros para llegar hasta él y regresar.

—Recuerda que tenemos una cita con el Almirante y se nos va a hacer tarde —dijo Bora.

Efectivamente, iban bastante ajustados de tiempo. Y por ninguna causa haría Marek esperar al Almirante. ¡Con tanto como deseaba este encuentro!

Marek sabía que durante esta entrevista iba a encontrarse también con su bisabuelo, Fidel Aznar. Pero aunque la fama de Fidel excedía casi a la de su hermano el Almirante, Marek no le consideraba a la misma altura. Eran personajes distintos, de hecho casi antepuestos uno al otro. Miguel Aznar, por antonomasia "el Almirante", comandante del autoplaneta, era un soldado profesional, un hombre de acción, explorador y astronauta. Fidel Aznar, cuyo nombre bartpurano era Adler Ban Aldrik, era un científico y un pacifista. Hijo de terrícola y de una mujer bartpurana, su procreación había sido dirigida científicamente para reunir en él los rasgos hereditarios más notables de cada una de las razas.

El ser que nació de esta especie de alambique uterino fue Fidel Aznar, un superhombre dotado de facultades extraordinarias. Pero a juicio de Marek aquí había habido trampa: Fidel Aznar, producto elaborado por la Ciencia, no suscitaba en él las mismas simpatías que el espontáneo y natural Miguel Ángel Aznar, cuya madre había sido una muchacha terrícola completamente normal e igual a cualquiera otra.

Cruzando la avenida inmediata por un paso subterráneo de peatones, en cuyo interior se movía una cinta transportadora, los visitantes salieron de nuevo a la luz del día en la esquina del parque que rodeaba el complejo arquitectónico de las Fuerzas Armadas. Una alta verja separaba la calle del parque. La verja tenía una sola puerta de acceso guardada por astronautas de la Armada Sideral y soldados del Ejército valerano en uniforme de gala, en sendas y vistosas garitas frente a frente.

Siguiendo las indicaciones del sargento de guardia, los visitantes se adentraron en una larga alameda con calzada de doble sentido. Ambas calzadas seguían paralelas un largo trecho y en el lugar donde se bifurcaban se levantaba una estatua de bronce sobre un alto pedestal.

—Mi tatarabuelo —señaló Marek orgullosamente—. Fue uno de los hombres más grandes de todas las generaciones de Aznares que mandaron el autoplaneta.

—Sé quién es, me has hablado de él miles de veces —dijo Bora con aire aburrido.

Continuaron por la avenida hacia el edificio del Almirantazgo. Ante la entrada a éste tuvieron que identificarse nuevamente. Un oficial consultó una lista y entregó a cada uno de los visitantes una tarjeta de identificación con la advertencia de que debían llevarla en todo momento en lugar visible. A continuación, el oficial llamó a una guapa chica de uniforme para que les acompañara hasta los aposentos particulares del Almirante Mayor.

El espacioso ascensor tenía espejos y estaba totalmente recubierto de mármol. El lujo estaba presente en todos los detalles del edificio, aunque sin sobrepasarse. Sin embargo, por comparación con los lugares donde Marek y Bora habían vivido los años de su vida, podía considerarse algo fastuoso. La calidad de vida de los valeranos tenía un nivel que los "tapos" no conocieron jamás.

Salieron del ascensor en un amplio corredor igualmente cubierto de mármol en las paredes y pisos. Por una enorme puerta de madera tallada pasaron a un lujoso vestíbulo, donde la muchacha les puso en manos de un ayudante que ostentaba el grado de capitán de fragata. Aproximadamente de la misma edad que Marek, era un joven muy agradable, alto, de pelo negro y atractivos ojos verdes.

—¿Marek Aznar? —inquirió el capitán después de consultar una libreta de notas. Sonrió y tendió su mano a Marek—. Soy Tuanko Aznar, tío suyo si no me equivoco.

Marek tenía una remota idea de este tío, del que alguna vez había oído hablar a su hermano. Tuanko Aznar era hijo de Alejandro y de mujer "tapo", por lo tanto poseería también las cualidades comunes a la raza.

—Pasad, os están esperando —indicó Tuanko.

Marek puso al niño en brazos de Bora y siguió a su joven tío. Un cosquilleo de emoción le recorría la espalda al cruzar las altas puertas. Ignoraba que iba a encontrarse con dos de sus hermanos, César y Romano, con su cuñada Tula y sus sobrinos Aníbal y Jara,

hijos de César. Al parecer, el Almirante había querido reunir a todos sus miembros supervivientes de la gran familia, los que regresaban a bordo del autoplaneta, y los que se quedaron en Atolón esperando la vuelta de Valera.

Había mucha más gente en el salón, pero Marek se fue derecho a abrazar a sus hermanos, especialmente a César, que le había acogido de niño y fue para él como un padre. Desde el ataque "thorbod" a Electra, en que la ciudad fue destruida, Marek ignoraba el paradero de su familia.

—Sé que te portaste como un héroe —dijo César emocionado—. Pero ya hablaremos de eso después. Marek, saluda al Almirante.

Marek se sintió repentinamente cohibido ante el Almirante. ¡Le admiraba tanto! Obviamente Miguel Ángel Aznar había transmigrado recientemente a su naturaleza anterior, de modo que no representaba más de veinticinco años. Marek se vio ante un joven alto, esbelto, de cabellos y ojos negros, nariz aquilina y firme mentón. Pese a su juventud, había algo que trascendía de este hombre, como un aura vigorosa, indicadora de una excelente salud y un aplomo impropios de su edad. Lógico, ya que pese a su juventud su edad mental y psíquica era de un hombre de un siglo, pues había transmigrado a los 98, y no habían transcurrido muchos desde entonces.

—¿Cómo estás, Marek? —saludó llanamente el Almirante tendiéndole la mano.

Marek no supo qué decir. Se limitó a estrechar con fuerza aquella mano y mirarle a los ojos.

—Aquí hay quien ha estado esperando con mucha emoción este momento —señaló el Almirante—. Tu bisabuelo.

Marek le vio, y casi en el mismo instante sintió el impacto de una personalidad poderosa, algo totalmente fuera de lo común, que irradiaba de aquel hombre como la fuerza invisible de un imán. ¡Adler Ban Aldrik, el último bartpurano, su bisabuelo!

Era un joven gigante, de dos metros o algo más de estatura, un verdadero atleta, con anchos hombros, grandes manos y una cabeza anormalmente voluminosa. En su condición de monje "bundo" Fidel Aznar llevaba el cráneo completamente rapado, no afeitado, como realmente era costumbre en su secta. Aunque era el tamaño de su cráneo lo que primero llamaba la atención, uno lo olvidaba al

instante para quedar prendado de la luz de sus ojos, así como de la admirable proporción de un rostro bellísimo, de una belleza ultraterrena, casi angelical, en el que estaban impresos la honradez, la nobleza, la temperancia, y una serenidad que daba la impresión de envolverle como un halo.

Marek comprendió enseguida que estaba ante un ser extraordinario, dotado de poderes paragnósticos misteriosos, de una profundidad humana que trascendía lo puramente físico y se elevaba a enorme altura hacia conceptos metafísicos que nadie en el mundo sería capaz de comprender jamás. Ante aquellos ojos azules, que a veces parecían grises y otras verdes, Marek se sintió con el alma desnuda. Comprendió que Fidel le investigaba, y sólo acertó a permanecer inerme mientras el "bundo" penetraba hasta el fondo de su psique y regresaba, al parecer satisfecho.

—Te pareces mucho a mi hijo —dijo Fidel Aznar—. ¿No es cierto, Miguel Ángel?

—Yo diría que le tiene un parecido extraordinario —respondió el Almirante—. Dalia, ¿qué dices tú?

Dalia, la hija del Almirante, asintió con profundos movimientos de cabeza.

—Realmente extraordinario, es el vivo retrato de Fidel.

—¿Éste es tu hijo? —preguntó Fidel Aznar señalando al chiquillo que Bora tenía en brazos.

Se diversificó la conversación. Mientras unos iban a mirar al hijo de Marek, éste era presentado al profesor Alejandro, hijo del Almirante, mestizo de "tapo" y que poseía también las facultades propias de éstos. No dejaba de ser curiosa la circunstancia de que, de toda la familia, el único que carecía de facultades paragnósticas fuera el Almirante. Otra curiosa particularidad era que, a excepción del Almirante y su hermano, todos los demás descendían de una abuela común.

Banda, la abuela "tapo", estuvo primero casada con Miguel Ángel Aznar y tuvo de éste dos hijos: Alejandro y Dalia. Posteriormente Banda se divorció de Miguel Ángel y se casó con Fidel, hijo de Adler Ban Aldrik. Los hijos de Fidel fueron Hector, padre de Marek, y Loanda, ambos desaparecidos en acción luchando en las guerrillas contra los Hombres Grises.

—Me he permitido invitaros a comer —dijo el Almirante tras

intercambiarse los primeros saludos—. No se da con frecuencia la ocasión de tener reunida a toda la familia, y Dios sabe si volveremos a vernos en el futuro.

—¿Por qué no? —protestó Marek—. Yo pienso quedarme en Valera, si es que no se ha promulgado ninguna ley que lo prohíba.

—Nosotros nos quedaremos en Atolón —respondió César—. Yo y mi familia, y Romano también. La nación nos necesita, todo quedó destruido y hay que volverlo a construir.

Después de la alegría del encuentro, Marek experimentó el primer disgusto. Nadie pareció advertirlo, porque en este momento se ponían todos en marcha, en bullicioso grupo en dirección al comedor.

Los valeranos eran una gente desconcertante. Junto a las muestras del más avanzado modernismo, se permitían el lujo de tener un comedor amueblado con muebles de Luis XIV, tan delicados que parecía iban a romperse al menor movimiento brusco. El Almirante explicaría más tarde que este mobiliario había sido fabricado a mano por un aficionado a los estilos clásicos, y luego lo había regalado al patrimonio del Estado.

En un ambiente realmente fastuoso se desarrolló la comida que el Almirante Aznar ofrecía a sus parientes. Solamente faltaban los criados con pelucas empolvadas, cosa imposible en Valera, donde ni siquiera el Almirante Mayor ni el Presidente de la República tenían servidumbre.

Se habló mucho durante la comida, especialmente de los ausentes: Hector… Loanda… Nuño… Freda… Los descendientes de Fidel Aznar parecían marcados por la mano del destino. Primero su hijo y luego sus nietos murieron en circunstancias dramáticas, y muchos de sus bisnietos no alcanzaron a ver el regreso de Valera.

—¿Es cierto que os proponéis regresar inmediatamente a la Tierra? —preguntó Marek al Almirante.

—Tan pronto concluyan las negociaciones con los Thorbod, que por cierto ya están durando demasiado —respondió el Almirante Mayor.

—He oído rumores en el sentido de que han surgido dificultades en nuestras conversaciones con los Thorbod —dijo César Aznar—. ¿Por qué? Son un pueblo vencido, no están en condiciones de exigir más de lo que les queremos dar.

—Los políticos llevan la voz cantante en este asunto. Por mi parte soy mudo espectador de lo que se está tratando en la mesa de negociaciones. Pregúntale a tu abuelo.

Todas las miradas convergieron sobre Fidel Aznar, que tenía sobre una de sus rodillas al hijo de Marek.

—Fidel se ha convertido en la mano derecha del presidente Da Hera —puntualizó el Almirante—. Prácticamente allí no se mueve un papel sin el consejo de mi querido hermano.

—El presidente me ha honrado con su confianza —admitió el inefable Fidel—. Y yo le correspondo con mi leal consejo.

—Yo diría que haces más que aconsejar —espetó el Almirante Mayor—. Estás utilizando tus artes de brujo para embaucarnos a todos y convencernos de que los Thorbod tienen derecho a la vida. Muy bien, que vivan. ¿Pero por qué aquí, en Atolón? Si les cedemos el planeta Veres, ¿quién se opondrá a que el día de mañana se extiendan por el resto de los planetas hasta conquistar todo Atolón?

—El circumplaneta es inmenso y en él cabemos todos, tapos, terrícolas, ghuros, thorbod e incluso “mantis”. Ha llegado el momento de admitir que, en tal que humanos, todos estamos asistidos de iguales derechos a la vida. Los thorbod no son lo que eran. Ha transcurrido algo más de un millón de años desde que fueron expulsados de la Tierra, y en ese largo tiempo ellos han evolucionado. He interrogado telepáticamente a más de un centenar de Hombres Grises de todas las clases sociales. El resultado ha sido sorprendente. Al thorbod de hoy día le importan un bledo los sueños imperialistas de algunos de sus jefes más significados. En el fondo el thorbod es un anarquista en el sentido más prístino. Su rebeldía al poder instituido y su amor a la libertad y la independencia superan con mucho al de los ghuros. Para dominar esta tendencia a la rebeldía, el Estado Thorbod ha tenido que ejercer su despótica autoridad durante milenios, rodeando todos los actos de la vida del pueblo de la más rígida disciplina. El thorbod ha llegado a perder la facultad de opinar por sí mismo. Toda su vida está reglamentada por una serie de leyes que son, sin género de dudas, las más inhumanas de cuantas existen en el Universo. Pero en el fondo de su alma el hombre gris sigue alentando secretamente la esperanza de liberarse de todas las majaderías que le encadenan a una política ya superada. La tecnología de los Hombres Grises se

encuentra quizás a la cabeza de todo lo conocido, por delante incluso de la tecnología terrícola. Hoy día ya no es concebible que se tengan que librar continuas guerras de conquista para ensanchar un Imperio que nadie estima necesario. Con el descubrimiento de las máquinas Karendón quedaron cubiertas las necesidades económicas, desde lo elemental a lo superfluo, se eliminaron las diferencias entre naciones ricas y pobres. Las Karendón están llamadas a llevar a cabo la revolución más profunda de cuantas se han sucedido en el curso de la Historia. Una pequeña comunidad, inferior al millar de habitantes, puede declararse autosuficiente si posee una Karendón y una fuente de energía permanente. Las Karendón atacan en la base al concepto del Estado, hacen libre al hombre y le devuelven todo su tiempo para que pueda dedicarlo al cultivo del espíritu. Desgraciadamente, todavía quedan individuos apegados a la vieja tradición del Poder, gentes que no se resignan a perder la autoridad y que se empeñan en mantenerse en sus puestos de privilegio inventando pretextos para realizar nuevas conquistas, aunque supongan sacrificios estériles. En esa línea se encuentran los altos jefes de la nación thorbod. Destruyamos su jerarquía, y habremos devuelto a los Hombres Grises la alegría de vivir en paz con los demás y consigo mismos.

Los Aznar se miraron unos a otros con expresión de asombro.

—¿Entonces, está decidido? —preguntó César Aznar—. ¿Los thorbod van a disponer de un lugar para vivir en Atolón?

—No hay nada decidido. La decisión última corresponde tomarla al pueblo —contestó Fidel.

—¿A cuál pueblo? —preguntó entonces el Almirante—. Parece como si Atolón les perteneciera a los tapos. Pero somos los valeranos quienes hemos vencido a los thorbod. Al menos debiera oírse nuestra opinión.

—Se oirá.

—Vamos, hermano, no bromees conmigo. Los tapos son trescientos millones, y los valeranos justo la mitad. Para que las fuerzas quedaran igualadas se debería conceder un voto por cada tapo, y dos votos por cada valerano. Pero entonces no lo estimarías justo.

—Yo no soy tapo, ni voy a quedarme en Atolón. Valera se marchará dentro de unas semanas, y los tapos quedarán

abandonados a su suerte. Si son los tapos quienes han de convivir con los thorbod, es justo que sean ellos quienes decidan las condiciones en que habrán de compartir el circumplaneta con los Hombres Grises.

—Pero si los thorbod acaban conquistando el circumplaneta, todos los demás quedaremos comprometidos en el error de los tapos, ¿no es así? —replicó el Almirante.

—¿Por qué te preocupa eso? En el próximo viaje Valera invertirá uno o dos millones de años. Si alguna vez regresamos a este rincón del Universo, lo más probable es que se hayan extinguido las civilizaciones que hemos conocido: tapos, terrícolas y thorbods tal vez ni siquiera existan. O si sobreviven habrán evolucionado de tal forma que apenas les reconoceremos.

—Eso, al menos para mí, no supone ningún consuelo.

—Hay que aceptar las cosas como son. Cada pueblo tiene que vivir su destino, y los valeranos no podéis erigiros en gendarmes permanentes del Orbe. ¿O sería más tranquilizador para ti saber que los Hombres Grises han abandonado estos mundos, aunque ignorando dónde se fueron ni cuándo volverán?

—No lo sé —suspiró el Almirante—. El problema es que existen y no hay fuerza humana capaz de exterminar su maldita raza. Tal vez venga a cuenta aquel viejo refrán que decía: “Si no puedes vencerles, únete a ellos”. Sería curioso que al final llegáramos a ver a terrícolas y thorbods conviviendo pacíficamente.

—El hombre debe arrojar de sí los viejos fantasmas del miedo, base de todas las intolerancias y obstáculo para la comprensión —dijo Fidel Aznar—. El terrícola debe comprender de una vez que no es el único ser humano del Universo. La estatura, el número de brazos o de piernas y la disposición de los ojos no hacen la humanidad, sino la inteligencia y la existencia de un alma inmortal. Thorbods, ghuros y mantis difieren de nosotros en aspecto, pero todos coincidimos en lo esencial y permanente: somos inteligentes. Causa infinito asombro descubrir que siendo tan distintos en nuestra apariencia, metabolismo, composición de la sangre y disposición del cerebro, desarrollamos una función común. ¡Todos pensamos! La mecánica del pensamiento es distinta para cada uno, pero el resultado último es el mismo para todos. ¡Yo puedo entender el pensamiento de un ghuro, y el ghuro puede entender el

mío y el del thorbod! O sea que la creación, valiéndose de mil formas distintas e ingeniosas, ha creado infinidad de razas y de pueblos, pero nos ha dado un lenguaje común en el que todos podamos entendernos; la inteligencia. Esto es maravilloso, y entiendo que su significado es claro. Todos estamos llamados a comprendemos en ese lenguaje universal, que es la función del pensamiento. ¿Humanos los thorbod? ¿Qué duda cabe de que lo son? Y como tales debemos intentar la aproximación a ellos hasta conseguir una perfecta convivencia. Esta convivencia la hemos experimentado con los ghuros, y hemos visto que es posible. ¿Por qué no con los thorbod? ¿Y por qué no también con el resto de los habitantes del infinito Universo?

El gran sorprendido de aquella reunión familiar, Marek Aznar, escuchaba atónito a su bisabuelo, y descubría en este hombre extraordinario valores mucho más convincentes que los del Almirante. La velada transcurrió como un sueño para Marek, que vio con pesar que llegaba a su fin. ¡Lo que uno podía aprender en sólo un par de horas de escuchar a estos hombres importantes, situados con justicia en el más alto estrato de la nación valerana!

CAPÍTULO II

LA invitación del Almirante incluía tres días de estancia en Valera con visitas organizadas a los lugares más pintorescos y de interés histórico del planetillo. Tuanko Aznar había reservado habitaciones para sus parientes en la Residencia de Transeúntes.

La residencia era un edificio de apartamentos de ochenta pisos administrado por personal del Servicio Obligatorio de Trabajo (S.O.T.). Las obligaciones de los empleados excluían cualquier clase de servicio personal a los huéspedes del edificio. La servidumbre estaba proscrita en la República de Valera como asimismo en Maquetania.

Conducidos a la residencia en un pequeño aerobús, éste se posó en la terraza del rascacielos.

—No voy a poder acompañarles en su excursión, pero nos veremos antes que regresen al circumplaneta —dijo Tuanko al despedirse[1].

Desde la terraza, una joven “relaciones públicas”, que vestía uniforme del S.O.T. acompañó a los huéspedes en el ascensor hasta la planta donde éstos tenían sus habitaciones. El pequeño apartamento de Marek y Bora tenía dos dormitorios, salón de estar-comedor, cocina y baño. Situado en uno de los pisos altos, desde sus ventanas se dominaba una espléndida perspectiva de la ciudad.

Mientras Bora iba a acostar al niño, que ya venía dormido desde el aerobús, Marek permaneció de pie ante la ventana del salón viendo como se iban encendiendo las luces en los bulevares y las “urbanizaciones”, entre la masa oscura de los pinares y la fronda de los parques. El sol artificial de Valera había acabado por apagarse y el salón estaba a oscuras. Al salir de la habitación, Bora tropezó en una esquina del diván. Marek la llamó:

—No enciendas la luz, ven aquí —Bora acudió a su lado y él le mostró el panorama a través de la ventana—. ¿No es un espectáculo

maravilloso?

—Yo lo encuentro demasiado sofisticado. No es natural —sentenció Bora.

—¿No te gusta el planetillo, eh? —gruñó Marek—. Cualquiera diría que tienes algún motivo de resentimiento contra Valera.

—Lo tengo —repuso Bora—. Presiento que él acabará por separarnos.

—¿Te refieres a lo que dije allí de acompañar a Valera en su próximo viaje a la Tierra? No estaba hablando en serio.

—Sé que hablabas en serio. Olvidas que conozco cada uno de tus pensamientos, y no es la primera vez que te sorprendo soñando en viajar en el planetillo. Debo hacerte una advertencia, para que todo quede claro desde ahora. Si decides marcharte tendrás que hacerlo tú solo. Mi hijo y yo no nos moveremos de Atolón.

—¿Lo has decidido así, de repente y sin pensarlo? —protestó Marek.

—Tan meditado como tú cuando dijiste que ibas a acompañar a Valera en su próximo viaje.

Evidentemente, Bora conocía el pensamiento de Marek, cosa por lo demás que no podía sorprender a nadie. Los tapos, raza evolucionada a partir de la primera colonia valerana que se estableció en Atolón, tenían especialmente desarrolladas sus facultades parapsíquicas, entre éstas la telepatía.

En los tapos, la facultad telepática venía fijada con los demás rasgos que configuraban la herencia genética. Los bebés tapo disfrutaban de ventajas que nunca conocieron los valeranos. La sensación de hambre, de incomodidad, de dolor o de temor que todavía no sabían expresar, era captada telepáticamente por la fina sensibilidad de su madre. El propio bebé era a su vez receptor de las ondas extrasensoriales emitidas por sus padres, y a través de éstas percibía los sentimientos más tiernos. Los niños tapo nunca se sentían solos, y su primer año de existencia, que solía ser fuente de penosas experiencias, transcurría para ellos sin trauma alguno.

Ya adulto, el tapo era mucho más expresivo que cualquier individuo de otra raza. El lenguaje hablado, en tal que expresaba las ideas, solía moverse sobre una línea sinuosa salvando los naturales obstáculos del idioma. Los sentimientos más nobles, las ideas más hermosas, solamente podían manifestarse a través de las palabras, y

con frecuencia el orador no encontraba la frase justa para narrar una idea o un estado de ánimo.

Los tapos no tenían estos problemas. Sus ideas y sus sentimientos eran transmitidos directamente de una psique a otra. El que “escuchaba” veía más allá de las palabras y participaba de las emociones del narrador.

Tanto Bora como Marek eran tapos y poseían a nivel normal las facultades telepáticas comunes a la raza. Los tapos no tenían necesidad de hablar para comunicarse entre sí, aunque normalmente se expresaban de palabra. La base de las relaciones sociales entre los tapos era la sinceridad.

—Si has espiado mis pensamientos, también sabrás lo que este planetillo significa para mí —dijo Marek—. Siempre soñé en incorporarme a él algún día. ¡Y ahora puedo hacerlo!

—Está bien, hazlo —respondió Bora.

Marek protestó:

—¡Por Dios, Bora, abandona ese acento irónico! Sabes muy bien que hay algo que me lo impide. Te amo y quiero a mi hijo. No podría marcharme renunciando a ninguno de los dos.

—Pues si no puedes renunciar a nosotros tendrás que desistir de ese viaje. Yo no voy a cambiar de parecer.

—Tú no vas a ceder de ningún modo, pero en cambio esperas que yo renuncie. ¿Lo consideras justo? —exclamó Marek.

Bora se encogió de hombros. Ella no lo consideraba justo ni injusto; sencillamente no se había planteado esta cuestión. Las circunstancias eran distintas para cada uno; en el peor de los casos Bora renunciaría a Marek y conservaría a su hijo. Le amparaba el derecho, ya que según las leyes tapo los hijos pertenecían a la madre. Aquí los legisladores no habían hecho sino acomodar la ley a la realidad. Mientras la paternidad podía cuestionarse, la maternidad era indiscutible. Los hijos se gestaban y nacían de las entrañas de la hembra. Por simple ley biológica los hijos siempre lo eran más de la madre que del padre.

El matrimonio, como institución, no se practicaba entre los tapos. Las parejas se unían y separaban con entera libertad, pero los hijos nunca quedaban desamparados. Seguían a la madre y tomaban el apellido de ésta, al contrario de lo que era costumbre en la sociedad valerana, todavía atada a formas de convivencia y

actitudes ancestrales.

Aunque tapo, Marek no estaba totalmente desligado de los convencionalismos terrícolas. Llevaba el apellido de su padre. Su hijo también sería un Aznar en tanto no alcanzara la mayoría de edad y pudiera escoger por sí mismo. Pero si abandonaba a su hijo para seguir al autoplaneta lo perdería física y espiritualmente. Si Marek se marchaba no le volvería a ver nunca más.

En efecto, Valera se dirigía a la Tierra, para, a continuación, emprender otro de sus arriesgados viajes al universo remoto. En el último de estos viajes Valera se internó en el hiperespacio y llegó hasta el anti-Universo. Al regresar a Atolón había transcurrido ¡un millón de años!

Estos vuelos que duraban eternidades constituían a los ojos de Marek uno de los atractivos más fascinantes del fabuloso autoplaneta. La tripulación era desmaterializada al comenzar el viaje y no recobraba el estado físico hasta que el autoplaneta se detenía. En el intervalo los valeranos no existían como ante físico, pero su alma permanecía en aquella especie de Limbo, conocido por Dimensión Temporal. El tiempo no tenía expresión en la Dimensión Temporal, ni ejercía ninguna influencia sobre el alma, que siendo inmortal jamás envejecía.

Para los valeranos un viaje entre Atolón y la Tierra (distancia 300 años-luz) se reducía a un parpadeo entre la desmaterialización y el retorno al estado físico. Sin embargo, entre una y otra operación, en el circumplaneta habrían transcurrido ¡setenta años!

Los valeranos habrían llegado a la Tierra y estarían saliendo de las máquinas Karendón, y Marek sería un anciano de noventa años. El hijo que no quiso abandonar sería a su vez padre y abuelo. ¿Y qué quedaría dentro de setenta años del amor que sentía por Bora? ¿Cuántas veces se habría arrepentido por no ceder a su impulso y marchar con el autoplaneta?

Marek se asustó de sus propios pensamientos, sobre todo temiendo que Bora los descubriera agazapados en su mente.

—Si la causa de todo es Milova…

Milova era el padre de Bora. La joven negó con energía:

—No es por Milova, aunque, por supuesto, él nunca accedería a dejar su patria.

—¿No lo haría ni siquiera por no perderos a ti y a su nieto? —

preguntó Marek tímidamente.

—Jamás le pediría yo a Milova que se sacrificara por mí. No sería justo. Él ama a su patria, tiene sus raíces en Maquetania y es allí donde desea morir. Y yo coincido con él. No siento el menor deseo de dejar el circumplaneta. No lo haría por nada del mundo.

—Excepto quizás por seguir a tu hijo… si él fuese mayor de edad y decidiera embarcarse en Valera —apuntó Marek.

—Mi hijo es niño y va a quedarse conmigo —cortó Bora con brusquedad.

Marek entendió que no había que hablar. Bora estaba resuelta a quedarse en Atolón.

—Ha sido un día muy agitado —dijo Bora después de un silencio —. Buenas noches, me voy a acostar.

Marek siguió durante algún tiempo en el salón, contemplando a través de la ventana las luces de la gran ciudad. El de las flores se esparcía en la quieta atmósfera y alcanzaba hasta las alturas del edificio, enervando los sentidos de Marek. El día había sido pródigo en emociones y se sentía excitado. Aunque con pocas esperanzas de conciliar el sueño decidió acostarse. Bora, rehuyendo su contacto, había ido a acostarse con el niño y Marek lo hizo en la habitación contigua.

Ya acostado, en el silencio de su habitación, Marek seguía dando vueltas en su cabeza a la enojosa alternativa que se le planteaba. Jamás deseó nada con tanta vehemencia, como integrarse en la tripulación de Valera; ser un valerano más, un astronauta viajero de un mundo que se movía constantemente, viviendo las más extraordinarias aventuras, de un extremo al otro del inmenso Universo. No era justo que para alcanzar su tan anhelado sueño tuviera que sacrificar el amor de su hijo. Sin embargo, así tendría que ser; un hombre no podía estar en dos lugares distintos ni partirse en dos…

Una idea brotó de pronto en la calenturienta mente de Marek. ¡Tan sencillo como era y no se le había ocurrido antes!

Durante los próximos setenta o setenta y cinco años, mientras el autoplaneta cruzaba el espacio a mayor velocidad que la luz, los valeranos no existirían en su forma convencional. Las máquinas Karendón, al desmaterializarles, habrían analizado sus componentes subatómicos, plasmando el resultado de su investigación en una

fórmula sobre una cinta perforada. Tres cuartos de siglo más tarde, cuando Valera se detuviera en la vecindad de la Tierra, las máquinas Karendón echarían a andar de nuevo, siguiendo a la inversa todo el proceso anterior.

Transformando la energía en materia, las Karendón reproducirían cada célula hasta en sus menores detalles, según la fórmula de la cinta perforada patrón. Las Karendón realizaban esta delicada tarea de enorme velocidad, de modo que el individuo restituido, “reconstruido”, recobraba su estado normal en fracciones de segundo.

Aunque la persona restituida era un ente completamente nuevo, siendo sus células y la disposición de éstas idénticas al modelo original, podía afirmarse que se trataba de la misma persona. Este ser renacido conservaba no sólo sus rasgos personales, sino todos sus recuerdos, su carácter y sus ideas. El tiempo transcurrido entre la desmaterialización y la restitución no contaba; el individuo no tenía noción de ese tiempo, puesto que no lo había vivido. Aplicada a las travesías intergalácticas de larga duración, esta técnica ofrecía enormes ventajas. Era una nueva forma de suspender la actividad vital, por mucho más tiempo y más segura que la hibernación clásica.

Utilizadas masivamente para transformar la energía en materia, las Karendón vinieron a dar solución definitiva al problema de la alimentación mundial. Revolucionaron la industria y liberaron al hombre de la esclavitud del trabajo y la dependencia de las materias primas. Las Karendón, por último, demostraron de forma fehaciente la existencia del alma y la realidad de la transmigración.

El alma existía en todos los seres vivos en forma de energía pura. Inmaterial, indestructible e indivisible, era liberada en el proceso de desmaterialización, pero al contrario de lo que ocurría en caso de muerte del individuo, bien fuera natural o accidental, el alma liberada por la acción de la Karendón no transmigraba en un nuevo ser. Cuando el individuo era restituido a su forma, el alma regresaba y se posesionaba nuevamente de él.

Este fenómeno, nunca suficientemente explicado, abría enormes posibilidades al ser humano. Con la Karendón el hombre tuvo a su alcance la tan deseada inmortalidad. Ésta no sería nunca una inmortalidad absoluta, ya que a lo largo de sus reencarnaciones el

individuo estaba expuesto a múltiples peligros, pero se suponía que en tanto fuera capaz de evitar los accidentes, el ser humano podía vivir por tiempo indefinido.

Una práctica normal entre los humanos era la de acudir a una máquina Karendón cuando uno contaba entre dieciocho y veinte años de edad en su primera encamación. La Karendón desmaterializaba al sujeto, analizándolo y fabricando una cinta perforada llamada “vetatom”. El individuo era restituido a continuación y se guardaba el “vetatom” para un posterior uso. Tiempo después, cuando esta persona tenía alrededor de cuarenta años, volvía con la cinta perforada a la Karendón y solicitaba ser desmaterializado. Destruida la materia, el alma de este ser escapaba a la Dimensión Temporal, que era una especie de sala de espera donde las almas aguardaban la hora de reencarnar. El sujeto era restituido por la Karendón utilizando la fórmula de la cinta perforada que se obtuvo veinte o treinta años atrás, y el alma regresaba a este cuerpo nuevamente joven.

Repitiendo esta operación cada veinte años, uno podía reencarnar un número ilimitado de veces, siempre volviendo sobre la persona que había sido en su juventud. Los valeranos llamaban a esto “salto atrás”. Condición indispensable era que no se extraviara ni dañara la cinta formulario patrón.

La versatilidad de la Karendón permitía otras muchas posibilidades, como la de viajar rápidamente a gran distancia. Para llegar hasta el planetillo Valera desde Maquetania, Marek y Bora y todos los demás viajeros fueron desmaterializados en una Karendón situada en el circumplaneta. Una emisora de radio de potencia adecuada transmitió a otra Karendón situada en Valera los datos concernientes a la cinta perforada obtenida por la Karendón de Maquetania. Sobre estos datos la Karendón de Valera compuso una cinta perforada idéntica, y con esta formulación restituyó acto seguido a los viajeros. Veinte formando un solo grupo. Ésta era una manera cómoda, rápida y segura de viajar a millones de kilómetros de distancia en el espacio.

La idea que acababa de ocurrírsele a Marek no era nada original, pero podía solucionar su problema. Básicamente todo era muy sencillo. Si no podía convencer a Bora para marchar todos juntos cuando Valera partiera en fecha breve, le propondría su solución.

Ésta consistía en depositar en los almacenes de Valera el “vetatom” de Bora, del niño y el suyo propio. El autoplaneta viajaría a la Tierra llevando entre otros millones los “vetatom” de los tres. Mientras Valera cubría la distancia de trescientos años-luz que separaba a Atolón de la Tierra, el tiempo transcurriría en el circumplaneta.

Pasarían setenta u ochenta años. Para entonces Marek se encontraría hacia la tercera encarnación. Todo lo que tenía que suceder habría sucedido; habría visto crecer a su hijo y a los otros hijos que tuviera después. Tal vez para entonces, cumplida a satisfacción su misión de padre y patriota, Marek sintiera el deseo de reunirse con el autoplaneta de sus sueños. Un día, por fin, se decidiría. Iría en busca de una Karendón y solicitaría ser desmaterializado. Tal vez su alma, liberada de la carne, tuviera que esperar algún tiempo en la Dimensión Temporal, pero esto no tenía importancia; el alma no tenía noción del tiempo, ni se impacientaba ni envejecía.

A trescientos años-luz de Atolón, el autoplaneta Valera se detendría al identificar el Sol terrícola. Las máquinas Karendón de todo el planetillo se pondrían en marcha, restituyendo a millones de valeranos. Entre ellos se encontraría Marek; un Marek de retorno a los veintitrés años, que ignoraría todo lo que ocurrió en Atolón en los últimos setenta u ochenta años, pero cuya conciencia quedaría tranquila, seguro de estar allí porque en Atolón ya habría cumplido a satisfacción con todas sus obligaciones.

Al depositar su “vetatom” en Valera, antes de la partida de éste, Marek se habría asegurado un billete de regreso al autoplaneta. La única pregunta inquietante era ¿estarían con él en este momento gozoso Bora y su hijo? En todo caso, si no estaban con él, sería porque prefirieron quedarse en Atolón.

Satisfecho de haber encontrado una solución a su problema Marek se autosugestionó para dormirse. El día siguiente prometía ser muy movido, con todo aquel apretado programa para visitar los lugares más pintorescos del planetillo, y el aerobús vendría a buscarles temprano.

Marek durmió de un tirón, sin interrupciones ni pesadillas. Su subconsciente le despertó a la hora prevista con la puntualidad de un reloj. Inmediatamente recordó todo y se sintió feliz de poder

exponer a Bora una solución que, esperaba, ella aceptaría.

La habitación comunicaba con la contigua por una puerta, Marek abrió y asomó. Las dos camas se veían perfectamente arregladas, como si nadie hubiese dormido en ellas. Sobre una almohada destacaba el blanco de una hoja de papel. Era una nota de Bora escrita en grandes caracteres de imprenta: "Regreso a casa con el niño. Que disfrutes bien la excursión."

Marek estrujó el papel en su mano. Conociendo a Bora no le sorprendía esta salida. Debió ser una decisión repentina, ya que de haber sido anterior a su conversación Marek probablemente le habría leído la intención en el pensamiento. El propósito de esta fuga nocturna era evidente; aguarle la fiesta poniendo su gotita de hiel.

Marek también era obstinado y aunque contrariado decidió continuar visitando el planetillo como tenía proyectado.

* * *

Dos días más tarde, en víspera de su regreso a Atolón, los Aznar recibieron en la Residencia la visita de Adler Ban Aldrik.

—He venido a despedirme de vosotros, por si no volvemos a tener la oportunidad de vernos antes de la partida de Valera —dijo el bartpurano.

César Aznar preguntó a su bisabuelo si no iba a cumplir la vaga promesa que hizo de visitarles en el planeta Bartpur.

—Me habría gustado, Bartpur guarda muchos recuerdos de mi niñez, pero no va a ser posible —repuso el bartpurano sacudiendo su voluminosa cabeza—. Los acontecimientos se han precipitado y todo hace suponer que Valera va a zarpar antes de lo previsto.

Al parecer las conversaciones entre los aliados y los thorbod acababa de resolverse con la súbita retirada de los valeranos de la mesa de negociaciones. Todo venía de que, mientras los valeranos se consideraban los vencedores de los thorbod, los tapos entendían que eran ellos, y no los valeranos, quienes en lo sucesivo tendrían que convivir con las otras razas que habitaban en el circumplaneta, incluidos los thorbod. Irritados, los valeranos renunciaban a intervenir en la estrategia global del circumplaneta y dejaban la decisión última al criterio del gobierno tapo, no sin advertir a éste

del error de su planteamiento político respecto a los thorbod.

De momento y hasta en tanto los tapos llevaran a cabo un plebiscito para conocer la opinión del pueblo, los thorbod seguían en el planeta Veres bajo la vigilancia de la Armada Sideral Tapo, formada por una mezcolanza de aeronaves tomadas al enemigo y algunas unidades cedidas por los valeranos.

—O sea, que los valeranos van a marcharse enojados, probablemente para no volver —dijo César Aznar.

—Seguramente a los valeranos se les pasará el enfado. Pero para cuando eso ocurra, suponiendo que regresen alguna vez, habrá transcurrido tanto tiempo que no van a encontrar en Atolón ni vestigios de la civilización actual. Las despedidas de Valera suelen tener este carácter definitivo. Es un dolor que sea de este modo, y por eso al decirnos adiós debemos hacernos a la idea de que no volveremos a vernos —dijo Adler Ban Aldrik con el corazón apesadumbrado.

—¿Por qué no te quedas en Atolón? —preguntó César—. Nosotros somos tu familia, tu patria es Bartpur. Excepto porque tienes aquí a tu hermano, ¿qué otro nexo te ata a Valera? La mentalidad de esta gente es tan distinta de la nuestra como de la tuya. ¿De verdad eres feliz entre ellos?

El gigantesco Adler Ban Aldrik se sonrió.

—Todo es cuestión de acostumbrarse —dijo—. Los valeranos son un caso especial, un anacronismo en sí mismos. Desde que los colonizadores de Redención descubrieron y dieron nombre a Valera, transformándolo en una nave interplanetaria, este planetillo ha estado viajando casi continuamente de un lado a otro. Como todo el mundo sabe, el tiempo no transcurre lo mismo para los viajeros de un móvil, que para los habitantes de la Tierra o de Atolón. Partiendo de una velocidad cero, hasta alcanzar la velocidad de la luz, el tiempo a bordo de un autoplaneta experimenta una contracción progresiva. Mientras viajaban de la Tierra a Nahum y regresaban, los valeranos envejecían sesenta años, y al llegar a la Tierra encontraban que allí habían transcurrido alrededor de doscientos sesenta. De aquí que en cada uno de sus viajes, al regresar al punto de partida, los valeranos vieran transformados los mundos a cuya cultura pertenecían. Los valeranos asimilaban rápidamente la tecnología desarrollada en su ausencia, pero las

formas del pensamiento, que también habían evolucionado, no podían ser absorbidas en el poco tiempo que duraban sus estancias en la Tierra. Los valeranos partían de nuevo en otro de sus largos viajes, y de este modo cada vez fueron distanciándose más de las ideas de un mundo en continua evolución.

—Así hasta llegar al presente, en que se han convertido en auténticos fósiles vivientes —dijo César Aznar—. Casi no se comprende cómo has podido vivir tanto tiempo entre ellos.

—Yo mismo no lo sé —admitió el bartpurano—. Tal vez sea porque ello me ha permitido estudiar la evolución de la conducta humana a través del tiempo… o porque la permanencia a bordo de este autoplaneta me ha llevado a una cierta forma de inmortalidad. Ya veis, he sobrevivido a la extinción de toda mi raza. Después de los bartpuranos otra civilización se desarrolló en Atolón, y también desapareció. Añadamos a todo esto cierto atractivo singular del propio Valera.

—A mí, personalmente, me gusta Valera. No puedo decir lo mismo de sus gentes —dijo César.

—Míralo de otro modo, no todo es negativo en este pueblo. Viviendo en un tiempo ralentizado los valeranos han venido a constituirse en un semillero donde están perpetuadas las esencias más puras de su raza. Los valeranos son un pueblo joven y vigoroso, es decir; lo más apropiado para llevar a cabo la singular misión que el destino parece haberle confiado. Andando de un lado a otro del Universo, este autoplaneta es como un grano de polen impulsado por el soplo de la misma Creación. Este planetillo es un elemento contaminante. Las bacterias y las esporas que llevamos con nosotros se esparcen por donde pasamos y germinarán en millares de mundos estériles dando lugar a la vida. Ésta es una misión hermosa, apasionante.

—A mí me gustan Valera y los valeranos —dijo Marek—. Me siento identificado con ellos. Con todos sus defectos hay que reconocerles el don de la generosidad.

—¿Tú vas a acompañamos en el próximo viaje, no es cierto?

Marek hizo una mueca expresiva.

—Me gustaría, pero no sé si voy a poder. Bora, la madre de mi hijo, no quiere oír hablar de ese viaje. Dice que ella se queda en Atolón, y con ella el niño.

—Mal asunto —sentenció el bartpurano—. ¿Cómo esperas resolver tu problema?

—Valera no llegará a la Tierra antes de setenta o setenta y cinco años. Nadie sabe lo que habrá ocurrido en Atolón durante ese tiempo, ni qué habrá sido de mí. Como quiera que sea los valeranos que van a ser desmaterializados al comienzo del viaje, no recobrarán su estado físico hasta llegar a la Tierra. Mi propósito es depositar mi "vetatom" en Valera para que haga el viaje con vosotros. Si dentro de setenta y cinco años, aquí en Atolón, las circunstancias me lo permiten, haré que me desmaterialicen para que mi alma vaya a reunirse con mi cuerpo al ser restituido en el planetillo. Para ello es necesario que alguien en Valera se haga cargo de mi "vetatom".

—Yo puedo guardar tu "vetatom" y ocuparme de que seas materializado en el momento oportuno —se ofreció el bartpurano, quien añadió—: Supongo que no habrá inconveniente en conseguir para ti un permiso de residencia en Valera, muchos tapos lo vienen solicitando estos días. Ahora bien, ¿qué piensas hacer respecto a tu mujer y tu hijo?

—Probaré de convencer a Bora para que deposite también su "vetatom" y el del niño. ¿Por qué habría de negarse? Tener el "vetatom" de uno de Valera es como sacar un pasaje de reserva. Llegado el momento puede uno utilizarlo o simplemente no hacer uso de él.

—Eso es cierto —dijo César Aznar—. Con dejar su "vetatom" uno no se compromete a nada. Y siempre puede ser una tabla de salvación en el caso de que las cosas anden mal en el circumplaneta. Bien pensado, todos deberíamos depositar nuestros "vetatoms" en Valera, por lo que pueda ocurrir en el futuro. ¿Qué os parece?

La idea, en general, cayó bien entre los miembros de la familia. Sobre todo considerando el incierto futuro que aguardaba a la nación tapo, con los thorbod instalados en el circumplaneta.

Tuanko Aznar, que había prometido acudir a despedirles, llegó en el último momento. Adler Ban Aldrik rogó a Tuanko que acompañara a sus parientes hasta la Estación de Emigración para recoger los "vetatom" de éstos. El mismo aerobús que habían utilizado para sus desplazamientos llevó al grupo en breve vuelo

hasta la Plaza de España.

Cuando descendían las impresionantes escalinatas de mármol que conducían al subterráneo de la Estación de Emigración, Marek se detuvo a contemplar por última vez la grandiosa perspectiva de la histórica Plaza.

—Dios sabe cuándo la volveré a ver —suspiró.

Tuanko le tomó del brazo y se echó a reír.

—Olvida eso. El día que regreses te parecerá que acabas de marcharte. Y así será en realidad. La máquina Karendón, al reconstruirte aquí, lo hará sobre la fórmula del que eres hoy, en este momento. Sólo tu espíritu, tu alma, será la misma… Pero el alma no conserva memoria del pasado. Si lo hiciera podría recordar sus anteriores transmigraciones, lo cual no ocurre nunca.

En efecto, ésta era una de las limitaciones de la Karendón. La máquina se basaba en el análisis minucioso de la estructura atómica de las cosas. Para la Karendón el ser humano no era distinto de un lavaplatos o una lechuga. Todo cuanto existía en la naturaleza estaba constituido de átomos, y cada átomo, a su vez, tenía su estructura particular. Las ideas y los recuerdos de la mente correspondían a una especial disposición de las células cerebrales, que también estaban formadas por partículas atómicas y subatómicas. La máquina se limitaba a restituir las cosas a su forma original, y entre estas cosas figuraban las células cerebrales tal como se encontraban en el momento de la desmaterialización.

El Marek Aznar que surgiría de la Karendón dentro de setenta u ochenta años, sería en todo idéntico al hombre de hoy incluidas sus ideas y vivencias. Pero estas vivencias, naturalmente, sólo alcanzarían hasta el mismo momento de la desmaterialización.

Ya en la Estación de Emigración, Marek preguntó a Tuanko si sería posible recuperar el “vetatom” utilizado por el grupo para llegar al autoplaneta. Tuanko fue a conversar con el técnico que estaba al servicio de la Karendón y regresó donde esperaban sus parientes.

—No conservan los “vetatom” una vez usados por las Traslator.

—¿Qué hacen con ellos?

—Se amontonan como deshecho y se funden para obtener nuevas cintas.

Marek se resignó diciendo:

—Tan pronto llegue a Maquetania buscaré los medios de remitir a Valera los “vetatom” de Bora y del niño.

Los Aznar de Atolón se despidieron de Tuanko. A fin de obtener cada “vetatom” por separado, cada miembro entró por turno en la Karendón y fue desmaterializado. Cuando le tocó la vez a Marek estrechó la mano de Tuanko, se introdujo en la cámara y esperó mirando al techo.

En esta actitud le sorprendió el relámpago eléctrico de la desmaterialización.

* * *

El sujeto objeto de la desmaterialización no solía advertir el paso de esta operación a la siguiente restitución. Tal fue el caso de Marek. Tras el fugaz relámpago miró a su alrededor y vio que se encontraba en el mismo lugar. Nada había cambiado en él ni en las vítreas paredes que le rodeaban.

Escuchó una voz que llegaba del exterior a través de un altavoz:

—Ya puede abandonar la cámara, la operación ha terminado.

Salió por el angosto paso que quedaba entre los bordes de la cámara y la gran pantalla de porcelana. La primera persona que vio fue Tuanko Aznar, que vestía el blanco uniforme de diario de la Armada Sideral Valerana. Solamente su aspecto parecía ligeramente distinto; más delgado, con sombras de cansancio alrededor de los ojos y barba de dos días.

No había cambiado la Estación de Emigración, donde se encontraban, pero al contrario de la vez anterior, el enorme andén aparecía lleno de gente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Marek mirando en torno.

—Bienvenido a Valera, muchacho —dijo Tuanko tendiéndole la mano.

—¿Estoy de regreso?

—¡Vaya si lo estás! —exclamó Tuanko riéndose.

El andén de la Estación resonaba con las voces y el ruido del gentío. Bajo la larga bóveda, artísticamente decorada con frescos alusivos a los viajes de Valera y la permanencia de las almas en la Dimensión Temporal, se abrían cincuenta grandes nichos, en cada uno de los cuales funcionaba una Karendón. Veinticinco “viajeros”

con sus maletas cabían en cada cámara de una sola vez. Las máquinas funcionaban ininterrumpidamente, vomitando animados grupos de “viajeros” que salían de las cámaras de restitución llevando sus maletas, sus bolsas y paquetes. Los papás cargaban con los niños pequeños, y los mayorcitos solían llevar alguna jaula de pájaros, o un perro u otro animal doméstico, o el juguete preferido que no quisieron abandonar al emprender el viaje.

Toda esta multitud en movimiento solía formar grupos de familias, o a veces eran dos o más familias de amigos o vecinos de una misma urbanización. Mientras iban por el andén en busca de las amplias puertas de salida hablaban en voz alta, cruzaban saludos con otros conocidos, se llamaban y reían con total despreocupación.

Mientras Marek estrechaba la mano de su joven tío brilló otro relámpago detrás de la alta pantalla de porcelana que cubría la entrada a la cámara de restitución.

—¿Bora? —preguntó Marek.

Tuanko movió la cabeza negando, pero Marek no le atendió y fue a asomarse a la cámara de restitución. El altavoz anunciaba: “Ya puede abandonar la cámara, la operación ha terminado”, pero la persona que se encontraba en la cámara no iba a salir, no al menos por su propio pie. Tuanko reconoció a su hermano César, tendido en el suelo en una posición extraña.

La operadora de la Karendón, una mujer joven y atractiva que vestía un largo y blanco guardapolvo, asomó por el otro lado de la pantalla.

—No tiene vida, no ha acudido —dijo entre dientes. Hizo una seña a Marek y dijo—: Retírese si no quiere perder la cabeza.

Marek retrocedió. Lo ocurrido era fácil de comprender; César Aznar acababa de aparecer cadáver porque su alma se encontraba en este instante en alguna otra parte, dando vida a otro ser.

—¿Qué ha sido de Bora y mi hijo? —preguntó Marek—. ¿Tampoco han acudido?

Tuanko movió negativamente la cabeza adoptando una actitud grave.

—No, y nunca vendrán.

—¿Por qué?

—Muy sencillo, sus “vetatom” no acompañaron al tuyo en este viaje. Tú no puedes saberlo porque ocurrió después que nos

despedimos en este mismo lugar. Regresaste a Maquetania y buscaste a Bora y al niño, pero no pudiste encontrarlos antes de la partida de Valera. Bora temía que secuestraras al niño huyendo con él, y se escondió.

—¿Cómo supiste todo eso? —interrogó Marek angustiado.

—Porque tú mismo me lo dijiste. Me llamaste por radio faltando una hora para que Valera zarpara y dijiste: “Destruye mi “vetatom”, porque nunca podré reunirme con vosotros”. Pero yo te contesté que no iba a destruir tu “vetatom”, por si algún día cambiabas de opinión y decidías venir a Valera. ¡Y has venido! Lo cual quiere decir que en los ochenta años que transcurrieron en Atolón, por una causa u otra, cambiaste de parecer.

—¡Pero nunca sabré lo que ocurrió en esos ochenta años ni qué fue lo que me impulsó a venir a reunirme con Valera!

—No, nunca lo sabrás. ¿Y eso qué importa? Piensa que, puesto estás aquí, es porque nada importante te ataba a lo de allá.

Mientras hablaban había brillado el fogonazo que desmaterializaba el cadáver de César Aznar, y de nuevo acababa de producirse otro relámpago. El altavoz anunció: “Ya puede abandonar la cámara, la operación ha terminado.”

Una figura se movió entre la pantalla de porcelana y el borde de la cámara de restitución. Era Jara, hija de César Aznar, y por consiguiente sobrina de Marek. En un día de decepciones, la presencia de Jara iba a ser un tonificante para Marek. Ellos dos fueron los únicos de la familia en efectuar el prodigioso salto desde Atolón al autoplaneta Valera.

Algo mayor que Marek, Jara tenía alrededor de veintiocho años en la fecha que realizaron su excursión al planetillo. No era una chica de extraordinaria belleza, no obstante lo cual poseía cierto encanto que le daba un atractivo singular.

Jara, como Marek, no sabía por qué se encontraba allí. Le impresionó saber que tanto su padre, como su hermano y su madre habían aparecido cadáveres. Ello no significaba que hubiesen muerto, simplemente no utilizaron la reserva de pasaje para Valera que hicieron durante su visita al planetillo. Respecto de sí misma, Jara sólo pudo decir que le había seducido el autoplaneta desde el punto y momento que lo pisó. ¿Por qué decidió abandonar Atolón y venir? No lo sabía, ni lo sabría jamás.

Los intentos de restitución que se hicieron con el resto del grupo resultaron infructuosos. Los cuerpos de todos ellos aparecieron en la Karendón, en efecto, pero ninguno tenía vida.

CAPÍTULO III

EL problema más acuciante en este momento, para Jara y Marek, era encontrar alojamiento.

En el planetillo las casas no se vendían ni alquilaban. El dinero, forma artificiosa de transacción, fue abolido en el remoto siglo XXV con la consumación de la gran revolución socialista mundial. El Estado, formado por los representantes legítimos del pueblo, asumía la responsabilidad de proveer al ciudadano de los elementos básicos para una vida digna: educación, atenciones sanitarias, alimentos y vestidos, vivienda, equipo e información fidedigna. Toda la riqueza del Estado era el vigor de los brazos, la habilidad manual y la inteligencia de los valeranos. Como institución administradora de estos bienes el Estado repartía equitativamente las cargas y la riqueza de la nación.

Saliendo de la Estación de Emigración por las escalinatas que desembocaban en la Plaza de España, Tuanko iba diciendo:

—Andamos escasos de viviendas, y no disponemos de tiempo para construirlas. Todos nuestros esfuerzos están volcados actualmente sobre la producción de guerra.

—Doy por supuesto que nos encontramos en el sistema solar terrícola —dijo Marek. Quien todavía preguntó—: ¿No es así?

Tuanko se detuvo al final de la escalinata y miró la hora de su reloj de muñeca.

—En efecto, en estos momentos debemos estar cruzando la órbita de Plutón. Nos acercamos de nuevo a la Tierra.

—¿Cómo de nuevo? ¿Qué quieres decir?

—Pues que ya estuvimos en este mismo lugar hace siete años y medio. En aquella ocasión cruzamos sin detenernos entre el Sol y la Tierra, le echamos un vistazo al autoplaneta thorbod y nos alejamos. ¿Que por qué nos hemos retirado? Muy sencillo, necesitábamos tiempo para preparar nuestro ataque.

—¿O sea que hace más de siete años que Valera llegó al Sistema Solar y no me habéis restituido hasta hoy? ¿Por qué tanto retraso? —inquirió Marek sorprendido.

—Porque en aquella fecha no acudiste a la llamada, amigo mío. Lo intentamos tres años más tarde con el mismo resultado negativo. Hasta hoy. Pero no es tuya la culpa. Valera batió su propio récord de velocidad y llegó al Sistema Solar antes de lo previsto. Tanto mejor para ti, te has ahorrado siete tediosos años de trabajar a destajo fabricando bombas, aeronaves y demás artefactos diabólicos.

Tuanko echó a andar hacia la zona de estacionamiento de aerobotes. Marek preguntó a donde iban.

—El problema ahora es encontrar alojamiento para los dos. Hay un campamento tapo en las afueras de la ciudad, junto al lago, pero quizás prefiráis estar en familia.

—¿Con qué familia? —preguntó Jara.

—Iremos a ver a Fidel, vuestro bisabuelo. Él vive solo en una casa de tres habitaciones.

—¿Y tú, dónde vives? —inquirió Marek.

—Sé lo que estás pensando, pero siento decirte que no poseo casa propia. Vivo con mis padres y ya somos muchos allí. En realidad, y hasta hoy mismo, me he alojado en un pequeño apartamento de la residencia del Almirante. Pero lo he dejado. Éste es nuestro aerobote —señaló Tuanko.

Confortable como una carroza real, el aerobote era un vehículo aéreo en el que se mezclaban los estilos de un automóvil y un barco; casco flotador, cuatro ruedas, seis plazas y espacioso baúl para equipajes. Esta aeronave singular se sostenía en el aire, se movía y dirigía por ondas antigravitacionales. La energía la recibía a través de un receptor desde cualquiera de las estaciones emisoras que cubrían toda la superficie del planetillo.

Llevando los tres pasajeros en el asiento delantero, la aeronave se elevó verticalmente en el aire, voló alrededor de la Plaza de España y enfiló uno de los canales electrónicos, coincidente con la Avenida de Europa. Cualquiera de las seis avenidas radiales que desembocaban en la Plaza de España tenía veinticinco kilómetros de longitud. A unos dieciséis kilómetros de la Plaza de España el aerobote abandonó la avenida y se internó en uno de los canales de

ronda, sobrevolando bajas colinas cubiertas de bosque por donde asomaban los tejados rojos, verdes, amarillos y naranja de gran número de pequeñas casas diseminadas entre la arboleda. Las casas, para su más fácil identificación desde el aire, tenían su número y serie en grandes caracteres de pintura luminiscente en el tejado.

En Valera era imposible determinar por la sola posición del sol si era la mañana o la tarde. La lámpara solar brillando siempre en el cénit sobre todos los puntos del interior del planetillo permanecía inmóvil. En el reloj eléctrico del tablero del aerobote eran las seis y cincuenta minutos P.M. A las siete, la lámpara solar empezaría a atenuar su brillo, extinguiéndose paulatinamente para apagarse totalmente a las siete y treinta minutos.

Poco después, la aeronave descendía verticalmente sobre una losa de hormigón rodeada de verde césped ante un garaje.

Tuanko hizo sonar el claxon. En el jardín contiguo una dama dejó de podar el seto para mirarles con curiosidad.

—¿Está el abuelo en casa? —preguntó Jara.

—Nadie sabe nunca dónde se encuentra ese demonio de "bundo" —dijo Tuanko entre dientes. Suspiró—: Debe de ser el hombre más feliz de este enloquecido mundo. Va y viene por donde le da la gana y nadie se mete con él.

—¿No tiene una ocupación determinada?

—No ha nacido el tipo con agallas para ponerle riendas a Fidel —dijo Tuanko. Y en sus palabras había un acento de profunda admiración.

Pero casualmente Adler Ban Aldrik se encontraba en casa. Al sonar el claxon apareció en el porche. No se molestó siquiera en abrir la puerta; sencillamente pasó a través de ella y se materializó en el porche como surgido de la nada.

También Tuanko, Marek y Jara tenían facultades paragnósticas y podían pasar a través de objetos sólidos. Pero lo que para un tapo suponía un esfuerzo especial era para Fidel la cosa más sencilla. Sus facultades paranormales estaban en él a flor de piel y se manifestaban en cualquier momento de manera espontánea.

Singularmente parcos en sus comunicaciones afectivas, los bartpuranos no solían usar del beso, del abrazo, ni siquiera del corriente apretón de manos. Adler Ban Aldrik saludó a la manera de su pueblo, uniendo las manos a la altura del pecho e inclinando

ligeramente el torso. No obstante la frialdad aparente de este recibimiento, mentalmente el “bundo” hizo llegar hasta sus bisnietos la profunda alegría de su corazón. Mentalmente Adler Ban Aldrik interrogó:

—¿Habéis llegado solos? ¿Dónde están vuestros padres?

—Sólo ellos acudieron —dijo Tuanko respondiendo de viva voz a la pregunta telepática de su tío-abuelo.

El bartpurano no hizo ninguna otra pregunta. Telepáticamente había captado toda la información que los muchachos podían darle.

—Entrad en casa —invitó con un gesto. Y abrió la puerta.

En Nuevo Madrid, como en el resto de las ciudades del planetillo, todas las edificaciones respondían a un plan conjunto. Se construían en módulos independientes, con los cuales podían formarse hasta un millar de combinaciones. Pero por sentido común sólo resultaban válidas menos de un centenar. El mobiliario, como el resto del equipamiento de las casas, se fabricaban igualmente en serie y no permitían un número muy grande de variantes.

Pese a todo, la casa de Fidel Aznar, cuyo nombre bartpurano era Adler Ban Aldrik, parecía impregnada de un aire particular que la hacía distinta de las demás. Máscaras, pequeños ídolos de coral y marfil, armas y escudos decoraban las paredes como recuerdo de lejanos y exóticos mundos visitados por Fidel.

La fina sensibilidad del bartpurano estaba atenta a los más pequeños detalles. Así no tardó en darse cuenta de que algo le ocurría a Tuanko.

—¿Qué es ello, Tuanko? —preguntó—. ¿Te has peleado de nuevo con tu abuelo?

—Sí, y esta vez ha sido la última. He dimitido.

—Pero eso se arreglará, supongo. Ya has renunciado otras veces —dijo Fidel.

—¡No, no! Ahora es definitivo. No hay cosa peor que servir directamente a las órdenes de tu propio abuelo. Él se quejaba de mí. ¡Ya sabrá lo que es bueno con su nuevo ayudante!

—¿No es competente su nuevo ayudante?

—Lo mejor que ha sido capaz de seleccionar la computadora de la Sección de Personal, una “rara avis”, una joya. Pero es valerano. Ese no va a adivinarle el pensamiento al Almirante. Aunque bien mirado, quizás le vaya mejor así. ¿Me van a creer si les digo que

hasta le molestaba que leyera su pensamiento y me anticipara a sus deseos?

—Siempre le molestó que alguien leyera sus pensamientos, cosa por demás lógica —aseguró Fidel Aznar—. La segunda esposa de su padre, es decir, mi madre, era bartpurana. La infancia de Miguel Ángel fue un auténtico suplicio, porque tanto mi madre como yo poseíamos facultades telepáticas y conocíamos su intimidad, de modo que no le era posible ocultarnos ninguna de sus pequeñas pillerías, ni decir una mentira que nosotros no descubriéramos. Más tarde Miguel Ángel se casó con una muchacha tapo, Banda, que fue la madre de Alejandro y de Dalia. De lo que resultó que no sólo su esposa, sino también sus hijos y después sus nietos han tenido la facultad de penetrar sus pensamientos. Para un hombre que no posee esta facultad tal situación puede llegar a crear un estado de tensión insoportable. Sencillamente, frente a su familia Miguel Ángel no ha podido salvar su intimidad. Según sus propias palabras era como estar psíquicamente desnudo, sin posibilidad de evadirse de un perpetuo interrogatorio.

—Con un nuevo ayudante descansará —dijo Tuanko entre despechado e irónico—. Nadie sabrá de sus errores ni conocerá sus dudas. ¡Porque oigan, hasta un Almirante Mayor se equivoca! Y sus decisiones, que son muchas e importantes, las resuelve la mayoría de las veces guiándose por la simple corazonada. O sea, que los ejércitos se ponen en manos de un jefe confiando en la infalibilidad de sus decisiones, olvidando que un Almirante Mayor es un hombre como los demás. Ahora mismo el viejo está asustado. Inyecta moral en sus tropas, arenga a sus divisiones, pero él mismo no está seguro de nada, ni siquiera lo está de ganar esta guerra que se avecina. Yo lo sé, y él sabe que lo sé y eso es lo que más le fastidia.

—Tuanko, me desagrada oírte hablar de tu propio abuelo en ese tono de censura —dijo Fidel Aznar severamente—. Nadie es perfecto ni posee el don de la infalibilidad, pero de una cosa puedes estar seguro. Nadie en su lugar lo haría mejor. Mi hermano tiene profesionalidad, es inteligente y sobre todo posee ese carisma peculiar de los Aznar, capaz de fascinar a todo un pueblo y exigir y obtener de él esfuerzos extraordinarios que nadie más conseguiría. Toda guerra es un azar, pero quizás lo que al fin decida la victoria sean los méritos de cada bando contendiente. Si la tenacidad y el

valor se cuentan como méritos, los valeranos merecen ganar esta guerra y seguramente la ganarán.

—Ojalá la ganemos, porque como lleguemos a perderla…

Las últimas palabras de Tuanko quedaron flotando en el aire como una amenaza. Ciertamente era mucho lo que los valeranos se jugaban en este enfrentamiento con el autoplaneta thorbod.

Los Hombres Grises (thorbod) siempre habían deseado tener un autoplaneta de las características de Valera, pero esto sólo pudieron conseguirlo en fecha relativamente reciente, gracias a la aplicación de las modernas técnicas, desarrolladas a partir de un conocimiento más profundo de las leyes de la gravitación.

Hoy día hasta los valeranos podrían construir un planetillo hueco. Pero en la remota edad, cuando el azar les llevó al descubrimiento de Valera, sólo se conocían las propiedades antigravitatorias del exótico metal llamado "dedona". Valera era un planetillo natural, enteramente constituido de esta materia superdensa.

Los Hombres Grises no tuvieron tanta suerte como los terrícolas. Ellos hubieron de construir su planetillo tomando gas interestelar y comprimiéndolo alrededor de un núcleo gravitacional, enfriando posteriormente y solidificando la materia.

Técnicamente, los thorbod llevaron a cabo toda una hazaña, algo que nadie había hecho anteriormente, a excepción de los bartpuranos quizás. El resultado vino a ser un planetillo hueco de 5.500 kilómetros de diámetro externo, con paredes de basalto de 200 kilómetros de espesor y un espacio útil interior de 81.712.824 kilómetros cuadrados.

Igual que hicieran antes los valeranos, los thorbod formaron una atmósfera de oxígeno y nitrógeno, en proporciones semejantes a la atmósfera de la Tierra. El ciclo para la renovación y conservación de esta atmósfera eran iguales en ambos autoplanetas. Tanto Argos como Valera tenían grandes plantaciones de árboles, mares interiores y un sol artificial que activaba el metabolismo de las plantas verdes y daba origen al alternativo juego de la evaporación y la condensación que producía la lluvia.

El autoplaneta Argos era más grande, pero en cambio los valeranos tenían la ventaja de sus grandes reservas de "dedona", que era todo su mundo. Este metal, veinte mil veces más pesado

que el agua, poseía la mayor concentración de energía conocida, y resultaba un excelente material para alimentar los reactores nucleares.

Actualmente, un reactor nuclear podía funcionar casi con cualquier tipo de materia: agua, hidrógeno, hierro y hasta la simple roca. Los reactores thorbod sólo desintegraban roca, y ésta tenía que ser extraída de la propia corteza de su planetillo. Los valeranos hacían lo mismo, sólo que en vez de roca extraían "dedona". La diferencia consistía en que mientras los reactores de Valera quemaban un metro cúbico de "dedona", los thorbod, para obtener la misma cantidad de energía, tenían que consumir siete mil metros cúbicos de roca.

Es decir, valeranos y thorbods estaban devorando su propio mundo mientras iban de un lado a otro, mientras guerreaban y vivían. El consumo continuo de materia era inevitable para la obtención de energía. La electricidad era insustituible en ambos autoplanetas y sin ella no era posible la vida.

Un vuelo por el interior de Valera, como el que Marek y Jara habían realizado durante su anterior visita al autoplaneta, dejaba ver la mordedura que siglos de continua explotación había ocasionado en las montañas metálicas. Algún día el interior de Valera sería una monótona llanura. Al devorar las cordilleras los valeranos tendrían que excavar en la propia corteza del planetillo, haciendo ésta cada vez más delgada.

El tema era preocupante para los valeranos a larga fecha, pero tal preocupación debía ser mucho mayor en los thorbod, que estaban devorando su planetillo siete mil veces más aprisa. Por esta razón quizás, los Hombres Grises se veían obligados a sostener un programa de continuas conquistas territoriales, siempre en busca de espacios donde depositar sus excedentes de población. Los Hombres Grises también utilizaban las máquinas Karendón, tanto para la obtención de productos industriales y alimentos, como para prolongar el tiempo medio de la duración de la vida mediante sucesivos "saltos atrás". El arma para la consecución de este propósito era el autoplaneta Argos, con el cual iba a enfrentarse el autoplaneta Valera en un encuentro épico, definitivo. Un enfrentamiento del que solamente podría salir un vencedor.

* * *

Alojados temporalmente en casa de su bisabuelo Fidel, tanto Jara como Marek estaban obligados a legalizar su situación. A tal efecto, Jara y Marek solicitaron ser inscritos ante la Junta de Censo Nacional.

Mientras tanto, Valera había penetrado profundamente en el Sistema Solar, frenando continuamente su tremendo impulso al mismo tiempo que se desviaba de su rumbo rectilíneo, hasta situarse en una órbita paralela a la de la Tierra, pero distante de ésta veintidós millones de kilómetros.

Girando alrededor de la Tierra, como una segunda y lejana Luna, estaba el autoplaneta thorbod.

Hacía algo más de sesenta años que los thorbod llegaron al Sistema Solar, pero igual que luego ocurrió a los valeranos no pudieron iniciar inmediatamente el asalto a la Tierra. El problema consistía en que las modernas guerras exigían cuantiosísimos gastos de material bélico. Por ejemplo en las batallas siderales, donde intervenían a veces hasta un millón de aeronaves, el arma de ataque básica eran los torpedos robots provistos de cabeza nuclear. Contra los torpedos se oponían los caza-interceptores, aparatos dotados de gran movilidad que desarrollaban enormes velocidades y eran dirigidos automáticamente por control remoto. Pero ni los torpedos ni los caza-interceptores se lanzaban uno a uno.

Ya desde antiguo el hombre había descubierto que la mayor parte de la materia estaba constituida por espacios vacíos; es decir, nada. Cuando la Ciencia encontró el modo de eliminar la mayor parte de los espacios vacíos intermoleculares, pudo reducir los torpedos atómicos de diez metros de longitud a miniaturas del tamaño de un lápiz corriente. La estrategia de las batallas siderales dio un vuelco; una sola aeronave de combate podía llevar tantos torpedos miniaturizados como toda una flota antigua. Los torpedos miniatura se disparaban en paquetes de varios miles y una vez lanzados recobraban su tamaño natural y su operatividad dirigiéndose al blanco por sus propios medios.

Las máquinas miniaturizadas podían conservarse en este estado por tiempo indefinido y almacenarse en poco espacio. Sin embargo, viajando en el sub-espacio a mayor velocidad que la luz, los

autoplanetas Argos y Valera experimentaban ciertos fenómenos de dilatación molecular, durante el cual era imposible mantener el estado de compresión de los objetos miniaturizados. Antes de enfrentarse con los thorbod, los valeranos tenían que comprimir sus reservas de material bélico, así como fabricar millones de torpedos, de caza-interceptores y otros tipos de armas que habrían de intervenir masivamente en el inminente enfrentamiento.

Los Hombres Grises, que habían conquistado la Tierra hacía medio siglo, estaban bien pertrechados de material de guerra, incluso a pesar del cuantioso desgaste que sufrieron para invadir el planeta.

En Valera, la mayor preocupación del momento consistía en acumular reservas de material y los almirantes y generales se interesaban más por las cifras de producción que por los detalles de la estrategia a utilizar en las futuras batallas. Se trabajaba a pleno rendimiento, utilizando todas las máquinas y los brazos disponibles.

Pasados unos días, Marek y Jara recibieron por correo la confirmación de su empadronamiento. Adquirida la nacionalidad valerana, con arreglo a sus conocimientos y aptitudes las destinaron a distintos puestos de trabajo. Marek que era titulado en ingeniería nuclear, fue enviado a una factoría dedicada a la fabricación de reactores nucleares para el Ejército. La misión de Marek consistía en comprobar el correcto funcionamiento de los reactores nucleares a medida que éstos salían de la máquina Karendón.

Las máquinas Karendón habían revolucionado de arriba abajo la tecnología, haciendo innecesarias aquellas enormes industrias donde millones de empleados, utilizando medios que hoy podían calificarse de rudimentarios, fabricaban penosamente las armas de las costosas guerras modernas.

El fantástico juego de las Karendón comenzaba con la gigantesca “Karendón Grada”, capaz de integrar en su seno los cruceros de combate de trescientos metros de eslora, que llevaban un monocasco de “dedona” de tres metros de espesor. Las “Karendón G” integraban a su vez otras Karendón que se utilizaban para fabricar locomotoras eléctricas, vagones de ferrocarril y otras Karendón de menor tamaño, como las empleadas para fabricar ordenadores, torpedos robot, caza-interceptores Delta y una enorme variedad de armas.

De arriba abajo, en forma de cascada y de grandes a pequeñas, unas Karendón construían a otras y entre todas lo hacían todo. Dicho así parecía que no debería existir límite para la productividad; todo consistía en hacer mayor número de máquinas Karendón y ponerlas a trabajar. Sin embargo las cosas no eran tan sencillas. Las Karendón no sacaban sus productos de la nada. De hecho cada Karendón consumía en su trabajo cantidades enormes de energía eléctrica, y esta energía tenía que ser fabricada a partir del material de fisión, que era la “dedona”. Dicho de otro modo, se realizaba un cambio continuo de materia-energía-materia, en el que el resultado final, el producto, era equivalente a la cantidad de materia convertida en energía.

¿Cuáles eran las ventajas de todo esto? En el principio de la cadena se echaba “dedona”, ésta pasaba a los reactores nucleares, de los reactores salía la energía eléctrica, y a través de las Karendón la energía era convertida en otras materias ya elaboradas. La productividad se multiplicaba por un millón y una potencia que tuviera máquinas Karendón en abundancia aplastaría con su superioridad industrial a otra potencia que basara su productividad en los métodos clásicos.

Éste, sin embargo, no era el caso de los thorbod. También los Hombres Grises conocían y utilizaban las Karendón. El resultado final era descorazonador. Para librar una batalla tanto valeranos como thorbod tenían que malgastar un millón de veces más material bélico que antes. Los hombres ya no trabajaban en las fábricas; trabajaban en las minas extrayendo “dedona”, vigilando los reactores nucleares, controlando millones de aeronaves, de torpedos, de caza-interceptores, de batallones de infantería robot…

Irreductible antibelicista, Adler Ban Aldrik sacudía su bella y voluminosa cabeza cuando en la conversación con sus bisnietos surgía el tema de la guerra.

—El mundo está loco —decía apesadumbrado—. Si todo el esfuerzo que se dedica a la producción de guerra se dedicara al bienestar de la Humanidad, no habría motivo de querellas y se acabarían las guerras.

—Pero las guerras son necesarias —decía Marek—. No es suficiente que uno no quiera pelear. Pongamos el caso de los thorbod. Ellos vienen y nos atacan en nuestro circumplaneta. Nos

invaden, y luego vienen a la Tierra y la invaden también. ¿Qué podemos hacer atolonitas y terrícolas, sino luchar por nuestra propia supervivencia?

—Lo sé, ¡oh, lo sé! —exclamaba el bartpurano—. La paz no será posible hasta en tanto cada hombre no aprenda a respetar a los demás. ¡Pero si es tan sencillo! Todo se reduce a no hacer con los demás lo que no nos gustaría que hicieran con nosotros.

Aunque siempre se aprendían cosas charlando con Fidel Aznar, a veces estas discusiones resultaban exasperantes para Marek. Su bisabuelo partía de una base errónea; la de suponer que cualquiera podía llegar a ser tan bueno y pacífico como él mismo.

Llevaba Marek cuatro semanas trabajando en la factoría cuando decidió que aquello no podía continuar así. Las consignas que podía leer en las paredes de la fábrica, en las estaciones del "metro" y en los "spots" de la televisión no le satisfacían:

"CADA UNO EN SU PUESTO, TODOS SOMOS NECESARIOS" o "SE SIRVE IGUAL A LA PATRIA DESDE EL PUESTO DE MANDO SUPREMO O DESDE EL PUESTO DE TRABAJO MÁS ANODINO."

Él era astronauta y su ilusión era combatir en primera línea en una unidad de la Armada Sideral. Le habían dicho que la Armada no admitía oficiales tapo en sus cuadros, pero se resistía a creerlo. ¿Por qué habrían de discriminar de forma tan humillante a los tapos? No había razón para ello, sobre todo teniendo en cuenta que los astronautas tapo eran tan buenos como pudieran serlo los valeranos. El sistema de enseñanza en la Armada Tapo era copia fiel del sistema de los valeranos.

No tardaría Marek en descubrir que tal discriminación existía. Desde el principio resultaron infructuosas sus tentativas de hacer amigos entre los compañeros de trabajo de la factoría. Al tener certeza de ello, Marek se propuso indagar las causas, con un resultado desesperanzador.

Mal comprendidos por los valeranos, los tapos inspiraban en aquellos un recelo instintivo. Al contrario que los tapos, cuya norma de convivencia se basaba en la lealtad y transparencia de sus intenciones, los valeranos hacían de su intimidad una especie de bastión inexpugnable. Sus leyes protegían la inviolabilidad de su psique y de su hogar contra toda injerencia extrema.

El problema de Marek consistía en que, siendo tapo, poseía el

don natural de la telepatía, que le permitía penetrar el pensamiento de la gente. Sus compañeros le rechazaban porque le temían; es decir, temían la facultad del tapo que le permitía investigar en la profundidad de sus mentes y descubrir sus más recónditos secretos.

Recordó Marek el resentimiento de Tuanko por la incomprensión resistente que encontraba en su propio abuelo, el “superalmirante” Aznar, y comprendió y compadeció a su joven tío.

Una tarde, al volver del trabajo, Marek preguntó a Fidel:

—Dime, ¿alguna vez te has sentido discriminado por los valeranos?

El bartpurano lo pensó y dijo:

—No exactamente discriminado.

—¿Tal vez temido?

—Sí, es posible.

—He observado que viviendo en una colonia de científicos, y siendo tú uno de ellos, raramente viene a visitarte alguno de tus colegas. ¿Será porque conociendo tus facultades temen ser desenmascarados en todo lo que tienen consigo de fatuos y pretenciosos?

—A veces pienso que me envidian. No comprendo por qué —murmuró el “bundo” tímidamente.

Pero Marek, que pudo ver en su pensamiento, supo que verdaderamente era así, la gran talla profesional de Adler Ban Aldrik, como científico, como doctor en medicina, psicólogo y filósofo, amedrentaba a sus colegas. La vanidad, mal común entre los científicos valeranos, resultaba demasiado vulnerable a la investigación psíquica. Excepto unos cuantos nombres de auténtica valía, en el noventa y cinco por ciento de los casos sólo había una fachada pretenciosa.

—Me han asegurado que la Armada Valerana no admite astronautas tapos —preguntó Marek—. ¿Es verdad?

—No lo sé, no tengo relación con la Armada.

—¿Cómo dices que no tienes relación con la Armada, siendo hermano del Almirante Mayor?

—Apenas veo a mi hermano, salvo algún raro encuentro casual. Y en esas ocasiones nunca hablamos de los tapos.

—¿Dónde están los tapos que vinieron a Valera? ¿Cuántos son y que hacen?

Adler Ban Aldrik se encogió de hombros. No lo sabía, nunca se había preocupado por este tema. Generalmente el cerebro del "bundo" estaba ocupado en temas filosóficos de mayor altura que las vicisitudes de un puñado de tapos embarcados en la gran aventura de Valera. En verdad, ni siquiera Marek se había preocupado hasta entonces por averiguar dónde estaban los tapos de Valera, cuántos eran, ni cómo vivían. ¡Y él mismo era un tapo!

De una forma vaga recordaba haber oído decir a Tuanko que los tapos vivían en un campamento en el extrarradio de Nuevo Madrid, en las orillas del lago. No sería difícil averiguarlo, en el supuesto que realmente se propusiera saberlo. Pero los tapos en conjunto preocupaban poco a Marek. No sería nostalgia de su pueblo, ya que lo que en realidad deseaba era integrarse en la sociedad valerana, ser un valerano más con todos los derechos y obligaciones. ¿O era que los valeranos le habían otorgado carta de ciudadanía de segunda clase?

—"No lo toleraré —se dijo—. Solicitaré mi ingreso en la Armada y les obligaré a que me acepten o digan claramente que me discriminan. Si es preciso recurriré al Almirante Mayor, por muy ocupado que esté."

Fiel cumplidor de sus deberes, Marek acudió al día siguiente al trabajo y solicitó permiso del director de la factoría para disponer de unas horas de asueto hasta el mediodía del día siguiente.

Al día siguiente Marek, desayunó con Fidel. Jara, destinada a una factoría-astillero distante de Nuevo Madrid, se hallaba ausente desde hacía dos semanas. Adler Ban Aldrik se ofreció a llevar a su bisnieto en el aerobote propio hasta la Plaza de España, donde estaba el edificio del Almirantazgo.

A las nueve de la mañana ya estaba Marek ante el Almirantazgo, esperando que abrieran las oficinas de reclutamiento. Y aun así no fue el primero. Otros dos hombres, dos tapos, ya estaban allí cuando él llegó. Fácilmente pudo identificar el emblema bordado que ambos llevaban cosido a la manga; era el de la antigua Armada Oceánica de la República de Electra.

En el circumplaneta Atolón, durante el siglo y medio que duró la dominación thorbod, los grupos de resistencia tapo se constituyeron a veces en pequeñas repúblicas independientes, siendo una de las más importantes la de la ciudad de Electra. Marek había

pertenecido a la Armada Oceánica de Electra.

Mirando con más detenimiento a sus antiguos colegas, Marek reconoció entre sorprendido y contento a uno de ellos. Se trataba del capitán Aigor, comandante de la ictionave "Alfil" donde Marek había sido destinado cuando sobrevino el ataque de la Armada Sideral Thorbod y la consiguiente destrucción de la ciudad.

Marek se acercó a los dos hombres.

—¿Capitán Aigor? —preguntó.

El otro se volvió y le miró con atención.

—¿No se acuerda de mí? Soy Marek Aznar, teniente Aznar en los tiempos que fui incorporado al "Alfil" como tercer oficial de máquinas.

Mientras hablaba, Marek se representaba en su mente la escena. Había llegado al muelle subterráneo en el momento que las bombas termonucleares empezaban a caer sobre la montaña que protegía a Electra. Grandes rocas y piedra menuda se desprendían de las bóvedas. Una de las rocas mayores cayó sobre la tubería por la cual el "Alfil" estaba tomando hidrógeno para sus turbinas. El hidrógeno escapó y se inflamó, y Marek salió con otros hombres de la ictionave a cerrar la válvula.

El capitán Aigor vio telepáticamente estas imágenes en la mente de Marek, como si presenciara un filme. Entonces recordó.

—¡Aznar, el nuevo tercer oficial de máquinas! —exclamó con alegría—. Recuerdo el incidente, ¿cómo no? Fue nuestro último día en Electra. Mi ictionave no llegó a salir a la mar porque los thorbod volaron el túnel sumergido que comunicaba con la costa. Ninguno de los barcos que en aquel momento se encontraban en puerto pudo escapar. Lo de Electra fue un auténtico desastre.

Rememoraron brevemente los dramáticos acontecimientos de Electra, relatando cada uno la forma en que logró escapar del holocausto. Aigor, finalmente, presentó a su compañero, capitán de corbeta Nuodo de la antigua flota oceánica de Electra.

—¿Aznar? —preguntó Nuodo con curiosidad—. ¿No serás por casualidad pariente del Almirante Aznar?

—Somos parientes. Yo pertenezco a la rama de la familia que permaneció en Maquetania mientras el Almirante viajaba a la Tierra en busca de Valera.

—De los nuestros, vamos; de los que batimos el cobre en Atolón

—remató Aigor, quien preguntó a renglón seguido—: ¿Estás en la Armada Valerana?

—Intento ingresar en ella. He venido a alistarme.

—¿Es cierto entonces que la Armada Valerana va a admitir a los tapos?

—No lo sé. Puede decirse que recién acabo de llegar, sólo llevo un mes aquí.

Marek tuvo que relatar las circunstancias en que había llegado al autoplaneta.

—Nosotros estuvimos aquí desde el principio —dijo Aigor, remachando—. En realidad desde hace seis años. Algunos veteranos probamos a ingresar en la Armada, pero los valeranos no nos aceptaron. Siempre ponían el pretexto de que sus cuadros en la reserva eran suficientes para cubrir las plazas que se iban produciendo a medida que se construían nuevas aeronaves. Hace un par de días empezó a correr el rumor de que la Armada iba a levantar el veto a los tapos, pero aunque hemos preguntado por ahí, nadie ha podido decir de donde salió ese rumor, ni si es falso o si tiene alguna base. La mejor manera de averiguarlo era viniendo a inscribirnos. Es extraño que siendo pariente del Almirante Aznar no estés enterado de nada.

La conversación quedó interrumpida al aparecer una ordenanza femenina para preguntarles qué deseaban. La sorpresa de la muchacha era auténtica. No tenía noticias de que se hubiera abierto la inscripción para los astronautas tapos. Dijo que iba a informarse y regresó casi en seguida acompañando a una oficial “relaciones públicas”. Ésta era una joven alta de formas sinuosas, con un busto extraordinario, el cabello plateado, muy guapa y sonriente, toda ella ceñida por un uniforme muy ajustado con profusión de galones y cordones dorados.

—Soy la capitana Durán. ¿En qué podemos servirles?

—Tenemos entendido que se ha abierto la inscripción para el ingreso de nuevos oficiales astronautas en la Armada. ¿Es cierto? —preguntó Aigor.

—La inscripción nunca estuvo cerrada —respondió la “relaciones públicas”, quien preguntó—: ¿Son ustedes atolonitas?

—Somos tapos, por llamar a las cosas por su nombre. Y no me digan que la inscripción siempre estuvo abierta, porque he estado

viniendo por aquí al menos una vez al año, y todavía sigo esperando que me llamen a incorporarme.

—¿Pero presentó usted su solicitud?

—Cuatro veces.

—¿Lo ve? La inscripción nunca estuvo cerrada. Lo que ocurre es que todas las plazas que se producen están cubiertas de antemano por nuestros oficiales de la reserva.

—¿Quiere decir que debemos seguir esperando, por lo menos hasta que el último oficial de la reserva haya cubierto su puesto y nos llegue el turno a los demás? —preguntó Nuodo.

—Bueno, ¿qué quiere que les diga? Hay millares de jóvenes valeranos de la primera encamación que también esperan su oportunidad. ¿Por qué no prueban en el Ejército? —sugirió la guapa oficial.

—Porque somos astronautas y es en la Armada donde queremos luchar —dijo Marek Aznar anticipándose a sus compañeros.

—Lo siento, sólo soy una oficial de relaciones públicas. No puedo hacer nada por ustedes.

—Dígame, ¿nos aceptaría la Armada si lleváramos una buena recomendación? —interrogó Marek.

La capitana Durán se turbó visiblemente. Allá para sus adentros la “relaciones públicas” pensó:

“Vaya si sois cargantes, amigos. ¿Cuándo comprenderéis que ni con una recomendación del Almirante Mayor os quiere la Armada?”

Marek, atento a los pensamientos de la oficial, descubrió sus ideas y exclamó indignado:

—¿De modo que es eso? La Armada nos discrimina por el solo hecho de no ser valeranos.

—Nadie ha dicho tal cosa —negó la rubia sonrojándose.

—Pero usted lo ha pensado. ¿Olvida que somos tapos, y que como tales tenemos la facultad de leer su pensamiento?

—¡Usted no tiene derecho! —gritó la oficial, colorada de indignación—. El pensamiento pertenece a la intimidad de las personas. Ustedes no tienen derecho a meterse en mis pensamientos, como yo no tengo derecho a meterme en sus casas y fisgonear lo que hacen. ¡No es decente! ¡Y va contra la ley!

A los gritos de la capitana acudió una pareja de policías militares que guardaban la puerta exterior del edificio. El capitán

Aigor también se había puesto a chillar, ofendido por la discriminación y la burla de que se sentía víctima. Uno de los policías le puso la mano en el hombro, Aigor le apartó de un empujón. Entonces se enfadó el policía y echó mano al cuello del tapo. Hubo un forcejeo y el policía saltó rodando al recibir un puñetazo en la cara. Reaccionó el segundo policía haciendo sonar un silbato. Acudieron dos policías más con un sargento y se cruzaron empujones, insultos y amenazas. Aparecieron oficiales, ordenanzas y amanuenses de las oficinas próximas. Finalmente llegó el oficial de guardia y ordenó que los tres revoltosos fueran llevados al calabozo, donde les obligaron a quitarse los cinturones y vaciaron sus bolsillos de todo objeto cortante.

También les tomaron la filiación.

—¿Su nombre?

—Marek Aznar.

El sargento levantó los ojos y le miró escrutador. Aigor apartó el pañuelo de su ojo amoratado y dijo:

—Créalo, es pariente del Almirante Mayor.

—¿Es verdad? —inquirió el sargento.

—Soy su sobrino —admitió Marek a regañadientes.

—¿Quiere hablar por teléfono con el Almirante?

—No. Prefiero no mezclarle en esto —respondió Marek. Reflexionó y añadió—: Pero ya que son tan amables, que alguien avise al doctor Fidel Aznar. Está esperando en su aerobote allá afuera. Díganle que se marche, que tardaré en salir.

Pero no iba a tardar tanto como creía. Media hora más tarde los tres tapos estaban en libertad.

—Oye, a ver si vienes a visitarnos un día al campamento. Es un lugar muy bonito, junto al lago —invitó Aigor.

Marek prometió hacerlo y se despidió de sus amigos para reunirse con Adler Ban Aldrik. El bartpurano ignoraba absolutamente lo ocurrido.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Todo aclarado —respondió Marek—. Ahora sé que nunca me aceptarán en la Armada.

Pero también en esto se equivocaba. Al regresar a casa aquella tarde encontró esperándole un sobre alargado con membrete del Almirantazgo. El Almirante Jefe de Operaciones Combinadas le

citaba en su oficina para una conversación “del máximo interés”.

La nota llevaba fecha del día anterior, o sea, que nada tenía que ver con el incidente de aquella misma mañana.

CAPÍTULO IV

LE habían citado para las diez de la mañana. Después de identificarse en la entrada al edificio del Almirantazgo, Marek fue conducido por una ordenanza a presencia del oficial de relaciones públicas, que era la misma guapa capitana del incidente del día anterior.

En su elegante despacho la capitana Durán se puso en pie y salió al encuentro de Marek tendiéndole la mano amistosamente.

—Lamento lo ocurrido ayer —se disculpó—. ¿Por qué no dijo que era pariente del Almirante?

—¿Piensa usted que por ser sobrino del Almirante me van a aceptar en la Armada?

—Ayer quizás no, pero las cosas han cambiado. Me han asegurado que es inminente la llamada a filas de los atolonitas. El vicealmirante Esteve le espera a usted. Venga conmigo, por favor.

Seguir a una mujer como la capitana Durán era todo un regalo para los ojos. Marek pudo admirar el gracioso movimiento de sus caderas mientras la seguía por un largo corredor con puertas a ambos lados, cruzándose con muchachas del Servicio Auxiliar que iban diligentemente de un lado a otro con carpetas y papeles.

Marek fue introducido en un despacho de generosas dimensiones, amueblado con el estilo un poco frío e impersonal de las dependencias oficiales. Un hombre joven, robusto, de cabellos rojizos y ojos castaños, se puso en pie para estrechar la mano de Marek.

—Gracias, puede retirarse —dijo el vicealmirante a la “relaciones públicas”.

En la puerta, la capitana Durán se cruzó con Tuanko Aznar que entraba. Marek no se sintió demasiado sorprendido. Sospechaba que la rapidez con que se liquidó el incidente del día anterior tenía algo que ver con una posible consulta telefónica con Tuanko, si no con

alguien situado más arriba.

Tuanko, que vestía el blanco uniforme de diario de la Armada Sideral, tendió su mano a Marek. Éste observó que su joven tío llevaba galones de capitán de navío, lo cual implicaba un reciente ascenso. El aire dinámico de Tuanko contrastaba con el aspecto de cansancio que Marek le vio cuando fue a recibirle a la Estación de Emigración.

—Hola, Marek. Esteve, éste es mi sobrino, el muchacho de quien le hablé.

—Vengan, estaremos más cómodos allí —dijo el vicealmirante señalando un diván y dos confortables butacas en un rincón de la estancia, al pie de un amplio ventanal sobre la Plaza de España.

Sentado en una de las butacas, con los Aznar en el diván, el vicealmirante Esteve fue derecho al asunto:

—Me han dicho que tuvo usted un incidente ayer, al venir al Almirantazgo con la pretensión de ingresar en la Armada…

—Es cierto, lo lamento —dijo Marek ruborizándose.

—No tiene importancia. Bien mirado estaban ustedes en el derecho de sentirse ofendidos. No existe ninguna ley que prohíba a los tapos alistarse en la Armada. Simplemente, la Armada posee en sus cuadros de la reserva suficientes oficiales para cubrir todos los puestos que se van produciendo a medida que ampliamos el número de nuestras unidades de combate. Hoy las cosas han cambiado. En el gigantesco esfuerzo que la nación valerana está realizando, todas las colaboraciones son necesarias. La colonia tapo en Valera no es muy numerosa; sobre un total de noventa y ocho mil quinientos sesenta individuos que arroja el censo, unos setenta y cinco mil se encuentran en edad militar. No obstante lo reducido de su número, los tapos poseen cualidades singulares que nos son precisas en este momento.

—Cualquiera que sea el cometido pueden contar conmigo desde ahora —dijo Marek.

—Se lo voy a explicar en pocas palabras. En el contexto de las previsiones elaboradas por nuestro Estado Mayor General figuran todas las alternativas que puedan producirse en el curso de las operaciones militares, incluyendo la posibilidad de una derrota. No vamos a hablar de retiradas en derrota, sino de victorias. De la información obtenida hasta ahora se deduce que los Hombres

Grises, en su asalto a la Tierra, encontraron una resistencia posiblemente inesperada. Advertidos de la presencia del autoplaneta thorbod en Atolón, los terrícolas estaban preparados para rechazar el ataque thorbod y aunque no pudieron evitar ser invadidos, tenemos la evidencia de que cobraron su derrota a un alto precio. Según esto los thorbod debieron sufrir pérdidas cuantiosísimas, y aunque han tenido medio siglo para rehacerse, creemos que sus efectivos actuales no superan en mucho a los nuestros. En suma, tal como está planteada la lucha, ésta va a ser una guerra de desgaste entre las escuadras siderales por lograr el dominio del espacio. Sólo después que hayamos barrido a la Armada Imperial Thorbod podremos poner pie en Argos. Es en esta fase decisiva de la batalla donde intervienen los tapos.

—¿Quiere decir que van a utilizar a los tapos como tropas de desembarco? —preguntó Marek.

—En efecto —respondió el vicealmirante—. La misión será comprometida y exigirá rapidez y decisión en quienes deben llevarla a cabo. No hemos pensado en los tapos solamente como tropas aguerridas, acostumbradas a la lucha cuerpo a cuerpo, sino que se han tenido en cuenta otros factores igualmente importantes. Por ejemplo, ustedes tienen la facultad de poder desmaterializarse y pasar a través de un cuerpo sólido, incluso atravesar un blindaje de "dedona". Pueden efectuar saltos prodigiosos y utilizar sus dotes telepáticas para prescindir de la radio en sus comunicaciones. Es decir, los tapos poseen ventajas decisivas sobre cualquier otro tipo de tropa.

Tuanko adivinó a Marek poco entusiasmado con la empresa y se apresuró a intervenir:

—El plan es el siguiente. Tenemos algunos cruceros thorbod capturados intactos en Atolón, que vamos a utilizar para infiltrarnos entre las líneas del enemigo y depositar sobre la superficie de Argos los primeros contingentes de desembarco. Estos grupos llevarán consigo las Karendón Traslator por cuyo conducto llegará el resto de las tropas. Los cruceros irán tripulados por astronautas tapo, que una vez sobre Argos abandonarán los buques y se unirán a los comandos. Esto parece una empresa de locos, pero es que realmente no existe otro medio de llegar allí. Argos, como el propio Valera, es una fortaleza inexpugnable, erizada de rampas lanza-missiles,

baterías de luz sólida y antenas. La misión de los comandos consistirá en volar y destruir el mayor número posible de estas defensas, de modo tal que se rompa el equilibrio de fuerzas y nuestros torpedos puedan llegar hasta la superficie de Argos. Éste es el plan a grandes rasgos, aunque naturalmente, está sujeto a cambios que puedan surgir al estudiar los pequeños detalles.

—Parece sencillo —dijo Marek con ironía—. En la práctica tal vez sea distinto, aquello va a ser un infierno, un auténtico matadero.

Poniéndose a la defensiva, tal vez porque el proyecto no era totalmente de su agrado, el vicealmirante Esteve se apresuró a aclarar:

—El plan es idea de Tuanko, el cual además estará al frente de la operación.

Marek se volvió a mirar a Tuanko, el cual hizo una mueca expresiva y dijo:

—Yo estaré allí con las fuerzas de desembarco. Si aceptas la misión serás mi lugarteniente.

—Veo que toda la operación se ha montado contando con la participación de los tapos. ¿Pero querrán participar? —preguntó Marek.

—¿Lo harás tú?

—Bueno, sí.

—Pues ya somos dos. Sólo falta convencer a otros sesenta y cuatro mil novecientos noventa y ocho tapos.

El vicealmirante se puso en pie, dando por terminada la entrevista.

—Ha sido un placer conocerle —dijo al estrechar de nuevo la mano a Marek—. Rellene su solicitud sin olvidar su “currículum”, le asignaremos un rango de acuerdo con la importancia del puesto que va a cubrir.

Los dos tapos abandonaron el despacho del vicealmirante. Tuanko estaba contento e invitó a Marek a tomar cualquier cosa en la cafetería del propio edificio. En la cafetería, Marek no pudo disimular su impresión al ver juntos tantos jefes de alta graduación. Tuanko parecía ser muy popular entre ellos, cosa nada extraña considerando que había sido ayudante del Almirante Mayor hasta hacía muy pocas semanas.

Un poco intimidado Marek guardaba silencio mientras su joven tío cambiaba saludos, guiños y bromas con la flor y nata de la Armada Sideral Valerana. Después de tomar un café Marek recordó a su tío que debía ir a rellenar su solicitud en la oficina de reclutamiento.

—Bueno, ve. Te espero aquí —dijo Tuanko.

Marek se dirigió a la oficina, rellenó un montón de papeles y regresó a la cafetería donde seguía Tuanko charlando con sus colegas. Tuanko presentó a Marek, que se convirtió por unos minutos en blanco de la curiosidad de todos aquellos capitanes de navío, contralmirantes y vicealmirantes.

—¿Qué demonios te traes entre manos, Tuanko? —preguntó un capitán de navío—. Abandonaste la ayudantía del Almirante, ¿pero qué haces ahora?

—Alto secreto, amigos. Ya lo sabréis a su debido tiempo.

—¡Vete al infierno!

Tuanko y Marek abandonaron el Almirantazgo. Cuando cruzaban el jardín hacia la salida Tuanko se detuvo junto a la estatua del "superalmirante" Aznar, padre del actual Almirante Mayor.

—No era muy alto —observó Tuanko.

Acabaron de cruzar el jardín saliendo por la puerta de la verja hacia la zona de estacionamiento de aerobotes. Marek había llegado en el "metro" y aceptó gustoso que Tuanko le llevara a casa.

—En adelante estaremos en contacto a diario —dijo Tuanko cuando hacía despegar el aerobote. Luego siguió hablando con gran animación.

Autor del plan de invasión, Tuanko entendía que la parte más difícil de todo el proyecto era convencer a los tapos. Idea suya fue hacer correr el rumor de que los tapos, hasta entonces rechazados por el Ejército y la Armada, iban a ser movilizados.

El Estado Mayor quería enviar sus equipos de psicólogos a los campamentos tapo, cosa a la cual se opuso Tuanko.

—No se puede engañar a los tapos presentándoles como algo heroico y hermoso sacrificar la vida por una causa que, al menos hasta ayer, no era la suya. La primera condición necesaria es que el propagandista que vaya a hablarles esté íntima y sinceramente convencido de que la empresa es posible y necesaria. De lo

contrario, si el propagandista tiene dudas, los tapos lo descubrirán y desconfiarán. Quizás se sientan resentidos.

—Yo no me siento resentido —dijo Marek.

—Tú harías un buen propagandista, porque cumples la condición esencial; tener fe en nuestra empresa. Tú podrías visitar a tus amigos y sondear su estado de opinión.

—Sólo conozco al comandante Aigor.

—Por algo se empieza. ¿Querrás encargarte de ese trabajo?

Marek prometió hacerlo, aunque realmente no sabía cómo empezar.

Al día siguiente, domingo, Marek tomó prestado el aerobote de Adler Ban Aldrik para volar hasta el campamento de los tapos, en una zona boscosa junto al lago. Aparte de los antiguos cuarteles, el resto estaba formado por barracones de madera, diseminados de forma caprichosa, adaptada a los accidentes del terreno.

Aterrizó en el campo de maniobras, frente a los cuarteles, y fue a preguntar por el comandante Aigor al edificio más próximo. Pero no fue allí donde le encontró, Sí en otro de los pabellones, reunido con otros amigos en la sala de recreo.

—¡Hombre, Aznar, llegas a tiempo! —exclamó Aigor—. ¿Has visto esto? Los están colocando por todo el campamento.

Aigor le mostraba un gran cartel litográfico fijado al muro con tachuelas. Sobre el fondo de un tema bélico, en grandes caracteres color sangre, rezaba el “slogan”:

> “¡ATOLONITA, RECUERDA A TUS FAMILIARES Y AMIGOS ASESINADOS! AHORA TIENES LA OPORTUNIDAD DE VENGAR SU SANGRE. ¡VEN A LUCHAR CONTRA LOS THORBOD ALISTÁNDOTE EN LAS FUERZAS ARMADAS VALERANAS! ¡TE ESPERAMOS!”

—¿No parece una broma? —dijo Aigor—. Apenas hace tres días nos echaron con cajas destempladas del Almirantazgo. ¡Y hoy nos llaman a alistarnos!

—Tal vez sea sólo para alistarnos en el Ejército —apuntó el capitán Nuodo.

—Y en la Armada también —puntualizó Marek—. Eso es lo que vine a deciros.

—¿Por qué ese cambio tan repentino?

—Muy sencillo. Antes no nos necesitaban.

—¿Y ahora sí? —interrogó Aigor con acento de extrañeza.

Marek expuso la cuestión repitiendo casi palabra por palabra lo tratado en su entrevista con el vicealmirante Esteve y Tuanko Aznar. Ni aun queriendo habría podido Marek engañar a sus compañeros, ya que éstos poseían como él mismo la facultad telepática. Marek no trató siquiera de ocultar los riesgos que entrañaba la empresa, ni sus propias dudas acerca del resultado de la misma.

Un antiguo oficial, en cuya chaqueta llevaba cosidos los botones dorados que pertenecieron a un uniforme, expresó su opinión de viva voz.

—O sea, que después de habernos rechazado nos llaman para que les saquemos las castañas del fuego, y nos envían a una misión desesperada, de la que probablemente nadie salga con vida. ¿Por quién nos han tomado? ¡Yo no iré!

Había casi un centenar de hombres y mujeres en la sala y todos se habían acercado cerrando un círculo alrededor de Marek y el comandante Aigor. Otras voces indignadas se unieron a la primera. Aigor hizo señas imperiosas para que todos guardaran silencio.

—Escuchen, por favor, oigamos a Aznar. Él nos ha expuesto con todo realismo los peligros y dificultades de esta misión. Dejémosle hablar —replicó.

—Se lo voy a decir en pocas palabras —dijo Marek—. Yo me he alistado. ¿Quieren saber por qué? Pues porque pienso que realmente se trata de una misión que sólo los tapos somos capaces de sacar adelante con éxito. Y porque, aunque esté resentido con los valeranos, mi resentimiento no alcanza a desearles que pierdan la guerra. Si Valera es destruido por el enemigo, no serán solamente los valeranos quienes perezcan con él. Todos estamos en el mismo barco, y ese barco se llama Valera y está en peligro. Yo voy a ayudar para salvarlo.

—Bien dicho, muchacho —aplaudió Aigor—. Sadra, danos tu opinión.

Sadra, que estaba por los cuarenta años, era uno de aquellos comandantes que en la desigual lucha contra los thorbod cimentaron su fama sobre un valor, una pericia y una suerte poco

comunes. Marek no la conocía personalmente, aunque había llegado hasta él su fama cuando todavía estaba luchando en Maquetania.

—Vengo de afuera —dijo Sadra con aplomo—. He visto pegar esos carteles, he escuchado a nuestra gente y tengo la impresión de que habrá carreras para llegar antes a la oficina de reclutamiento. Durante mucho tiempo los tapos han deseado luchar contra los thorbod. ¿Vamos a ser nosotros la excepción y quedarnos con los brazos cruzados? ¿O quieren que salgamos a hacer antipropaganda para que nadie se aliste y se fastidien los valeranos? ¿A quién beneficiamos con nuestra actitud sino a nuestros enemigos los Hombres Grises?

Un rumor de comentarios contradictorios se extendió por toda la sala. Un joven astronauta propuso:

—Los valeranos han rechazado sistemáticamente nuestros intentos por ingresar en su Armada, y ahora nos buscan para que tripulemos sus buques hasta la superficie de Argos. Yo propongo darle con el pie en el culo a los de la Armada y alistarnos en el Ejército.

Ya se alzaban algunas voces aprobatorias cuando la comandante Sadra impuso silencio con energía:

—¡Eh, esperen un momento! No estoy de acuerdo con eso. Yo soy astronauta y es en un buque donde quiero aportar algo.

—Astronautas o soldados, allí todos vamos a pegar tiros. ¿Qué más da, saltar de un buque o hacerlo desde una Karendón Traslator?

—Eso lo dices tú porque no eres un profesional —acusó el capitán Nuodo.

—¿Quién es profesional, y quién no lo es? En Maquetania todos luchábamos igual.

—No, permíteme contradecirte, muchacho —dijo Sadra con aplomo—. Se ha dicho que en Maquetania todos luchaban y hasta los niños eran soldados. Bueno, admitamos que cuando nos vimos acorralados hasta los niños tuvieron que coger el fusil, pero la sola e instintiva acción defensiva no otorga la profesionalidad. En el siglo y medio que duró la presencia thorbod en el circumplaneta tuvimos largos períodos de calma y paz relativa, durante la que se llegaba a olvidar que vivíamos en perpetuo peligro. En ese tiempo los tapos vivían en ciudades y refugios subterráneos, algunos de ellos

bastante confortables, mientras los profesionales montábamos guardia en la mar abierta, cubriendo las ciudades y aldeas de la eventualidad de un ataque del enemigo, siempre listos para proceder a una precipitada evacuación. Me permito la licencia de llamar profesionales a quienes voluntaria y permanentemente estuvimos siempre en primera línea, sin pedir ni aceptar el relevo, a quienes renunciando a las comodidades de la ciudad y a la seguridad relativa dedicamos nuestra vida a luchar contra el enemigo de nuestro pueblo. Nuestro punto de vista difiere en que nos sentimos profesionales y no queremos ser otra cosa. La guerra es nuestra profesión, y ésta no empieza y acaba en la actual lucha contra los thorbod. Esta guerra terminará, si Dios quiere con la victoria de Valera, y el planetillo surcará nuevas rutas, pero siempre habrá una Armada Sideral, porque un autoplaneta viajero necesita poseer una fuerza disuasoria que le defienda de los mil peligros que le acechan. Hablo por los profesionales. Si rechazamos alistarnos en la Armada cuando ésta nos necesita es obvio que nos cerramos las puertas para ingresar en ella en cualquier tiempo futuro.

—Excepto que vuelvan a necesitarnos para llevar sus buques a un lugar donde ellos no podrían llegar.

—Por favor, no seamos ilusos —dijo Aigor—. Si la única forma de destruir el Argos es enviando una tropa de desembarco a su superficie, la operación no será cancelada porque los tapos nos neguemos a colaborar. Los comandantes valeranos llevarán esos buques hasta Argos y otras tropas saltarán sobre el autoplaneta. La única diferencia será que quizás esas tropas cuenten con menores probabilidades de éxito. Y si fracasan en el intento, ¿a quién favorecerá su derrota? No a los tapos, sino a los enemigos de los tapos, los thorbod. ¿Es eso lo que queremos? ¡Contesten!

—¡¡¡Nooo!!! —protestaron un coro de voces.

—Pongámoslo a votación —propuso alguien.

—¿Por qué a votación? —rechazó la comandante Sadra—. Nadie decidirá por mí un asunto que atañe a mi persona. Hagan lo que quieran, nadie les obliga. Yo voy a ir mañana a alistarme en la Armada.

Sadra, Marek, Aigor y Nuodo abandonaron la sala en medio del ruido de una discusión acalorada. Casi pisándoles los talones otros hombres y mujeres les siguieron al exterior. Se reunieron a la

sombra de un pino corpulento. Uno a uno, dos a dos, más tapos salieron del pabellón.

—No sé por qué discutimos —dijo Nuodo de buen humor, viendo como engrosaba el grupo a su alrededor—. Tengo el presentimiento que todos acabaremos viéndonos mañana en la oficina de alistamiento.

Marek Aznar permaneció todo el día en el campamento para explicar a otros grupos en qué consistía la operación. Aunque no tenían demasiados motivos para sentirse satisfechos del trato recibido de los valeranos la reacción de los tapos fue altamente positiva. En el campamento vivían unos quince mil tapos, en su mayoría jóvenes que estaban en la primera encamación, gente inquieta con poca carga detrás y ninguna raíz sentimental en el pasado, buscando la emoción de la aventura en aquel mundo en movimiento llamado Valera.

Volando de regreso a la ciudad, Marek se sentía cansado y satisfecho de sí mismo. Pensaba haber realizado una buena labor de captación, que Tuanko sin duda aprobaría.

Al detener el aerobote sobre la vertical de la casa de su bisabuelo vio una aerofalúa de la Armada que ocupaba la losa de hormigón donde él debía aterrizar.

—Debe ser Tuanko —se dijo.

Hizo sonar el claxon del aerobote y tomó tierra sobre el césped. Tuanko salió al porche de la casa y le saludó con la mano enviándole un mensaje telepático.

—“Has tardado mucho, llevo esperándote toda la tarde, majadero”.

Tuanko regresó al interior de la casa y el mensaje quedó interrumpido. Marek saltó a tierra, cruzó el prado y entró en la casa. La prima Jara se echó encima de él sorprendiéndole.

—Llegué esta mañana —dijo besándole—. Menos mal que vino Tuanko, él me ha hecho compañía toda la tarde. Fidel no está.

—Ven aquí y siéntate —dijo Tuanko—. Soy portador de buenas noticias. La Armada ha dado por buena tu solicitud y te incorpora al servicio activo con el grado de capitán de corbeta.

Ni en sueños esperaba Marek que le asignaran tal rango. En la Armada Oceánica de Electra había empezado como segundo teniente, y allí mismo quedó interrumpida su carrera. La ciudad de

Electra quedó destruida y su pequeña Armada fue hundida o dispersada. Posteriormente Marek se había dedicado a otras misiones alejadas del mar.

—Te advierto que vas a tener que sudar los galones —dijo Tuanko, medio en serio, medio en broma.

—Han sido muy generosos conmigo.

—Nada de generosos, tuve que sacar las uñas y luchar para que te dieran algo más. Mi lugarteniente no puede estar por debajo de cualquiera de los capitanes a quienes tendrá que dar órdenes. Bueno —se corrigió Tuanko—. Suponiendo que haya otros a quienes mandar.

Marek se apresuró a tranquilizarle, dándole cuenta de sus actividades de aquel día. Tuanko se mostró sorprendido.

—En verdad, los nuestros tienen algún motivo para sentirse resentidos. No lo esperaba tan fácil. ¡Estos chicos tapo son estupendos!

En efecto, tanto el Ejército como la Armada se habían mostrado remisos a dar cabida en sus filas a los voluntarios tapos, enmascarado su negativa con fútiles pretextos que a nadie podían engañar. ¿Discriminación? No exactamente. Los oficiales valeranos no querían tapos en sus unidades; les temían.

Jefes y oficiales eran hombres y mujeres como todo el mundo. En lo más comprometido del combate o a la hora de tomar una decisión importante, un comandante podía ser invadido por el temor. Podía tener dudas y vacilaciones y cometer errores a veces irreparables. Pero en tanto supiera contener sus emociones, los subordinados confiarían en su jefe y ejecutarían sus órdenes sin protestar. ¿Pero qué ocurriría si en un trance así tuviera a su lado un oficial o un soldado tapo? El tapo, gracias a sus facultades telepáticas, penetraría en la intimidad del pensamiento de su superior, conocería sus debilidades y sus errores, y tal vez pusiera a discusión sus decisiones.

El tapo no daría solución a las dudas de su jefe, pero denunciaría sus debilidades. Tener a bordo de un barco a un tapo era como tener una cotorra que lo supiera todo y lo divulgara todo. ¿Quién confiaría en la discreción de un individuo así?

Ni siquiera el Almirante Aznar había podido superar esta prueba. Tuanko, su ayudante, era tapo y conocía todas las

debilidades del Almirante. No las propagaría, pero las conocía, y esto bastaba para poner nervioso a cualquiera. Después de varios años Tuanko tuvo que dejar su puesto. ¡Y eran abuelo y nieto!

—Mañana empezamos a trabajar —dijo Tuanko animosamente poniéndose en pie—. Ven a buscarme al Almirantazgo, conseguiremos una oficina.

Jara y Marek le acompañaron hasta el jardín.

CAPÍTULO V

CUANDO aquel lunes se dirigía en el “metro” al Almirantazgo, acompañado de su prima Jara, ya notó Marek la escasa afluencia de público que aquella mañana utilizaba tan popular medio de transporte. Esta sensación de quietud, como si de repente hubiese quedado despoblado medio planetillo, se hizo todavía más acusada al abandonar el suburbano y salir a la superficie del suelo en la Plaza de España.

Había proporcionalmente pocos aerobotes en el aire girando alrededor de la plaza, y prácticamente nadie paseando por el parque central.

—Vaya, parece que a todo el mundo se le han pegado hoy las sábanas —comentó Jara mirando sorprendida a su alrededor.

Pero Marek no podía creer en tan absurda coincidencia. Algo más serio tenía que estar ocurriendo para paralizar de modo tan evidente la vida ciudadana. La respuesta la halló en el Almirantazgo al encontrarse con Tuanko.

—¿Se nota, verdad? —dijo Tuanko contestando a la pregunta de Marek—. Medio Valera se encuentra en estos momentos en sus puestos de combate, a bordo de los buques de nuestra Armada, en los campamentos militares y cuidando de las defensas de superficie.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Como ocurrir no ocurre nada. Sencillamente, vamos cubriendo etapas según el plan preestablecido. Desde la pasada medianoche nos encontramos en la posición “B”, es decir, girando alrededor de la Tierra a una distancia de diez millones de kilómetros de Argos. Si los thorbod decidieran atacarnos en este mismo momento, sus escuadras de vanguardia nos alcanzarían en una hora y quince minutos de vuelo. Por descontado, nuestra defensa entraría en acción instantáneamente. Lo que no puede hacerse en una hora es sacar a nuestra gente de sus casas, situarla a bordo de sus buques y

en las defensas de segunda línea. Esas cosas tienen que hacerse con anticipación.

—¿Quieres decir que estamos en peligro?

—Bueno, estamos metidos en una guerra, ¿no? —repuso Tuanko encogiéndose de hombros.

—¿Por qué hemos venido a situarnos tan cerca de Argos, si todavía estamos alistando a los tapos y aún tardaremos varias semanas en estar preparados para atacar?

—La guerra es una condenada cosa. Se juega a tratar de adivinar lo que hará el enemigo en determinado momento, sin garantías de que su reacción sea ni aproximadamente la que nosotros hemos supuesto. De momento buscamos inquietar a los thorbod, ponerles nerviosos… Ahora bien, los thorbod son unos tíos astutos, pacientes, cerebrales… antes de que pierdan la cabeza y tomen la iniciativa vamos a tener tiempo de adiestrar a nuestros tapos.

—¿Y si no fuera así y nos atacaran inmediatamente?

—No esperamos que lo hagan.

—¿Por qué?

—Pues porque en este momento nos estamos marcando un farol. Nuestra actitud debe dar que pensar a los thorbod. La verdad es que no estamos preparados para el asalto, pero ellos no lo saben. Queremos que piensen que estamos aquí para asustarles y crisparles los nervios, provocándoles continuamente hasta inducirles a caer en el error de atacarnos.

—¡Pero esto no hay quien lo comprenda! —protestó Marek estupefacto—. ¿Qué es lo que esperamos que hagan en realidad?

—Que nos ataquen, naturalmente. Ellos nos superan en número, calculamos que en la proporción de seis a uno. Esa es la proporción mínima indispensable para garantizar hasta cierto punto el éxito de un asalto. Los thorbod deben llegar al convencimiento de que son superiores, o de lo contrario, no atacarán.

—¿Y cómo esperáis engañarles?

—No hay engaño, amigo. Ellos nos superan en todos los órdenes, no en vano han tenido medio siglo para prepararse.

—Es decir, si se decidieran a atacarnos ahora mismo, ¿podrían derrotarnos y destruir el autoplaneta?

—Tal vez sí, tal vez no. Es un riesgo que debemos correr para destruirles gran cantidad de material. Valera es como una fortaleza.

Si conseguimos que los thorbod ataquen, y si somos capaces de aguantar su embestida, la guerra puede ganarse en la superficie de Valera incluso antes de que los tapos desembarquemos en Argos. Sencillamente, el enemigo quedaría desarbolado, sin fuerzas para cortarnos el paso cuando nuestra Armada contraataque.

Todas estas sutilezas de la alta estrategia resultaban confusas para Marek. Bien mirado, no debía ser cosa fácil ostentar el mando supremo de esta cosmonave gigantesca con sus contingentes humanos, sus poderosas escuadras y todo el complicado aparato de una formidable máquina de guerra.

Trasladado a una escala más pequeña, Marek también tenía que desarrollar una tarea agotadora. Ya desde el primer día los tapos respondieron a la llamada de las Fuerzas Armadas acudiendo masivamente a las oficinas de enganche en sus propios campamentos. En un solo día se llegaron a realizar ocho mil y pico de inscripciones.

Toda la operación de recluta, centralizada en las oficinas del Almirantazgo, en Nuevo Madrid, requirió el examen minucioso, uno por uno, del historial personal que acompañaba a cada hoja de inscripción. Bien era cierto que en la mayoría de los casos había poco que informar. Un elevado porcentaje estaba formado de hombres y mujeres muy jóvenes, en la primera encarnación, sin experiencia anterior en combate. Aun contando con los sofisticados sistemas de instrucción por inducción directa al cerebro, la tarea de formar a un ejército de setenta mil individuos no era cosa de juego.

El Estado Mayor había concedido amplias facultades a Tuanko en la organización de las unidades de asalto. No obstante, como no existían mandos superiores entre los tapos, pusieron al frente de sus batallones a un general valerano. La designación recayó sobre la brigadier Altair Newell, una mujer.

Tuanko se sintió molesto. Tan molesto que habría abandonado, a no ser porque con su retirada hubiera infligido grave daño en la moral de las tropas que acababa de reunir. Precisamente Newell era una especialista en organización. Aunque la tarea de cada uno parecía bastante clara sobre el papel, Tuanko temió que la brigadier se metiera en su terreno.

En efecto, no tardó en aparecer la brigadier Newell, impecable en su entallado uniforme verde, una fusta bajo el brazo, y como

encajado en la órbita del ojo, el aro de ¡un monóculo! La insólita aparición dejó boquiabiertos a los muchachos tapo que trabajaban en la oficina a las órdenes de Marek Aznar.

Alta, de complexión atlética pero conservando lo más seductor de sus formas femeninas, Altair Newell era lo que en términos corrientes solía entenderse por una buena moza. Sin ser una mujer de extraordinaria belleza, tenía bonitos ojos pardos, nariz afilada y boca grande, de labios finos exquisitamente dibujados, formando un conjunto atractivo.

El milagro de las Karendón, al posibilitar los sucesivos "salto atrás", mantenía a la población valerana en estado de perpetua juventud. La apariencia de Altair Newell, su vigor y la vivacidad de su mirada, eran los propios de una mujer de veinticinco años, y ésta era su edad biológica. La otra edad, la edad formada por todas las experiencias y los conocimientos acumulados por la suma de las repetidas reencarnaciones, era la de una centenaria. Altair Newell pertenecía a la generación del Almirante Aznar y se encontraba en su cuarta vida.

El Ejército valerano tenía excelentes psicólogos. Éstos habían recomendado a la brigadier Newell, y posiblemente eligieron a la única persona que por sus condiciones especiales podía bregar con los tapos. Cualquier otro jefe, hombre o mujer, habría rechazado tan comprometido puesto. Newell aceptó sin pestañear.

Desde el primer momento, la personalidad de Newell despertó el interés de Marek. En el poco tiempo que llevaba conviviendo con los valeranos había descubierto que cuanta más importancia se daba uno mismo, mayor era la ignorancia y la inseguridad en sí misma de la persona. La faceta más acusada de la personalidad de Altair Newell era la confianza en sí misma. ¿Era Newell un general incompetente que ocultaba su ignorancia tras una fachada de suficiencia?

No tardó Marek en hallar la respuesta. Descubrió que Newell, al contrario que sus colegas valeranos, no temía a la agudeza telepática de los tapos. No le importaba que éstos penetraran su pensamiento. El pensamiento de Newell, cosa insólita en un valerano, no tenía recovecos ni zonas oscuras. Era una mujer auténticamente segura de sí misma. Su mente funcionaba como un ordenador electrónico. Cada concepto, cada materia, estaban

almacenados, clasificados y calificados en su mente. Como los ordenadores, la mentalidad de Newell daba respuestas concretas a temas concretos: sí o no, cierto o falso, bueno o malo, útil o inútil.

Como para todas las demás cosas, Newell tenía un concepto de los tapos: muy listos, valientes, perezosos, burlones, insolentes e indisciplinados. En los temas que no dominaba se limitaba a generalizar. O levantaba los hombros o decía "da lo mismo, no tiene importancia". Así funcionaba la mentalidad de la brigadier; sencilla, pero eficaz.

Era necesario profundizar mucho más en la personalidad de Altair Newell para descubrir en ella aquel toque sutil, casi imperceptible, difícil de calificar, que distinguía a los genios de las gentes vulgares. Sí, Altair Newell era un genio. Marek se lo dijo a Tuanko y éste le miró enojado.

—Querrás decir que es una imbécil.

—No. Es un genio.

—¿Qué es un genio? —preguntó Tuanko ganoso de pelea.

—No lo sé.

—¿Entonces cómo sabes que Newell es un genio?

—Mi bisabuelo, Adler Ban Aldrik, también es un genio. No lo es por lo que sabe, por toda la ciencia que acumula en sí, sino por la forma de hacer las cosas… de encarar ciertos aspectos de la vida, de dar una nota de color y de humor a las situaciones más absurdas en el momento oportuno. Consideremos el monóculo de Newell. ¿Qué función puede desempeñar un adminículo tan arcaico como inútil? Llevarlo es un toque de genialidad.

—Yo lo llamo extravagancia.

—En un soldado raso sería una extravagancia. Pero Newell es un general. Un general se debe a ciertas normas de conducta, tiene que cuidar las apariencias y huir del ridículo, so pena de que la tropa le tome a cachondeo. Se necesita tener un algo especial para permitirse ser extravagante y conservar intactos autoridad y prestigio.

—¿Qué sabes tú de Newell? No es así como se le considera en el Ejército. Tiene más de cien años, está en su cuarta vida, ha tenido ocho o nueve maridos y se ha acostado con todo el generalato. En el Ejército la conocen por la "calientacamas". Ha utilizado sus atractivos para ascender penosamente, y a pesar de eso no pasó de

brigadier. Competente en organización. Maneja estupendamente el sillón giratorio, el teléfono, las estadísticas y el organigrama, pero nunca ha tenido mando en combate. Nos la han enviado para cubrir el expediente. Se trata de que tengamos un general que no se entrometa demasiado en nuestra labor. Pero aun así chocaremos. Esa fatua mujer tiene que demostrar su sapiencia y su autoridad. Y dices que es un genio ¡por el amor de Dios, sobrino!

—¿Estás seguro de no equivocarte?

La respuesta de Tuanko fue una mirada que dejó corrido y confuso a Marek.

Probablemente Tuanko tenía motivos para conocer a la brigadier Newell mejor que Marek; como ayudante de campo del Almirante Mayor debía ser receptor y transmisor de todos los chismes en el ámbito de las altas esferas de las Fuerzas Armadas. No obstante, Marek siguió pensando que su tío se equivocaba. Tuanko jamás había estudiado a Newell por sí mismo, cosa que podía haber hecho utilizando sus facultades extrasensoriales.

Altair Newell llegó a la oficina donde Marek compartía con su tío la tarea de organizar las unidades tapo, y sin dejarse intimidar por la actitud hostil de Tuanko se posesionó de la mesa de éste y empezó a informarse. Su contribución a la puesta a punto de la división tapo iba a resultar altamente provechosa, especialmente porque liberaría al capitán Tuanko de la necesidad de andar de un lado a otro, ocupado en tareas que le hubieran apartado de su verdadero trabajo, que consistía en adiestrar a las tropas.

Cuando Newell llegó todo estaba por hacer. La Operación Canguro era todavía entonces un proyecto sobre el papel. Setenta mil hombres y mujeres tapo habían respondido a la llamada del Ejército y la Armada. Estos setenta mil tapos se encontraban diseminados en más de una veintena de campamentos por toda la geografía del planetillo. Carecían de instalaciones apropiadas, no tenían instrucción militar, ni mandos, ni el más elemental equipo.

Como experta en estas cuestiones, bien relacionada con los mandos superiores y la Intendencia, Newell sabía dónde estaban todos los resortes y la forma de pulsarlos. Una cualidad que incluso Tuanko tuvo que reconocerle, era la total entrega y la enorme energía que ponía en su trabajo. Con frecuencia tomaba decisiones arriesgadas. Tal ocurrió en una ocasión en que fue a resolver

personalmente un problema de suministros encallado en la intrincada burocracia oficial.

Ya había tenido problemas anteriormente Newell con el asunto de la concentración de su tropa en siete campamentos en la periferia de Nuevo Madrid. Los alrededores de la capital estaban cubiertos de bosques. Newell ordenó talar un número considerable de árboles e instaló sus campamentos sin previa autorización. A la requisitoria del alcalde de la ciudad de por qué no había solicitado la debida autorización, la brigadier respondió con energía:

—Estamos en guerra, y ganar esta guerra es el primer y principal objetivo. Todo lo demás queda supeditado a este fin. Si hubiera pedido permiso todavía estaría esperando la autorización, y a lo peor me hubiesen dado una negativa.

La poderosa industria valerana, dedicada de lleno al esfuerzo de producción de guerra, no podía entretener su tiempo ni gastar energía en fabricar artículos no considerados como de primera necesidad. Los tapos carecían de instalaciones adecuadas en sus nuevos campamentos; no tenían barracones, ni camas donde descansar, ni uniformes, ni siquiera zapatos para reponer los que desgastaban en las largas marchas y ejercicios de instrucción. Los tapos eran gente muy sufrida, durante siglo y medio habían resistido en su planeta a los thorbod en las condiciones más desfavorables, y no les importaba dormir en el suelo bajo los árboles. No obstante, no habría sido humano obligarles a vivir en estas condiciones, teniendo en cuenta que en Valera llovía todas las noches, y los bosques eran húmedos y fríos.

Newell resolvió el problema de los barracones capitaneando un comando nocturno para secuestrar algunas máquinas Karendón del entorno industrial de Nuevo Madrid. Los tapos se tomaron la cosa muy en serio, y planearon y ejecutaron la operación como si se tratara del asalto a una posición del enemigo. A la mañana siguiente, los operarios de una factoría dedicada a la fabricación de muebles de oficina, se encontró con asombro que habían desaparecido sus máquinas y sus reactores nucleares. El asunto trascendió, naturalmente, y Newell fue a encararse con el general intendente, planteando ante éste el dilema de qué cosa era más necesaria, si unos millares de mesas y armarios para un ejército de chupatintas, o unos millares de barracones para setenta mil

soldados tapos que vestían harapos y no tenían donde guarecerse de la humedad y la lluvia.

La brigadier armó tal escándalo, que a partir de entonces empezaron a llegar con regularidad los suministros retenidos: uniformes, armas y equipos de vacío total.

Desgraciadamente, con más frecuencia de lo que era de desear, la magnífica labor de organización de la brigadier quedaba empañada por otras acciones menos afortunadas. Newell era en el fondo un general frustrado. Jamás había intervenido en un combate. Desde la mesa de un despacho asistió como espectador a la dura guerra contra los sadritas y la reconquista de la Tierra. Viajó en el autoplaneta hasta el remoto Uhlan, sin participar de una manera activa en la guerra contra Ankor. De regreso en Atolón contempló la guerra contra los ghuro y la desastrosa rebelión de los robots. Fue deportada al planeta atolonita Bartpur, contribuyendo a la organización del nuevo estado fundado por la dictadura de MacLane, y se incorporó al autoplaneta Hermes cuando éste, mandado por el Almirante Aznar, escapó a la Tierra huyendo de la invasión thorbod. Una vez llegados al sistema solar terrícola, los exilados fueron incorporados a las Fuerzas Armadas valeranas, restituyéndoles en sus grados. De regreso en Atolón, Newell fue de nuevo personaje pasivo en los combates que determinaron la derrota y la rendición de los thorbod. Ahora Valera estaba de nuevo de regreso para expulsar a los Hombres Grises de la Tierra y tratar de destruir el autoplaneta Argos, pero toda la participación de Altair Newell iba a limitarse a proveer de barracones, de mantas y uniformes a una unidad de comandos tapos.

Repetidamente, en el curso de sus tres azarosas vidas, solicitó Newell el mando de una unidad de combate, pero el informe de los psicólogos del Ejército fue siempre negativo; su temperamento no era adecuado para asumir las responsabilidades de jefe en combate frente al enemigo.

El reprimido combatiente que Newell llevaba en su interior le impulsaba a intervenir en cuestiones que no eran de su incumbencia. Como jefe de la división Canguro tenía indudablemente autoridad para imponer su criterio. Esto no era lo acordado entre el capitán de navío Tuanko y el vicealmirante jefe de Operaciones Combinadas, pero aquí ya entraban en competencia

el Ejército y la Armada, tradicionalmente rivales, fatalmente obligados a pelear juntos. Las protestas de Tuanko al vicealmirante Esteve eran transmitidas por éste al general jefe de las Fuerzas Especiales. El Ejército se negaba a desautorizar a Newell y amenazaba con sustituirla por otro general, con lo cual sólo se habría agravado el asunto.

Aunque había sido advertida de que su función como general jefe de la División Canguro se limitaba a organizar las unidades tapo, Newell no se resignaba a ser personaje pasivo cuando por primera vez le daban el mando de una fuerza de ataque, aunque se tratara de un mando condicionado.

Por desgracia para Newell, el entrenamiento de los tapos era completamente distinto del que recibían el resto de las tropas, cosa difícil de entender por un brigadier educado en la rígida ortodoxia del Ejército valerano. Por ejemplo, Newell no podía comprender por qué los tapos no hacían instrucción en orden cerrado, ni por qué no eran capaces de sostener el mismo ritmo de paso. Los soldados tapo no saludaban a sus jefes, discutían a sus oficiales, llegaban tarde a la formación y no hacían el menor caso al toque de cometa que ordenaba apagar las luces en los barracones.

Ni los toques de corneta, ni la imposición de un horario eran cosa de Tuanko o sus oficiales; la manía ordenancista de Newell los había implantado en todos los campamentos bajo su mando. Otra de las obsesiones de la brigadier era exigir e insistir en la uniformidad reglamentaria.

—¡Parecen un ejército de mendigos! —solía exclamar con acento desesperado.

A la tropa las quejas del general le tenía sin cuidado. No ocurría lo mismo con los oficiales, especialmente los comandantes de unidad, que tenían que soportar las quejas de Newell. Los oficiales iban a quejarse a Tuanko, éste lo hacía ante el vicealmirante Esteve, y Esteve protestaba ante el general jefe de las Fuerzas Especiales.

Cansado de escuchar las protestas de Esteve, el general Simones, jefe de las Fuerzas Especiales en las que se encuadraba la brigada tapo, llamó a su presencia a Newell y le echó una reprimenda. Newell tuvo que escuchar cosas terribles, cosas que nadie le había dicho nunca, y que de alguna forma le abrieron los ojos a una realidad insospechada.

Marek no estuvo presente en la entrevista, pero se encontraba en la oficina de Altair Newell cuando ésta regresó, pálida como un muerto, a punto de echarse a llorar. La brigadier se dejó caer como derrengada en su sillón giratorio, mirando a un punto vago del espacio mientras en su mente martilleaban las hirientes palabras que acababa de escuchar.

El aspecto de Newell era de tan patético desconsuelo, de tan gran asombro, que despertó la compasión de Marek interesándole en lo ocurrido. Casi involuntariamente Marek puso en funciones sus dotes telepáticas investigando el pensamiento de la mujer. De pronto Newell apareció advertir la presencia de Marek, arrugó el entrecejo y preguntó:

—Marek, ¿le parezco una imbécil?

—¿Por qué dice eso? —respondió Marek evasivamente.

—Acaban de llamarme imbécil, y pienso que lo he sido. Me advirtieron que Tuanko era intocable, que ustedes tenían su programa de adiestramiento y que no debía interferirme en él. Creía estar cumpliendo mi deber, dejando hacer a los tapos e interviniendo solamente en cuestiones secundarias, al margen de los planes del capitán Tuanko. Pero por lo visto he molestado a Tuanko y éste fue a quejarse al vicealmirante Esteve. El vicealmirante le echó los perros a Simones y el general me llamó para largarme la gran bronca. Me dijo que era una imbécil por complicarme la vida gratuitamente y por no entender que mi papel aquí era de simple figura decorativa. Si los tapos hubiesen necesitado un general para ejercer un mando efectivo no me habrían puesto a mí, sino a alguien que realmente tuviese capacidad para mandar las tropas.

—Lo ha estado haciendo muy bien, y estoy seguro de que Tuanko no quiso perjudicarle —dijo Marek.

Altair Newell meneó la cabeza. Por primera vez desde que llegó la veía Marek dubitativa, insegura de sí misma. La mujer estaba pasando por un verdadero trauma. Simones había sido muy duro con ella recordándole la unanimidad con que los psicólogos del Ejército se manifestaron repetidamente, afirmando no tener aptitudes para el mando, y alguna alusión hizo a los matrimonios de conveniencia, gracias a los cuales había escalado la penosa cuesta del generalato. Pero esto no era cierto. Altair Newell sólo estuvo casada cinco veces, no ocho o nueve como se decía, y de sus cinco

maridos sólo uno fue general. Tuvo relaciones íntimas con otros hombres, era cierto, ni más ni menos que cualquier otra mujer que hubiese vivido tres vidas y estuviera al comienzo de la cuarta.

Todas las amargas reflexiones de Altair Newell las percibía Marek a través de sus facultades telepáticas. A él siempre le cayó bien. Había valorado sobre todo la honradez y la transparencia de sus intenciones. Con sus defectos y sus errores, Newell al menos era sincera. Tan inocente como un niño, tan limpia de corazón que ni siquiera los embates de la vida, en el curso de su existencia centenaria, consiguieron agriar su carácter ni matar su confianza en la bondad humana.

Era hoy cuando, por primera vez, Newell abría los ojos y relacionaba sucesos y actitudes pasadas con la maldad innata de las personas. La actitud de la mujer hoy, era de sorpresa y decepción.

—He sido una necia —dijo entre dientes—. Siempre creí que valía algo, que tenía alguna cosa que ofrecer a los demás. Me gustara a no he hecho mi trabajo concienzudamente, poniendo en él mi voluntad y mi esfuerzo. Nunca he podido comprender por qué decían de mí que carecía de aptitudes para el mando, pero probablemente tenían razón. Soy torpe, ingenua y zafia. Ahora sé que nunca triunfaré. Y no es porque me propusiera triunfar, sino por la sensación de ridículo que siento, por lo que me duele este tropiezo. ¡Cuánto deben haberse reído de mí!

—Usted debió haber nacido tapo —dijo Marek.

—¿Cómo?

—Consuélese, no es el único ser ingenuo sobre la faz del mundo. Los tapos somos así. Claro que tenemos una ventaja; podemos leer las intenciones en la mente de nuestros enemigos y ponernos en guardia. En cambio usted no tiene defensa. Dice lo que siente, y con su espontaneidad pone en manos del contrario el arma que ha de herirle. No se puede luchar así, señora mía. Y tiene razón cuando dice que nunca triunfará. De salida está usted en desventaja con los demás corredores. Ellos la empujarán, le echarán la zancadilla y usted se acobardará, porque no está preparada ni nunca sabrá competir en el terreno de sus rivales.

—Presentaré mi renuncia —dijo Newell limpiándose a hurtadillas una lágrima rebelde.

—No, se lo ruego. Si renuncia usted nos enviarán otro general, y

Dios sabe cuántas dificultades tendremos con él. Ni siquiera Tuanko quiere eso. En mi opinión lo mejor que puede hacer es dejar las cosas como están.

—Creo que voy a irme a casa —suspiró la brigadier poniéndose en pie.

—¿Quiere que la acompañe?

—No, no. En realidad lo que necesito es estar sola. Tengo que reflexionar.

Marek Aznar la acompañó hasta la puerta de la oficina.

CAPÍTULO VI

AL cabo de tres días la brigadier Newell regresó a su oficina. Marek se alegró sinceramente de verla.

—No he dejado de pensar en usted —confesó el tapo—. Ayer y anteayer llamé a su casa, pero nadie contestaba.

—Estuve en Santiago. Aproveché para ir a ver a mis hijos. ¿Alguien preguntó por mí?

—No.

Newell plegó sus rojos labios en un mohín de despecho.

—No me diga que las cosas han ido mejor sin mi presencia. Sé que es así, pero no voy a renunciar, no quiero darles esa satisfacción a mis envidiosos enemigos. He reconsiderado mi actitud y espero no crearles problemas en adelante.

Sinceramente Marek no la creía capaz de enmienda. Pero se equivocó. Newell demostró ser una mujer inteligente imponiéndose a sí misma las correcciones necesarias para adaptarse a las circunstancias. En adelante no tuvo más problemas con Tuanko ni ninguno de los comandantes tapo, y las tropas siguieron estando perfectamente atendidas en aquellos asuntos que dependían de la gestión de la brigadier.

Pasadas dos semanas el vicealmirante jefe de Operaciones Combinadas cayó en la cuenta de que no habían surgido nuevos conflictos con la brigada Canguro. Escamado por tan extraño silencio llamó por videófono a Simones, general jefe de las Fuerzas Especiales.

—¿Tenemos todavía una brigada tapo entrenándose? —preguntó al vicealmirante.

Simones, sorprendido, dijo:

—Eso espero.

—¿Por qué no se les oye rechistar? ¿No es todo muy sospechoso? —insistió Esteve.

Simones propuso una visita de inspección, se pusieron de acuerdo y una tarde se presentaron sin previo aviso en el campamento “A” acompañados de un equipo de filmación.

Incluso para quienes conocían las extraordinarias facultades de los tapos, era siempre un espectáculo verles realizando sus trucos. Los valeranos nunca comprendieron del todo a los tapos y llamaban “trucos” a cualquiera de los fenómenos paranormales que tenían su origen en la misma naturaleza de este pueblo misterioso.

Los tapos iban un millón de años evolucionados por delante de valeranos y terrícolas. En su origen eran valeranos afincados en Atolón. Éste era un gigantesco planeta circular (circumplaneta) descubierto tres siglos después de que el autoplaneta Valera se proclamara independiente. El circumplaneta estuvo habitado anteriormente por una raza humanoide, la nación bartpur, cuyos últimos supervivientes todavía alcanzaron a presenciar la llegada de los exploradores valeranos.

Se suponía que los tapos eran producto de la fusión de los últimos bartpuranos y los colonizadores terrícolas que se establecieron en Atolón. De la mezcla de las dos sangres surgiría un mestizaje que reuniría los caracteres hereditarios más sobresalientes de cada grupo; el vigor y la juventud de los genes terrícolas y las extraordinarias facultades paragnósticas y la sabiduría de la vieja raza bartpur. En el millón de años transcurrido en Atolón, mientras Valera viajaba hasta el anti-Universo, la civilización surgida en el circumplaneta alcanzaría una altura y un esplendor jamás conocidos. En el transcurso, los tapos se mantendrían probablemente como unidad étnica, conservando la filosofía, los modos y costumbres de los viejos bartpuranos, circunstancia que tal vez contribuyera a hacerles más resistentes a la inevitable degeneración de la raza.

Comoquiera que fuese, grandes acontecimientos debieron producirse hacia el milenio ochocientos. El anillo que formaba el hiperplaneta, sometido a continuas tensiones, se fraccionó en varías partes. Este accidente daría lugar a un cataclismo de proporciones gigantescas. Terremotos, grandes desplazamientos de masas, gigantescas mareas y espantosas tempestades destruirían las ciudades y ocasionarían la muerte de miles de millones de personas. Posiblemente el índice de natalidad hubiera descendido progresiva

e irreversiblemente en los últimos milenios, como ya había ocurrido una vez en los bartpuranos, de modo que el circumplaneta estaría prácticamente despoblado al producirse la catástrofe. En estas circunstancias los tapos estarían tal vez en mejores condiciones para sobrevivir a las consecuencias del cataclismo.

Probablemente, coincidiendo con los grandes cambios físicos en el circumplaneta, tuvo lugar la llegada de un nuevo pueblo extragaláctico, los ghuros. Éstos se adueñaron de los planetas asolados, impidiendo o interrumpiendo la penosa reagrupación de los atolonitas supervivientes.

Cuando el autoplaneta Valera regresó a Atolón después de un millón de años, encontró los planetas atolonitas ocupados por los ghuros. De lo que llegó a ser la civilización terrícola-atolonita no quedaba ni memoria. Y sus últimos supervivientes, los tapos, se reducían a unas cuantas tribus dispersas por las regiones más inaccesibles, perseguidas por los ghuros, luchando por sobrevivir, aunque condenadas ya a un total exterminio.

Hoy se daba por seguro que el milagro de la supervivencia de los tapos se debía más que ninguna otra cosa a las excepcionales dotes de esta raza. Valía hacer constar que los últimos tapos solamente poseían armas primitivas, y que su hábitat natural eran las cuevas y grutas de la montaña. No sabían leer ni conservaban tradición escrita ni oral de su pasado. Sin embargo, practicaban una Medicina antiquísima, como la que ya practicaban los bartpures por la época que establecieron el primer contacto con los exploradores valeranos. Sin estos conocimientos los tapos no habrían podido sobrevivir a las heridas y las enfermedades que tan frecuentemente se producían entre ellos como consecuencia de las duras condiciones en que se desarrollaba su existencia.

El peor enemigo de los tapos en el circumplaneta fueron las “mantis”, insectos gigantes de una voracidad insaciable. Contra las “mantis” desarrollaron los tapo un ingenioso medio de defensa. Éste consistía en el “salto”, también conocido por desmaterialización.

En efecto, los tapos habían llegado a dominar el difícil arte de influir psíquicamente en el comportamiento de las cargas eléctricas de las partículas subatómicas. Aplicando este extraño fenómeno a su propia materia, el tapo era capaz de dispersar sus partículas y proyectarlas a cierta distancia, incluso a través de un obstáculo

sólido, reuniéndolas en un lugar distinto. Dicho así, lo que parecía tan sencillo, sólo era capaz de hacerlo la Karendón, máquina sofisticada invención de los bartpuranos, de una complejidad enorme. Científicamente no había explicación a este fenómeno, que los cultos valeranos todavía calificaban de "brujería". El vasto campo de la parasicología era un terreno misterioso que la ciencia moderna prácticamente no había penetrado.

El fenómeno de la desmaterialización acompañado del salto debieron desarrollarlo los tapos a lo largo de casi doscientos mil años de práctica continua. En la fragosidad de las montañas atolonitas debió ser un arma defensiva de vital importancia, pues gracias a ello los tapos pudieron saltar sobre toda suerte de obstáculos; ríos, barrancos, abismos… escalando los más altos riscos, salvando los difíciles pasos entre las cumbres nevadas…

Otro recurso perfeccionado en el curso de los milenios fue la autohipnosis o hibernación. Cuando un grupo de tapos se veía sin recursos, cercado por sus enemigos, sin alimentos o sin agua, utilizaba como último extremo esta especie de sueño cataléptico. Durante él, el tapo reducía al mínimo temperatura, riego sanguíneo y pulsaciones, permaneciendo en un estado semejante al de la muerte durante días y semanas, hasta que desaparecido el peligro volvía a la vida recobrando todas sus funciones vitales.

En el campamento "A" de los tapos, el vicealmirante Esteve y el general Simones pudieron asistir, como fascinados, al entrenamiento de las tropas especiales. Pelotones que corrían, armados y equipados con armaduras totales de cristal negro, y que a una voz del instructor desaparecían de pronto, se desvanecían en el aire como fantasmas, y reaparecían trescientos metros más lejos para seguir corriendo en el mismo orden que llevaban. Junto a los observadores, otro pelotón practicaba la misma proeza con una variante. Los once hombres, incluido el guía, se esfumaron para reaparecer en el tejado del edificio del cuartel, que tenía una altura de cuatro plantas.

Esparcidos por el campo de maniobras se veían diversos obstáculos; muros de hormigón armado y de piedra, tupidas alambradas y planchas verticales de "dedona" y plomo de medio metro de espesor. Los tapos tenían que pasar uno a uno a través de estos obstáculos, incluyendo los mamparos de "dedona" que incluso

eran difíciles de atravesar por las armas de luz sólida.

En otro rincón del campamento, los tapos eran instruidos en el manejo de detonadores y explosivos nucleares.

Avisados por radio de la presencia de Esteve y de Simones, Tuanko Aznar y Marek acudieron rápidamente desde el campamento “B”. Simones hizo un caluroso elogio de los tapos.

—No sé como lo hacen ustedes, pero realmente es sorprendente —manifestó. Luego preguntó en qué fase se encontraban los entrenamientos.

—Hemos superado la fase primera. Desde la próxima semana, me gustaría pasar a la fase segunda, adiestramiento en la superficie exterior.

Simones prometió arreglarlo con el Mando de Defensa. Antes de regresar a la ciudad se reunieron con la brigadier Newell y charlaron durante un rato de la estrategia global de la guerra.

Las posiciones de Argos y Valera eran sustancialmente las mismas desde hacía seis semanas. Mientras Argos giraba en torno a la Tierra, el autoplaneta lo hacía alrededor de ambos desde una distancia media de diez millones de kilómetros. La situación resultaba enervante por cuanto obligaba a los valeranos a mantener indefinidamente el estado de alerta. En estos momentos más de la mitad de la población del planetillo se encontraba fuera de sus casas, a bordo de los cruceros de la Armada, cubriendo sus puestos ante los controles de las defensas de superficie o concentrada en los campamentos intermedios para ser enviada rápidamente a cualquier lugar donde lo exigiera el desarrollo de la contienda. El resto seguía trabajando en la industria de guerra.

—Nuestros psicólogos esperan que los thorbod pierdan la paciencia y se lancen sobre nosotros —dijo Simones.

A lo que el vicealmirante añadió socarronamente:

—Nuestros psicólogos van a tener más trabajo del que desean. De seguir así por mucho tiempo vamos a tener más bajas por neurastenias que todas las que pueda producirnos un ataque formal del enemigo.

O sea, que según todas las previsiones la espera iba para largo.

Después de un largo fin de semana, en el que disfrutaron de licencia para visitar la ciudad y sus monumentos, el lunes los tapos fueron trasladados a bordo de algunos transportes de tropas posados

en la superficie del exterior.

Los transportes de la Armada Sideral, también llamados “discos volantes”, eran las cosmonaves más grandes construidas hasta entonces por la industria valerana. Las mayores tenían hasta doce kilómetros de diámetro y eran tan grandes como una ciudad. De hecho, cada uno de estos monstruos albergaba una ciudad para acomodar hasta dos millones de habitantes. Los “discos volantes” pertenecían a la categoría de los “autoplanetas” y poseían medios propios para volar largas distancias durante cientos de años en el espacio sideral.

En sus nuevos alojamientos los batallones tapo disfrutaban de mayores comodidades que en los campamentos del interior pero en contrapartida se tenía la sensación de vivir prisioneros en una cárcel metálica. Por muy grande que fuera la celda, al final siempre se tropezaba con un muro, más allá del cual era imposible pasar.

Otros factores psicológicos actuaban sobre los habitantes de estas asépticas ciudades. Mientras en el interior del planetillo la vida estaba regulada por el juego alternativo del día y la noche, el calor del mediodía y los chaparrones nocturnos, en la ciudad-concha la temperatura se mantenía a un nivel constante y las luces eléctricas brillaban siempre con la misma intensidad. Los tapos eran gente amante de los espacios abiertos y no se acomodaban bien a las puertas estancas, los largos corredores y las interminables escaleras de su nuevo alojamiento.

—Espero que esto no dure mucho —solía decir Marek.

Pero las perspectivas apuntaban más bien en sentido contrario. Valeranos y thorbods se contemplaban desde sus respectivos autoplanetas, recelosos y dispuestos a repeler el ataque del contrario, pero ninguno parecía dispuesto a tomar la iniciativa.

Después de dos semanas de entrenamientos en el exterior para acostumbrar a las tropas a moverse en idénticas condiciones ambientales a las que encontrarían al saltar sobre Argos, el capitán Tuanko fue llamado a Nuevo Madrid para participar en una reunión del Mando Estratégico. En buena lógica Altair Newell debería haber ido en lugar de Tuanko, o al menos acompañando a éste, pero los mandos superiores no lo consideraron de este modo y sólo llamaron a Aznar.

Newell, que últimamente había modificado su actitud y estaba

actuando muy bien, se sintió postergada. El mismo día que Tuanko se ausentó, Marek fue a buscar a la brigadier por un asunto de trámite. Newell tenía un apartamento en el mismo piso que Marek.

En los dos meses que llevaban juntos, Marek siempre había visto a la brigadier de uniforme. Porque siempre estaba demasiado ocupado, o porque el concepto que tenía de Newell era el de una mujer hombruna, Marek sólo había reparado superficialmente en las bellas formas de la brigadier. Ella misma, en sus relaciones con los hombres, se mostraba asépticamente asexual.

Cuando aquella tarde Altair Newell abrió la puerta de su apartamento, Marek casi no la conoció. Con el cabello suelto sobre los hombros y su vaporosa bata de andar por casa, Newell se le apareció de pronto como una mujer insospechadamente hermosa. Tan sorprendido quedó, que no acertó a dar un paso, ni siquiera cuando ella le invitó con gesto.

—¡Ah, es usted! Pase, haga el favor.

—Tal vez no sea el momento oportuno… —balbuceó Marek.

—¿Qué le ocurre?

—Usted perdone, no sabía…

Marek miraba por encima del hombro de ella, como buscando la presencia de alguien más en la habitación.

—¿Quiere saber si estoy sola? —gruñó Newell—. ¡Pues claro que estoy sola! ¿Quién más podría haber aquí? Entre usted, no se quede ahí parado como un poste.

Ya repuesto de su sorpresa Marek avanzó hasta el centro de la habitación mientras la brigadier cerraba la puerta de la calle. El tapo se volvió a mirarla. Al andar se entreabría la bata dejando ver unas bonitas y sonrosadas rodillas.

—¡Caramba, mi general! —exclamó Marek sorprendido—. Lo que usted hace no está bien. ¿Por qué nos ha tenido oculto tanto tiempo que era tan guapa?

Altair Newell fue ahora la sorprendida. Siguiendo la dirección de la mirada del tapo se contempló a sí misma.

—¿Lo dice por esta bata? —de pronto se echó a reír—. Usted no querrá creerlo, pero no es mía. La encontré en un armario al ocupar el apartamento, yo no suelo llevar en mi maleta prendas tan frívolas.

—Pues debería llevarlas, le sienta muy bien.

—Será lo novedoso. ¡Claro, usted sólo me ha visto llevando guerrera y pantalones! Pero soy mujer y a veces me siento como mujer. ¿No quiere sentarse? —invitó con un gesto.

Marek se dejó caer en un sillón. Ante él, Altair Newell lo hizo en un diván, recogiendo los dos extremos de la bata para cubrirse las rodillas.

—Es curioso, tengo la impresión de no haberla conocido hasta ahora —murmuró Marek. Se corrigió y añadió—: Al menos en este nuevo aspecto.

—No tan nuevo —replicó ella con una sonrisa—. ¿Sabe que he vivido tres vidas y estoy al comienzo de la cuarta?

—Sí, lo sabía. Por cierto, ¿qué se siente cuando uno ha vivido tanto tiempo y se retorna a la primera juventud? Tengo entendido que conserva usted las vivencias de todas sus existencias anteriores.

—Cierto. Y, créame, es una pesada carga. Pero entiendo que es así como debe ser. Un hombre, ni una mujer, no pueden saltar atrás hasta la primera juventud corriendo un telón sobre todo lo pasado. No es lícito… o al menos no debería serlo. Mientras vivimos hacemos cosas… cosas que implican a terceras personas, que le comprometen a uno, como los hijos… ¿Tiene usted hijos?

—Debo tenerlos en alguna parte, no lo sé.

—¿Quiere decir que reencarnó sin recuperar las vivencias de su existencia anterior? Siento haberme expresado con tanta libertad. Siempre creí que estaba usted en su primera y genuina encarnación. No tengo derecho a criticar a los demás si…

—No, no es eso —protestó Marek—. En mi caso no tenía opción. Yo deseaba como ninguna otra cosa embarcar en Valera, pero tenía un hijo pequeño y mi compañera insistía en quedarse en Atolón. Huyó con el niño y se ocultó, temiendo que yo pudiera secuestrar al crío y llevarlo conmigo en el autoplaneta. No tuve más remedio que quedarme en tierra firme. Sin embargo, antes que Valera partiera, dejé a mis parientes el encargo de cuidar de mi vetatom y restituirme con él cuando el autoplaneta llegara a la Tierra. Así fue como vine a parar aquí. Ignoro qué fue de mí en los setenta u ochenta años que transcurrieron en Atolón mientras Valera viajaba hasta la Tierra, pero ya que vine doy por supuesto que cumplí mis compromisos allá. Tal vez, digo yo, dejé allá un vetatom con el encargo de que me restituyeran transcurrido cierto tiempo. Mientras

Valera viaja de nuevo, una vez hayamos vencido a los thorbod y destruido su autoplaneta, mi alma quedará liberada de mi cuerpo. Si en este momento funciona una Karendón en Atolón, y en la máquina está mi vetatom, mi alma irá a incorporarse a mi cuerpo y regresaré al mundo que dejé allá.

—Muy curioso el caso suyo —murmuró Altair Newell—. Es una gran cosa poder viajar de aquí allá, viviendo alternativamente en dos mundos tan lejanos y diferentes. Naturalmente, si regresa a su patria, cuando los suyos le pregunten, no podrá dar cuenta de dónde estuvo ni lo que hizo mientras permaneció aquí.

—En efecto, es un dolor, una verdadera pena que el alma no sea capaz de conservar el recuerdo de sus encarnaciones anteriores. ¡Imagínese, si pudiera regresar a Atolón llevando noticias de la victoria de Valera!

Siguieron charlando animadamente, maravillados, como si cada uno estuviera descubriendo al otro. Altair Newell relató algunos episodios relativos a la guerra que Valera sostuvo contra Ankor, allá en el remoto sistema de Uhlan. Cuando se dieron cuenta era pasada la hora de comer.

—Tengo algunas provisiones en la cocina —dijo la brigadier Newell—. Puedo preparar una cena ligera para los dos.

Después de cenar tomaron café y siguieron charlando. A decir verdad, era la mujer quien hablaba, mientras Marek escuchaba. En una conversación corriente un tapo siempre "veía" mucho más de lo que escuchaba. El mecanismo de la memoria funcionaba como un proyector cinematográfico y una persona cualquiera al rememorar sus recuerdos lo que hacía era evocar imágenes y sonido. Por eso, cuando la brigadier decía: "por esa época me casé por segunda vez", Marek veía a través de sus facultades telepáticas las mismas imágenes que la mujer resucitaba en su memoria; cómo era el hombre que casó con ella, el lugar donde se celebró la ceremonia, algunos de los invitados…

Poco a poco, mientras relataba su vida, Newell se iba entristeciendo. Éste parecía ser el sino de aquellas personas que vivieron mucho, al echar cuentas descubría que sólo había obtenido un saldo negativo. Altair había tenido muchos hijos. Hoy día todos eran adultos, algunos incluso viviendo la tercera encarnación. Después de amar a tantos seres, la recompensa era la soledad y el

olvido. Las mujeres solían ser muy sensibles en cuanto se refería a los hijos, y Altair Newell, al fin y al cabo, era una mujer.

—Temo que le estoy aburriendo —suspiró Newell.

—No —negó Marek consultando su reloj—. Pero tendré que marcharme, es tarde.

—¿Tarde, para qué? —preguntó ella.

La respuesta merecía un estudio detenido, pero la pregunta en sí no era importante. Altair Newell no estaba pensando en el tiempo, sino en el espacio. Concretamente en el espacio vacío a su alrededor, en su soledad, en su falta de comunicación con otros seres, la aparente autosuficiencia de la mujer ocultaba todo lo contrario; Newell era un alma solitaria a quien aterraba la soledad, un ser que necesitaba amar y ser amado.

También Marek se sentía en cierto modo hambriento de afecto. Le gustaba Altair y se sentía feliz junto a ella. De tapo a tapo no habría habido problema, pero con Altair Newell era distinto.

—¿Puedo quedarme? —preguntó Marek.

Y se quedó.

* * *

Dos días tardó en regresar Tuanko.

—¿Cómo andan las cosas por allá abajo? —le preguntó Marek.

Tuanko Aznar meneó la cabeza.

—Malo. La moral empieza a resentirse. Hay quien piensa que los thorbod nunca atacarán.

—¿Y si no atacan?

—Tienen que hacerlo. Mañana o dentro de diez años los thorbod intentarán desembarazarse de nosotros. Lo grave del asunto es que por temperamento el terrícola es más impaciente que el Hombre Gris. Entonces puede ocurrir que los valeranos reconsideren su política, que surja una opinión popular contraria a la prosecución de esta guerra y abandonemos.

—¡Abandonar! ¿Quieres decir retirarnos? ¡Eso significaría la condena de Atolón! Dueños de la Tierra los thorbod atacarían en Atolón y se apoderarían del cinturón de planetas atolonitas.

—Así es, sobrino. Lo verdaderamente grave es que los valeranos lleguen a preguntarse, ¿y qué nos importa a nosotros de los

atolonitas? La respuesta podría ser un abandono total. Los valeranos podrían hacerlo, son autosuficientes en su planetillo. Mientras viajan al otro lado del Universo y regresan, aquí trascurrirían tres, cuatro o cinco millones de años. Ninguna civilización ha durado tanto. En ese tiempo la raza thorbod habrá evolucionado hacia formas más perfectas, o quizás se haya extinguido como tantos pueblos antes que ellos. Es decir, el tiempo, por sí sólo, bastaría para solucionar un problema que los valeranos hoy no pueden resolver.

—Pero mientras tanto, en Atolón, los tapos habrán padecido la ocupación thorbod y el exterminio total de su raza —protestó Marek.

—Bueno, en Atolón los tapos han aplicado su propia política sin atender el consejo de los valeranos. Allí los tapos dijeron que "era su problema" alcanzar un modo de convivencia pacífica con los thorbod. Esperemos que lo hayan conseguido.

Después de esta conversación Marek se sintió profundamente desanimado. Una semana después recibía un comunicado de la Sección de Personal de la Armada convocándole para presentarse en la Academia Astronáutica de San Carlos. Al mismo tiempo que Marek, otros tres mil tapos recibieron idéntica comunicación. Es decir, pese a los malos augurios de Tuanko Aznar, la Armada Sideral valerana proseguía su programa. Muy animado, Marek se despidió a Altair Newell y se dirigió a la Karendón Traslator para ser transferido a la Estación de Emigración de Nuevo Madrid.

En la Academia Astronáutica Marek iba a encontrarse con sus viejos amigos; el comandante Aigor, Nuodo, la comandante Sadra y otros compañeros de los días que se empezaban a formar los cuadros de los batallones tapo. Parecía que había transcurrido mucho tiempo, cuando sólo hacía tres meses de aquello.

En San Carlos todo iba a resultarles familiar. El sistema de enseñanza valerano era igual que el de los tapos (los tapos lo habían copiado de los valeranos) y solamente en el tratamiento de los temas se advertían algunas diferencias. En general, la preparación de los astronautas valeranos era más completa.

El sistema básico era el mismo; inserción de electrodos en la entrada de los canales de la memoria y tratamiento por inducción directa al cerebro. La máquina era una variante de la famosa

máquina "psí", descifradora del código memorístico. Toda la información, conocimientos y experiencias que los alumnos iban a recibir estaban grabados en una serie de rollos de cinta magnética. Información, conocimientos y experiencias habían sido extraídos mediante la máquina "psí" de las memorias de auténticos profesionales. El alumno sujeto a un experimento de comportamiento en combate "vivían", por así decirlo, las experiencias de otros comandantes que las vivieron realmente. Las decisiones tomadas por los "profesores" eran consideradas como las idóneas en su caso particular y servían de base para el entrenamiento de los alumnos. Pero también se mostraban experiencias sobre decisiones erróneas. El alumno las experimentaba por sí mismo y aprendía de sus consecuencias; ésta era la clase de decisiones que no debería tomar jamás.

El sistema de enseñanza por inducción directa tenía la particularidad de que el alumno era sujeto pasivo. No tenía que participar con su voluntad. No tenía que leer, escuchar ni memorizar las lecciones. La función de la máquina consistía en estimular las células cerebrales provocando su reacción químico-eléctrica. Las células eran ordenadas, adoptando formas y combinaciones según el código usual del cerebro. Descubrir el código mediante el cual se formaban las ideas había sido la más ardua labor de investigación de la Ciencia. El resto fue, por comparación, relativamente sencillo.

Durante una semana Marek y sus compañeros estuvieron recibiendo sesiones diarias de la máquina "psí". Las sesiones nunca duraban más de dos horas y el resto del tiempo lo dedicaban a familiarizarse en el manejo de las aeronaves thorbod que utilizarían para llevar las tropas hasta la superficie de Argos. Cada tarde los astronautas regresaban a Nuevo Madrid, donde estaban alojados en hoteles.

Marek había vuelto a la casa de su bisabuelo. Una tarde al regresar a casa encontró a Adler Ban Aldrik particularmente preocupado.

—Mi hermano ha estado a verme —dijo el bartpurano.

—¿El Almirante? —Marek se corrigió a continuación—. Claro, que tonto soy. Sólo tienes un hermano, el Almirante Mayor. ¿Qué quería? No es frecuente que venga a visitarte.

—Está muy preocupado. Esta mañana hubo una interpelación de los parlamentarios al gobierno. Parece ser que gana terreno la idea de abandonar la campaña y retirar el autoplaneta. El Almirante tendrá que comparecer el próximo lunes ante el Parlamento para rendir cuenta de sus planes.

—¿Y es eso lo que le preocupa?

—Sí, porque honradamente no tiene nada nuevo que decir ante los parlamentarios. La iniciativa está en manos del enemigo. Si los thorbod no atacan, los valeranos nada podrán hacer.

—A menos que ataquemos nosotros —apuntó Marek.

—Ese es otro tema de preocupación para nuestro Almirante. Últimamente está siendo objeto de grandes presiones para que abandone toda medida precautoria y ataque. Miguel Ángel no lo hará por sí mismo, pero no podrá evitar que lo hagan si sale triunfante la opción que propugna tomar la iniciativa y atacar inmediatamente. La impaciencia, como ves, es mala consejera. Los valeranos vinieron a esta posición pensando poner nerviosos a los thorbod, pero son los nuestros quienes empiezan a ser víctimas del histerismo y el miedo.

—¿Piensas que entre las filas del Estado Mayor, en el Parlamento y el Gobierno se ha infiltrado el miedo?

—Y entre las tropas, y el pueblo. El miedo es contagioso, incluso cuando no es razonable. Pero en este caso sí lo es. Hasta los thorbod deben estar asustados. Es mucho lo que unos y otros nos jugamos en este enfrentamiento, especialmente los valeranos. Los thorbod, obligados a abandonar su autoplaneta, evacuarían a la Tierra. ¿Pero dónde iremos los valeranos si nos capturan o destruyen nuestro autoplaneta?

Marek reflexionó en silencio. Tenía razón Fidel, el miedo era altamente contagioso. Él mismo empezaba a sentirse asustado. Nunca se había planteado seriamente la alternativa de una derrota, pero bien mirado la derrota entraba en los resultados posibles.

—De todos modos no me cabe en la cabeza que un hombre de la categoría del Almirante haya venido aquí a contarte sus penas. ¿Buscaba consejo, o un hombro sobre el que derramar sus lágrimas?

—Cuando un hombre está desesperado busca cualquier cosa donde asirse. El Almirante vino en busca de consejo, sí. Y también a saber de mí si había tenido algún mal presagio.

La mente de Marek estaba conectada telepáticamente con la de su bisabuelo. De este modo descubrió que Adler Ban Aldrik no estaba exponiendo las cosas como realmente ocurrieron. Las facultades paragnósticas de Adler Ban Aldrik eran con mucho superiores a las de los tapos. Mientras los tapos eran un subproducto de la raza bartpur, Adler Ban Aldrik era nacido de mujer bartpurana. Lo que para los tapos era instinto, en Adler Ban Aldrik era ciencia pura. Ciencia aprendida en los libros, cultivada por aquellos grandes maestros que fueron los monjes "bundo" en el desaparecido Bartpur.

Adler Ban Aldrik poseía entre otras muchas facultades la clarividencia. Sin embargo el propio Adler Ban Aldrik negaba la eficacia de la prospección en el futuro. La precognición según él, sólo era posible en términos relativos. Existiendo un porcentaje de error, aun siendo mínimo, no podía asegurarse que fuera una ciencia exacta. Por esta razón el "bundo" se negaba a formular pronósticos sobre cosas que todavía estaban por suceder.

—El Almirante vino a pedirte que hicieras una prospección de futuro —dijo Marek con acento acusador.

—Le contesté que no podía hacerlos —respondió Adler Ban Aldrik. Y sacudiendo su enorme cabeza agregó—: Sería ridículo volver al fetichismo de los antiguos griegos y romanos. A estas alturas un Almirante Mayor, con mando sobre la potencia militar más grande que jamás se haya conocido, no puede ordenar su campaña siguiendo los vaticinios de un oráculo.

—¡Pero tú no eres un oráculo! —protestó Marek—. Posees real y verdaderamente el don de la clarividencia.

—Ya hemos discutido otras veces sobre el don de la clarividencia y sabes qué opino de ello.

—Tu hermano se marcharía desconsolado.

—Se fue aliviado. Él mismo se sentía ridículo, mortificado cuando me hacía su petición. La pura verdad es que, incluso aunque le hubiese dicho que tenía buenos augurios de victoria, él habría seguido el dictado de su sentido común, que es como debe ser. Venir a verme fue como buscar una válvula de escape para las preocupaciones que pesan sobre él. Miguel Ángel no cree en los milagros. Los fenómenos parapsicológicos son para él pura monserga.

—O sea, que es un ignorante —dijo Marek.

Pero el “bundo” negó con la cabeza.

—Está en su tiempo, es decir, un millón de años atrás respecto de nosotros.

Marek siguió buceando en el pensamiento de su bisabuelo.

—No me lo has dicho todo —dijo, acusador.

—Bueno, ya que no pude ofrecerle un vaticinio sobre el resultado final de esta guerra, accedí a hacer un vuelo de observación sobre Argos.

—¿Un vuelo de observación?

—Dicho en otras palabras, un paseo astral.

—¡Un paseo astral! —exclamó Marek—. ¿Cuándo?

—Bueno, estamos a jueves y el Almirante tiene que comparecer ante el Parlamento el lunes. Tendrá que ser este fin de semana, para que el Almirante pueda llevar alguna novedad… si es que realmente mi paseo astral resulta de alguna utilidad.

—¿Puedo ayudarte?

—No. Me ayudará Tuanko. Sus facultades parasensoriales son superiores a las tuyas. Con razón, puesto que Tuanko ha estado a mi lado desde que era niño. Lo haremos desde un transporte de tropas, en el lado exterior. El planetillo tiene paredes de dedona de cien kilómetros de espesor, que de alguna forma puede afectar al experimento.

Marek se prometió no perderse él acontecimiento.

CAPÍTULO VII

RESPETANDO el fin de semana, la Academia Astronáutica no impartía clases a partir del mediodía del sábado. A las dos de la tarde Marek Aznar era restituido por una Karendón Traslator a bordo del transporte sideral “Isla de Hondo”. Todos los transportes de la Armada valerana llevaban nombre de islas.

El “Isla de Hondo” era el mismo transporte utilizado como base de operaciones por el batallón “A” de la brigada Canguro. Avisada con anticipación la brigadier Altair Newell esperaba a Marek a la salida de la cámara de restitución.

Adler Ban Aldrik había decidido utilizar el “Isla de Hondo” como laboratorio por la sencilla razón de que Tuanko se encontraba allí. Cuando Marek y la brigadier alcanzaron la sala-laboratorio el experimento ya había comenzado. Dos médicos, la doctora en psiquiatría Isabel Devesa y el doctor Orgazón, vicealmirante jefe del Hospital General de la Armada, se encontraban presentes, así como tres técnicos especialistas de máquinas psiquiátricas y un par de técnicos de imagen, especialistas de video. Actuando en cierto modo como testigos se hallaban allí el comandante del “Isla de Hondo” y su segundo, además de un fotógrafo de la dotación del buque.

Adler Ban Aldrik y Tuanko Aznar estaban acostados en dos camas contiguas. El “bundo”, vestido de forma extraña con un camisón esterilizado, descalzo, parecía dormido en una especie de sueño cataléptico. Algunos electrodos pegados a determinadas áreas del cráneo estaban conectados a un monitor. Además tenía pegado al tórax un microestetoscopio, y sendas agujas conectadas a tubos de plástico en las venas gruesas de la muñeca, o sea, se había adoptado toda clase de precauciones para la reanimación del “bundo” en caso necesario.

Tuanko Aznar, que estaba despierto, tenía los ojos cubiertos con una venda negra y unos auriculares sobre los oídos. De su cabeza

salían dos manojos de hilos eléctricos conectados a una máquina “psí”, que a su vez tenía una conexión a un aparato de grabación y un monitor de televisión.

Al entrar la brigadier seguida de Marek, la doctora Devesa se llevó el índice a los labios recomendándoles silencio. Los recién llegados quedaron junto a la doctora. Ésta dijo en voz muy baja:

—Fidel ha entrado en trance. Va a intentar desprenderse de su cuerpo y proyectarse al espacio. Tuanko actúa como una estación de seguimiento, su pensamiento está sintonizado telepáticamente al pensamiento de Fidel y transmite a la “psí” todo lo que ve a través de Fidel. La máquina convierte las imágenes, que vamos a ver a través del monitor, a la vez que simultáneamente se graban en video para una proyección posterior.

La doctora se inclinó sobre uno de los varios aparatos de control y anunció en voz baja:

—Sigue descendiendo la temperatura. Reduce el número de pulsaciones.

El doctor Orgazón asintió con mudo movimiento de cabeza. Durante otro largo rato todos quedaron en silencio. Bastaba seguir con la vista el monitor marcapasos para darse cuenta de cómo iba descendiendo el ritmo de los latidos del corazón de Adler Ban Aldrik. Toda la operación iba a invertir bastante tiempo según las apariencias. Altair Newell aceptó una silla que le ofrecía el fotógrafo de la Armada.

Al cabo de media hora la temperatura del cuerpo de Adler Ban Aldrik registraba doce grados centígrados; los latidos de su corazón se habían reducido a cuatro por minuto. En el monitor de televisión se registró cierta actividad.

—¡Atención, va a despegar! —anunció la doctora Devesa.

Todos quedaron con la respiración contenida, mirando ansiosamente a la pantalla de televisión. Después de un desordenado cruce de líneas la imagen se aclaró de repente mostrando un rectángulo de cielo salpicado de estrellas.

—¡Lo ha conseguido! —exclamó roncamente la doctora.

Éste era un experimento difícil y a la vez arriesgado. En el curso del mismo, el alma de Fidel Aznar abandonaba el cuerpo y se remontaba pasando a través de todo obstáculo. No existía obstáculo para el alma, puesto que el alma es inmaterial. No obstante, durante

el “vuelo astral”, el alma quedaba unida al cuerpo por un hilo invisible, especie de cordón umbilical que la unía a la vida física. Si este cordón se rompiera, la vida abandonaría el cuerpo de Fidel, y su alma no podría regresar ni tampoco recuperarse en la máquina Karendón.

Altair Newell hacía señas a Marek para que se inclinara. Lo hizo Marek y ella le susurró al oído:

—¿A qué velocidad viaja? ¿Tardará mucho en alcanzar Argos?

Marek apenas pudo contener su risa.

—Para el alma, como para el pensamiento, no hay distancias.

No obstante, por el movimiento de las estrellas en la pantalla del monitor, parecía que el alma de Fidel estaba moviéndose a una determinada velocidad. Era que buscaba al autoplaneta thorbod, orientándose en la larga distancia.

De pronto Argos apareció en la pantalla de televisión. Se encontraba a una distancia aproximadamente igual que la Luna de la Tierra y se movía con gran rapidez acercándose por momentos. De hecho era el alma de Fidel Aznar quien se acercaba a Argos. La imagen del autoplaneta thorbod pronto llenó toda la pantalla. Algunos puntos oscuros que se movían entre la pantalla y el planetillo fueron identificados como aeronaves en misión de patrulla. Pero las aeronaves no eran el objetivo de Fidel. La imagen dio un salto prodigioso y los que se encontraban en el laboratorio se vieron como suspendidos sobre la superficie de Argos a unos mil metros de altura.

El aparato grabador estaba funcionando. Más tarde, con una ampliación fotográfica, el Servicio de Información de la Armada podría incluso contar las piedras de Argos si ese era su propósito. Desde esta altura, incluso a simple vista podía advertirse la disposición del sistema defensivo del planetillo. La superficie de éste era más bien llana; es decir, un terreno ondulado con algunas cadenas de cerros y grandes grietas zigzagueantes que se prolongaban centenares de kilómetros cruzándose con otras sin solución de continuidad. Al contrario que en Valera no existían grandes cráteres ni elevadas montañas.

En todo lo demás, sin embargo, Argos parecía una copia de Valera. Como los valeranos, los thorbod habían perforado centenares de grandes pozos o túneles que comunicaban el interior

hueco de su planetillo con el exterior. Estos pozos, por donde las aeronaves salían y entraban, estaban provistos en cada extremo por enormes compuertas de diafragma. Cualquier intento de conquistar el planetillo debería dirigirse contra estas compuertas bien para inmovilizarlas o destruirlas. No obstante, para llegar hasta ellas, el presunto invasor tendría que enfrentarse con las defensas de superficie, que eran abundantes y poderosas.

Efectivamente, toda la superficie exterior de Argos estaba literalmente cubierta de rampas lanza-missiles, de baterías de proyectores de luz sólida y enormes antenas emisoras de ondas gravitacionales. A distancias regulares, en el fondo de grandes pozos, estaban los motores fotónicos que propulsaban el autoplaneta y lo dirigían en sus vuelos espaciales. También eran numerosas las cúpulas metálicas de los observatorios astronómicos, así como otras cúpulas más reducidas desde donde vigilaban el cielo las cámaras de televisión.

En los planes de acción de las tropas de desembarco, todo eran objetivos principales. No obstante, y por establecer un orden, se había dispuesto que primero se atacaría a las antenas de ondas gravitacionales. Estas antenas, muy vulnerables a un ataque con torpedos, eran de tremenda eficacia. Frenaban y desviaban a los missiles en vuelo contra el autoplaneta, y era tal su potencia que llegaban a curvar los rayos de luz, con lo cual perdían eficacia los disparos de “luz sólida” del arma de ataque preferida por la Armada Valerana, los caza-interceptores Delta mandados por control remoto.

Después de las antenas, el segundo objetivo en importancia eran las baterías de luz sólida, que podían detener y destruir en el aire tanto a los missiles como a los “Delta” valeranos. Los motores de propulsión y las esclusas se situaban en último lugar por orden de urgencia.

Después de “volar” sobre todo el hemisferio de Argos iluminado por el sol, el alma de Fidel Aznar se dirigió al suelo y se detuvo unos instantes sobre una batería de haces lumínicos. A continuación se hizo la oscuridad en la pantalla.

—Fidel va a intentar penetrar en el espacio interior —dijo la doctora Devesa al oído de la brigadier Newell.

Altair Newell asintió con la cabeza y siguió atenta a lo que

ocurría en el monitor. La pantalla quedó unos segundos a oscuras, y luego, repentinamente, pareció estallar en una oleada de brillante luz. A continuación la pantalla mostró una panorámica desde cierta altura del paisaje. Por todas partes se extendían grandes bosques alternando con la mancha verde de numerosos lagos. A lo lejos se levantaba al cielo azul una gran humareda. Fidel empezó a moverse en aquella dirección.

—¡Este hombre tiene unas facultades fabulosas! —exclamó la brigadier Newell sin poderse contener—. Es increíble que podamos espiar desde aquí a los thorbod, como si estuviéramos volando sobre ellos.

Alguien siseó reclamando silencio. Fidel estaba sobre la ciudad thorbod y empezó a descender sobre ella. La escena era totalmente silenciosa, pero a juzgar por lo que se veía debía estar librándose una batalla en las calles de la ciudad. La gran columna de humo entrevista en la lejanía la formaban varios incendios que ardían simultáneamente en diversos puntos, especialmente en los parques, aunque también en varios edificios.

Las ciudades thorbod estaban construidas de forma parecida a las antiguas ciudades valeranas, sólo que los edificios, distanciados unos de otros, no llegaban a alcanzar la altura de los viejos rascacielos. No era sin embargo el aspecto urbano lo que entonces llamaba la atención de los espectadores situados en el laboratorio, sino lo que estaba ocurriendo en sus calles, sus plazas y sus parques.

Una dura batalla, entablada de esquina a esquina, de árbol a árbol y de una ventana a otra, se estaba librando en aquellos momentos. A escasa altura sobre la ciudad, a veces casi rozando las terrazas de los edificios, se movían algunas grandes esferas armadas de cañones. Estas esferas, idénticas a las utilizadas por el Ejército valerano como blindados, se desplazaban en el aire con gran parsimonia, al parecer eligiendo con cuidado el blanco antes de disparar.

De vez en cuando, un proyectil salía de los cañones de las esferas echando abajo medio edificio que se desplomaba levantando una nube de polvo. En los parques, estos proyectiles arrancaban y proyectaban a gran altura árboles y ramas, y originaban incendios que nadie se cuidaba de apagar. En las calles desiertas se veía gran número de cadáveres junto al pavimento levantado por la explosión

de las granadas. De algunos boquetes del suelo salían grandes surtidores de agua, y en otros lugares se veían vehículos volcados y aeronaves destrozadas. Por todas partes llovían las pavesas de los incendios.

Después de volar sobre la ciudad, Fidel Aznar se alejó de ésta, al parecer atraído por el continuo relampagueo de una tormenta que parecía situada a un centenar de kilómetros. No había tal tormenta, el continuo relampagueo se debía al fulgor de las explosiones nucleares.

En efecto, una batalla de blindados tenía lugar sobre una extensa zona boscosa, a media distancia entre dos ciudades importantes. Más de cinco mil esferas blindadas se enfrentaban en dos líneas ondulantes, en continuo movimiento hacia arriba y abajo, a la derecha y a la izquierda. Tiraban con granadas atómicas, y los proyectiles que no daban en el blanco hacían explosión sesenta u ochenta kilómetros más lejos. De tarde en tarde reventaba alguna esfera, y la luz atómica anulaba la luz de la lámpara solar. Unos minutos más tarde llegaba un destacamento aéreo formado por un millar de cruceros siderales, que se unieron a uno de los bandos causando verdaderos estragos en el bando contrario.

El bando más débil empezaba a retroceder cuando las imágenes empezaron a debilitarse en la pantalla del monitor. Tuanko habló por primera vez y anunció:

—Va a regresar, está cansado. Ayúdenle en la reanimación.

Los médicos empezaron a moverse con rapidez alrededor de Adler Ban Aldrik y los aparatos de control. Todo el experimento había llevado casi dos horas. Newell y Marek abandonaron el laboratorio sin esperar a la total recuperación de Fidel Aznar.

Ya fuera del laboratorio, mientras esperaban al ascensor, la brigadier preguntó a Marek qué opinaba de lo que acababan de ver.

—Que hay desacuerdo entre ellos, eso es evidente —contestó Marek.

—¿Una guerra civil?

—O un movimiento golpista, vaya usted a saber. Los thorbod no disfrutan de una verdadera democracia, y sus generales y almirantes son muy aficionados al golpe de estado. Los thorbod son unas criaturas faltas de amor. Les mueve el motor de la ambición, el afán de figurar, de elevarse unos por encima de los otros.

—Si los thorbod están enzarzados en una lucha intestina, ¿no piensas que éste es el mejor momento para atacarles?

Ya bajaban en el ascensor cuando, después de pensarlo mucho, Marek contestó:

—Nuestros estrategas darán la interpretación adecuada a lo que hemos visto. Personalmente no me fiaría mucho de la aparente debilidad de los thorbod. El anuncio de un ataque estimularía en ellos el sentido de responsabilidad frente al peligro común. Si su Almirante Mayor no ha perdido del todo el dominio de los resortes del poder, sus defensas funcionarían sin apenas interferencias. Sencillamente, aplazarían por el momento el arreglo de su disputa para hacernos frente en bloque.

—¿Y si las diferencias entre ellos tuvieran por origen una discrepancia de opinión, sobre si les conviene más huir que atacar, incluso más que esperar el ataque de Valera? —sugirió la brigadier. Quien animándose prosiguió—: Aquí hemos incurrido demasiadas veces en el error de creer que los thorbod son sobrehumanos. No lo son. Tienen casi los mismos defectos que nosotros, y algunos incluso peores. La crueldad y el egoísmo de los thorbod no va dirigido exclusivamente contra terceros; hace también sus víctimas entre ellos mismos. Como defecto de base, ellos no tienen un Parlamento donde la mayoría del pueblo tenga voz y voto. Los gobiernos thorbod han sido de siempre una sucesión de dictaduras militares. Pero el pueblo thorbod existe, y cabe pensar que tiene su opinión y sus sentimientos. Ese pueblo ha evolucionado en el último millón de años, desde la remota fecha que invadieron la Tierra por vez primera. Últimamente hemos tenido más contactos con la nación thorbod que en todo el tiempo anterior. Sabemos que el pueblo thorbod está cansado de la tiranía de sus jefes militares, que está cansado de luchar, y que piensa que la campaña de incesantes conquistas de sus líderes dejó de tener justificación desde que inventaron la máquina Karendón. Hoy los thorbod ya no necesitan conquistar nuevos planetas ni sojuzgar a otras razas para obtener nuevas fuentes de materias primas y riquezas. Esta forma de sentir, que no puede manifestarse en el foro de un Parlamento abierto a la discusión y al intercambio de ideas, subyace en la conciencia del Hombre Gris de la calle, el que no lleva estrellas, ni galones, ni condecoraciones, al que nadie le ha pedido jamás su opinión, pero

es utilizado como carne de cañón para las continuas guerras de agresión de sus comandantes. En un momento u otro, esa bomba tiene que estallar en la cara de los altos mandos militares. ¿Y por qué no podía ser hoy el momento? Los thorbod también aman la vida y la defienden cuando la ven amenazada. Tienen miedo, como lo tenemos nosotros. Pero nosotros, al menos, luchamos y arriesgamos la vida por algo sustancioso, la propia supervivencia. Tenemos que acabar con los thorbod para impedir que ellos acaben con nosotros. En cambio los thorbod, ¿por qué luchan? Sólo para satisfacer la ambición personal de un número reducido de generales y almirantes, que ven en la guerra continua un modo de tener entretenido al pueblo, para que no piense en sus derechos y sus libertades.

—Bueno, ojalá tengas razón y veamos una rebelión en regla del pueblo contra los jerifaltes thorbod —dijo Marek.

Aunque esperaba ver a Tuanko aquella misma noche, Marek no pudo verle ni hablarle. Tuanko, muy cansado después del experimento, se encontraba durmiendo en una habitación del hospital del “Isla de Hondo”. Marek y Newell, hambrientos uno del otro, se retiraron temprano. Al día siguiente, cuando Marek preguntó por Tuanko, le dijeron que había abandonado el buque para trasladarse a Nuevo Madrid junto con Adler Ban Aldrik.

* * *

De regreso en la academia, Marek Aznar se encontró con algunos rumores poco tranquilizadores. Se decía que el Parlamento iba a votar una moción de censura contra el gobierno y a reclamar la devolución de los poderes de que hizo donación a favor de las Fuerzas Armadas. Los parlamentarios aconsejarían el abandono de las operaciones y la retirada inmediata de Valera hacia los planetas de Redención.

Pese al gran revuelo que el pleno del Parlamento había levantado, la sesión no se transmitiría por televisión, ni siquiera sería comentada en este u otro medio de difusión nacional.

La razón de todo ello era que las emisiones de radio y televisión, que alcanzaban también a las unidades de la Armada y las concentraciones de tropas de la superficie, podían ser captadas por

el enemigo. A los thorbod les gustaría mucho conocer las desavenencias de los valeranos, especialmente si éstos decidían abandonar el campo de batalla y escapar lejos.

Durante los ejercicios de la tarde, que se realizaban en la base aérea de Oriente, a bordo de las aeronaves thorbod, un oficial de la Armada decía dirigiéndose a los tapos:

—Chicos, no perdáis más tiempo con esos trastos viejos. Nunca los tripularéis, ni para desembarcar en Argos, ni para ninguna otra cosa.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Marek.

—Es vox pópuli que nos largamos de aquí. Tengo un cuñado en un regimiento de tropas especiales acantonadas en uno de los campamentos intermedios. Allí están haciendo las maletas para regresar a casa.

La tarde se le antojó muy larga a Marek, impaciente por volver a casa y hablar con Adler Ban Aldrik. En efecto, Fidel se encontraba en casa, y con él Tuanko.

—¿Terminó la sesión del Parlamento? ¿Qué ocurrió? —preguntó Marek.

Tuanko miró la hora de su reloj.

—Todavía deben estar reunidos. El Almirante está informando.

—¿Es verdad lo que he oído? ¿Nos retiramos sin haber luchado?

—¿Dónde has oído eso?

—Lo dice todo el mundo.

—Pues no es verdad. El Almirante convencerá a los parlamentarios de la conveniencia de esperar. Los thorbod pueden atacar en cualquier momento a partir de ahora. Si no atacan pondrán en marcha los motores de su autoplaneta y se largarán de aquí.

—¿Abandonando a las fuerzas que ocupan la Tierra?

—Abandonando todo. De ocurrir así podremos atacar a la Tierra y reconquistarla.

Tuanko leyó la confusión en el cerebro de Marek, sonrió y añadió:

—Creemos haber dado a los sucesos de Argos la interpretación correcta. Allí ha habido un levantamiento del pueblo contra el poder militar. Nuestra táctica ha dado resultado. Los thorbod se han puesto tan nerviosos, la presión de la calle es tan fuerte, que el

Mando se ve ante la alternativa de atacar o retirarse sin haber entablado combate.

—O sea que, más o menos, están en la misma situación que nosotros —dijo Adler Ban Aldrik irónicamente.

—Con la diferencia que aquí no ha habido un levantamiento.

—¿En qué os habéis basado para llegar a esa conclusión? —preguntó Marek sorprendido.

—Había pintadas en los muros de los edificios de la ciudad thorbod. Las ampliaciones fotográficas que se hicieron han mostrado que había muchos letreros en las calles, pintadas protestando de la dictadura militar y exigiendo la retirada. Cosas como, “¡No más guerras, el pueblo quiere vivir en paz!” “¡Mueran los dictadores!” y cosas parecidas. Creemos que alguna fracción militar, queriendo aprovecharse del sentir popular, se ha levantado en armas contra el Mando Central. Por supuesto, la rebelión será ahogada en sangre. Pero eso puede urgir al mando thorbod a tomar alguna decisión que no entraba en sus planes; como atacar a Valera sin esperar más.

—¿Y si después de todo prevalece el sentido común y los thorbod no atacan?

—Bueno, el Almirante va a solicitar del Parlamento un plazo de un mes. Si en este tiempo los thorbod no nos atacan, los poderes extraordinarios del gobierno serán devueltos al Parlamento, y éste decidirá sobre la conveniencia de marcharnos o seguir esperando.

En este momento sonaba el zumbador del videófono, en una esquina de la habitación. Tuanko se dirigió allá y encendió el aparato. En la pantalla apareció la imagen de Virela Aznar, hermana de Tuanko. La cara sonriente de la muchacha era el anuncio anticipado de las buenas noticias de que era portadora.

—¡Hola, chico! La sesión ha terminado. El Parlamento ha recortado algo el plazo solicitado por el Almirante. Nos conceden dos semanas hasta ver en qué queda esto.

—¡Sólo dos semanas! Es absurdo. Por no esperar unas pocas horas más vamos a perder quizás la ocasión única de derrotar a los thorbod y libramos para siempre de la sombra de su maldito autoplaneta.

—Hijo, no me lo digas a mí, díselo a los señores senadores. He estado toda la tarde observándoles y te aseguro que están asustados,

verdaderamente asustados. La mayoría de ellos votarían por largar amarras y salir huyendo ahora mismo. Ni siquiera el discurso del Almirante bastó para tranquilizarles. Muchos piensan que esperar a pie firme que vengan a atacarnos es un disparate. ¡Podrían derrotarnos!

Tuanko agradeció a Virela la llamada y regresó junto a Adler Ban Aldrik y Marek.

—No cabe duda que hay una psicosis de derrota contaminando el ambiente —dijo Tuanko malhumorado. Y después de reflexionar unos instantes añadió—: El miedo es contagioso como la peste. No apostaría yo a que no vamos a tener un levantamiento popular como el de los thorbod.

—¿Vas a regresar con las tropas? —le preguntó Marek.

—No. Los tapos van a regresar a sus campamentos del interior. Ya han entrenado bastante. ¡Total, a lo mejor ni siquiera llegamos a entrar en acción!

—Tío, la psicosis te está contaminando también a ti.

—¡Bah, vete al infierno! —fue la brusca respuesta de Tuanko.

Poco después Tuanko abandonaba la casa para irse a dormir en la de sus padres.

A la mañana siguiente, cuando Marek iba a tomar el “metro” para dirigirse a la Plaza de España, donde esperaba el aerobús que debía conducirle con otros compañeros a San Carlos, descubrió en los muros de las escaleras numerosas pintadas. Aunque en idioma distinto, poca era la diferencia entre las pintadas de las ciudades thorbod y éstas. La gente, en todas partes, se expresaba con idénticos modos. Mueras a la oligarquía militar, contra la guerra y contra el gobierno. Violento rechazo de las guerras y exigencias imperiosas para que el autoplaneta se alejara de todo peligro.

Aquél día los tapos recibieron las últimas lecciones. De hecho ya habían terminado las sesiones de máquina “psí”. La última lección corrió a cargo del almirante instructor de la academia, quien después de una charla amistosa recordó a los nuevos astronautas cuales iban a ser sus deberes y les despidió deseándoles éxito en su gestión.

Los entrenamientos para familiarizarse con las aeronaves thorbod continuarían, pero a partir de ahora con un signo distinto. Se hizo la distribución de las tripulaciones y éstas tomaron posesión

de sus buques. A partir de este momento el buque sería la casa de los astronautas.

Tuanko acudió a la base para hacer la distribución de los equipos e inspeccionó personalmente los buques. En todos ellos había sido instalada recientemente una Karendón Traslator con capacidad para veinticinco soldados con sus equipos. Es decir, los mil ochocientos buques podrían desembarcar 45.000 soldados en la primera oleada, y otros 45.000 en sucesivas oleadas con intervalos de cinco minutos. Esto, naturalmente, suponiendo que los mil ochocientos buques llegaran indemnes a la superficie de Argos.

En la última reunión de Tuanko con el Mando de Operaciones Combinadas se había decidido que las Traslator a bordo de los buques llevarían los "vetatom" de la totalidad de la Brigada Canguro, más los "vetatom" de la brigada de Tropas Especiales (Infantería Aérea) que seguían un plan de instrucción paralelo al de los tapos. De esta forma se buscaba ganar tiempo, en lugar de esperar a que las tropas llegaran transferidas desde Valera a través de la radio.

—Si no estamos equivocados, los thorbod pueden atacarnos en cualquier momento a partir de hoy mismo —dijo Tuanko, que parecía ligeramente más animado que el día anterior—. Mañana cada buque se dirigirá al campamento que le sea designado, tomará a bordo los "vetatom" y todos regresarán a esta base.

O sea, que los tapos, apenas regresados del exterior, iban a ser desmaterializados. Hasta que desembarcaran en Argos no existirían en forma mortal. Se tomarían, eso sí, precauciones para que los "vetatom" que no llegaran a Argos no supusieran bajas. Una copia de los "vetatom" embarcados se guardaría en cada campamento donde los tapos habrían sido desmaterializados.

Al día siguiente, todavía sin haber podido ver a Altair Newell, Marek se dirigió con su escuadrilla de cruceros al campamento "C". El campamento, otrora bullicioso, parecía silencioso y desierto. Allí estaban todavía las pistas de obstáculos donde los tapos se entrenaron, pero de éstos no se veía rastro. Solamente unos grandes tambores de cinta metálica esperando a ser cargados en los buques.

Cargados los "vetatom" en los buques, éstos regresaron a la base Oriente. Se respiraba en el aire cierta inquietud. La gente parecía desear y temer al mismo tiempo que atacara el enemigo. La mejor

solución, para una inmensa mayoría, sería que el autoplaneta thorbod pusiera rumbo a cualquier punto del espacio y se alejara para no volver. La Tierra, abandonada a su suerte, sería presa fácil para Valera. Muchos incluso pensaban que no valía la pena limpiar la Tierra de Hombres Grises. ¿Para qué?

Los valeranos no tenían aspiraciones sobre el planeta Tierra, tantas veces víctima de otras razas extragalácticas. Cualquiera que fuera el resultado de la guerra, Valera se alejaría y tardaría millones de años en regresar. O tal vez no regresara jamás.

El jueves, contrariamente a la orden que tenía de no alejarse de la base, Marek tomó una aerofalúa y voló hasta Nuevo Madrid para ver a Altair Newell.

—¡Ya era hora! —exclamó la brigadier—. Pero te perdono tu olvido, hay grandes noticias.

—¿Nos atacan los thorbod? —preguntó Marek.

—Eso ya se verá. La noticia es que me han autorizado a desembarcar en Argos al frente de la Brigada.

—¿Al frente de la Brigada?

—Bueno, es un decir. No voy a tener mando directo sobre la Brigada, cada batallón actuará independientemente de los demás según se convino. No obstante, hará falta un centro coordinador y de recepción de información, y yo voy a estar en él. He pedido ir en tu batallón. Una vez efectuado el desembarco haremos del buque nuestro cuartel general.

—Altair, estás loca. Aquello va a ser un infierno. ¿Por qué demonios no te quedas en casa, o te sientas en un sillón en el Centro de recepción de informes en el Generalato?

—¿Cómo puedes decir eso, tú que conoces mi lucha de años por conseguir un puesto de mando en una unidad de línea? Ésta es mi oportunidad, la única que he tenido en cien años, y probablemente la última que vuelva a presentárseme. No pueden negarme el derecho a ir con mi Brigada, sería demasiado.

—Newell, ¿tendré que recordarte que has sido un comandante de mentirijillas?

—¿De mentirijillas? ¿Quién organizó vuestro astroso ejército? ¿No he trabajado tanto, no he pasado tantas noches en vela y me he sacrificado como el primero por hacer de vosotros una unidad digna?

—Está bien, Newell, no discutamos por eso. Te quedarás en casa.

—¡No me quedaré! Y tal vez sea hora de recordarte que, aunque me acueste contigo, soy tu superior y me debes obediencia y respeto.

—¿Ahora me sales con esas? —exclamó Marek despectivo.

—Capitán Aznar, haga el favor de salir de mi casa —gritó la brigadier señalando la puerta.

Marek no tenía la menor intención de marcharse. En este momento sonó el zumbador de videófono.

—Anda, atiende a la llamada, puede ser importante —dijo Marek, con la esperanza de calmarla.

—Atenderé a la llamada después que te hayas ido. ¡Marek, lárgate!

El brazo de la brigadier señalaba la puerta. Marek echó un reniego y salió de la casa. La lámpara solar de Valera se apagaba poco a poco y aparecía como un pequeño disco anaranjado en el cénit. Marek cruzó el jardín y se dirigió lentamente hacia su aerofalúa, pero se quedó de pie junto a la portezuela del aparato, esperando quizás que Newell se arrepintiera y le llamara.

En efecto, la puerta de la casa se abrió y Altair Newell salió corriendo al porche. Marek se acercó a ella. Todavía se encontraba a media distancia cuando ella le gritó:

—¡Marek, era una llamada para ti desde la Base! ¡Tienes que regresar en seguida, la Armada thorbod viene sobre nosotros! ¡Nos van a atacar!

Marek dio media vuelta y se dirigió de nuevo a la falúa.

—¡Marek, espera! ¡Voy contigo! —gritó la brigadier.

Sobre la cabeza de Marek Aznar, el sol artificial de Valera empezaba a brillar de nuevo con renovada fuerza. Mientras Marek esperaba, en sólo un minuto, la lámpara solar alcanzó su máximo de luminosidad, aunque arrojando poco calor. Que el sol se encendiera cuando debía apagarse sólo significaba una cosa. Grandes acontecimientos estaban por producirse. Era natural que al comienzo de un ataque, y mientras durara éste, se requiriera el máximo de luz.

Marek pensó que éste iba a ser un día muy largo.

CAPÍTULO VIII

LA Armada Imperial Thorbod atacó furiosamente con todos sus efectivos, dispuesta a aplastar con la superioridad del número las defensas del planetillo. Su fuerza de ataque, compuesta de alrededor de un millón de aeronaves, era cuatro veces superior a la Armada valerana. Además, otra fuerza de medio millón de aeronaves y transportes de tropas salía de la Tierra y se acercaba en un segundo plano. Los transportes no sólo llevaban tropas, sino presumiblemente una considerable reserva de proyectiles para repostar de ellos a la fuerza de cruceros.

Desde la superficie de Valera, una nube de torpedos, seguidos a corta distancia por centenares de miles de caza-interceptores, se elevó en el espacio saliendo al encuentro del enemigo. Los cruceros thorbod lanzaron también, y las dos líneas ondulantes de mortíferos artefactos se encontraron a medio camino librando una feroz lucha entre sí. Detrás de la primera oleada, otras oleadas sucesivas eran lanzadas simultáneamente desde las aeronaves thorbod y las plataformas de superficie de Valera.

El combate, por espacio de algunas horas, iba a librarse con la misma tónica. Cantidades abrumadoras de costosas máquinas se enfrentaban en el vacío espacial, se buscaban y se destruían en minutos. En un minuto ardían en la descomunal hoguera nuclear los esfuerzos conjuntados de millones de hombres y de máquinas de varios días. El juego consistía en ver quién ponía mayor número de artefactos en el aire y, en último lugar, ver quién resistía por más tiempo este gasto aterrador de máquinas de guerra.

Como dos atletas echando un pulso, había momentos en que la línea mortífera de explosiones nucleares se acercaba más al planetillo. Entonces parecía como si los controladores valeranos, haciendo un esfuerzo, lograban nutrir sus líneas de mayor número de máquinas, y la línea de encuentro retrocedía y se aproximaba

peligrosamente a la flota thorbod. Pero entonces parecían ser los thorbod quienes haciendo un esfuerzo lograban detener el avance del enemigo y lo hacían retroceder. Las fuerzas se estabilizaban un momento, hasta que de nuevo oscilaban a un lado y a otro.

En cualquier momento, en uno de estos vaivenes, la ola de proyectiles, de aparatos y de descargas lumínicas podía llegar hasta las defensas del planetillo o los cascos de los buques thorbod, pero nadie sabía cuándo llegaría ese momento, ni de qué lado caería el platillo de la balanza. Ambos lados confiaban en aguantar más tiempo que el contrario, pero ninguno sabía cuánto tiempo resistiría el otro.

Mientras la batalla ardía en el espacio, los buques de la Operación Canguro se ponían en marcha y se dirigían a los túneles de salida, donde esperarían el momento de lanzarse al exterior.

Para que los buques pudieran llegar hasta Argos se precisaba que lo hicieran confundidos con la Armada Imperial, pero para que se mezclaran con aquellos era indispensable que antes se librara un combate sideral entre las dos escuadras. Las batallas entre aeronaves solían comenzar en una gran concentración, pero si las fuerzas resultaban estar bastante igualadas, al final se rompía la formación, y el combate proseguía entre pequeños grupos separados del grueso de la fuerza. Ésta era la oportunidad esperada por los comandantes tapo.

Era desesperante que hasta el último momento, incluso esperando en el interior de las esclusas, los tapos no supieran a ciencia cierta si llegarían a tener la oportunidad de alcanzar el autoplaneta thorbod. En sus buques, los comandantes tapo ignoraban lo que estaba ocurriendo afuera. Una imagen global del curso de la batalla sólo lo tenían el Almirante y su Estado Mayor en la Sala de Control. El personal que atendía a las rampas lanza-missiles, el que manejaba los montacargas llenos de torpedos, el controlador aéreo ante su pantalla dirigiendo un millar de pequeños interceptores “Delta”, el oficial de transmisiones de una unidad combatiente, sólo sabía de lo que ocurría a su alrededor.

Los thorbod, que habían tenido medio siglo para acumular explosivos y máquinas de guerra, tenían evidentemente más reservas de material que los valeranos. Pero ese material estaba lejos del campo de batalla, en sus arsenales de la Tierra y en el

autoplaneta Argos. Los valeranos tenían su material a mano, al final de los pozos por donde subían y bajaban velozmente los montacargas.

Después de dos horas de combate, los thorbod iniciaron la retirada sin haber podido batir las defensas de Valera. Sus escuadras, prácticamente intactas, representaban una fuerza de respeto, aunque sus santabárbaras debían estar poco menos que exhaustas.

En este momento, en una inspiración llena de audacia, el Almirante Aznar ordenó salir a la totalidad de su Armada Sideral. Mientras los esbeltos cruceros de combate tipo “Stelar” salían veloces como proyectiles por las esclusas, de la polvorienta superficie del planetillo se elevaban las modernas esferonaves, un elemento nuevo, recientemente adoptado por la Armada valerana.

Estas aeronaves eran esferas de hormigón armado de mil metros de diámetro. Sus paredes de hormigón, de 250 metros de espesor, eran tan eficaces como una coraza de “dedona” de cinco metros de grosor, siendo las mayores empleadas por los valeranos de tres metros, y los buques thorbod sólo tenían dos. La ventaja de las esferonaves consistía en su bajo costo de construcción, su capacidad de carga y su mayor potencia de fuego en comparación con el crucero de combate de la serie “Stelar”, la mejor arma de la Armada Sideral Valerana. Una esferonave de un kilómetro de diámetro disponía de ochenta veces mayor superficie que un crucero, pudiendo por lo tanto montar una cantidad muy superior de proyectores de luz sólida. Como su capacidad de carga también era mayor, podía llevar más torpedos y más tubos para lanzarlos.

Casi a regañadientes los comandantes astronautas valeranos habían tenido que aceptar estas máquinas de aspecto tosco y pesado, y sin embargo terriblemente eficaces en combate. Porque las esferonaves no sólo disponían de mayor superficie que los cruceros, sino que girando continuamente sobre sí mismas presentaban alternativamente todos los puntos de la esfera a los disparos del enemigo. Las mordeduras de los torpedos y los disparos de luz sólida del enemigo se repartían por una superficie mayor, de lo que resultaban de un aguante increíble.

Los thorbod habían conocido en Atolón la tremenda eficacia de la nueva arma valerana, pero los de Argos sólo las habían visto

como un objeto de curiosidad en manos de los ghuros, sus verdaderos inventores. El Almirante Mayor de Valera confiaba en sorprender a los thorbod con las esferonaves, y a fe que les sorprendió.

Partiendo de Valera en persecución de la Armada Imperial, la fuerza de cruceros valeranos alcanzó al enemigo antes de que éste se cubriera con la sombrilla protectora de las rampas lanzadoras de missiles de Argos. En realidad fue una trampa astuta de los thorbod arrastrar a los valeranos a aquel terreno. Aunque vacíos, los buques thorbod todavía guardaban en sus panzas bastantes torpedos para hacer frente a una fuerza seis veces inferior en número. Ahora bien, los almirantes thorbod subestimaban la eficacia de dos armas para ellos casi desconocidas: el caza-interceptor “Delta” y las esferonaves.

En lugar de correr en busca de la protección de Argos, cosa que muy bien pudieron haber hecho, los thorbod dieron la cara a sus persecutores, entablándose de inmediato una tremenda batalla. Fallaron los cálculos de los Hombres Grises en cuanto a la capacidad de fuego de los valeranos. Las esferonaves entraron en acción, como arma pesada, y los thorbod se las vieron y desearon para contener al pequeño y belicoso enemigo.

En este momento ya estaban en el aire los cruceros de la Brigada Canguro, moviéndose al socaire de las grandes esferonaves.

Sin torpedos, pero con sus baterías de luz sólida funcionando, los thorbod emprendieron la retirada en dirección a Argos. En la maniobra fueron alcanzados por los buques valeranos produciéndose en una de las alas thorbod un violento encuentro cuerpo a cuerpo. En sólo diez minutos de combate los thorbod perdieron allí un tercio de su armada: medio millón de aeronaves. El pánico cundió entre el grueso de la Armada Imperial, que huyó a la desbandada a ampararse en la sombrilla protectora de Argos.

Revueltos entre los buques thorbod, emitiendo la misma contraseña de identificación electrónica que aquellos, iban los mil ochocientos cruceros de la Brigada Canguro. La Armada valerana largó una última oleada de torpedos y se apartó rehusando entrar en combate con las sólidas defensas de superficie de Argos.

Los comandantes tapo llevaron sus buques a tierra y de las máquinas Karendón empezaron a salir los comandos, cubiertos con

sus armaduras totales de vacío, llevando sus armas y las cargas de demolición. En diez minutos setenta mil tapos se desparramaban en una amplia área dirigiéndose a las antenas emisoras de ondas gravitacionales, a las rampas lanza-missiles y las baterías de luz sólida.

Inmediatamente detrás de los tapos, ochenta mil soldados de infantería aérea salieron de los buques y saltaron sobre la granujienta superficie del planetillo. Estas fuerzas especiales iban equipadas de “back”, aparato volador individual.

Después de ver saltar al último infante de la segunda oleada, Marek llevó su buque hasta una de las profundas grietas que cruzaban en todos sentidos la torturada superficie de Argos.

—Al menos aquí estarás más segura —le dijo a Altair Newell.

—¿Vas a dejarme sola? —protestó la brigadier.

—No estarás sola —señaló Marek al oficial de transmisiones y los dos operadores de la máquina Traslator—. Además, pronto empezará a llegar más gente por la Traslator.

Ajustándose la escafandra y tomando su fusil de luz sólida, Marek abandonó el buque saltando al fondo de la grieta. Ésta tenía por lo menos doscientos metros de profundidad. Marek apretó en su mano el fusil, se concentró en sí mismo y calculó con los ojos la distancia hasta el borde de la grieta. Se desmaterializó, y un segundo después apareció de nuevo sobre el filo de la grieta. Vio a un par de tapos acuclillados junto a la sólida base de una enorme antena parabólica, colocando una carga nuclear. Los tapos se levantaron y vinieron hacia él.

—Escondámonos en la grieta, oficial —le comunicó uno de ellos telepáticamente—. Esto va a saltar.

Los tapos llevaban consigo aparato de radio individual, pero tenían prohibido utilizarlo salvo caso de muy extrema necesidad. Marek fue con los dos hombres a refugiarse en la grieta de la que acababa de salir, parándose en una cornisa situada diez metros más abajo.

Brilló el relámpago verde-azulado de la deflagración nuclear y vieron volar sobre sus cabezas rocas y trozos de acero de la antena, todo ello en un extraño silencio, pues Argos, como Valera, carecía de atmósfera exterior. También por esta razón las sombras eran de una negrura absoluta.

Saltaron fuera de la grieta. En este momento Marek recibía un mensaje telepático de Tuanko Aznar:

"Marek. Marek, ¿dónde estás? ¡Contesta!"

"Soy Marek. ¿Cómo demonios quieres que sepa dónde estoy? Sé que estoy pisando Argos, veo a los tapos a mi alrededor y eso ya es suficiente. Los muchachos han empezado con las voladuras, sin que hasta el momento se aprecie reacción de los thorbod", contestó Marek por el mismo medio.

"Ya te parecerá demasiado pronto cuando reaccionen. Todavía no se han dado cuenta de nuestra presencia, pero no tardarán en saberlo. Cuando empiece el jaleo dispararé un cohete de señales para que conozcas mi posición", transmitió Tuanko.

Marek no se molestó en dar una respuesta. Acababa de ver, recortando su silueta sobre el espacio negro, la cúpula de cristal de un observatorio. Marek suponía que estos observatorios estaban comunicados con algún pozo con el interior. Allí habría un montacargas, y por aquí llegarían seguramente las fuerzas del enemigo. En este momento vio un pelotón de las tropas especiales que pasaba volando sobre su cabeza y se dirigía a la cúpula.

O sea, que los "especiales" ya habían previsto por donde llegaría la reacción y salían a cortar el paso del enemigo.

Marek echó a correr por el borde de la grieta. La fuerza de gravedad era muy pequeña, inferior a la de la Luna, de modo que no era necesario recurrir al "salto" para avanzar varios metros de un brinco. El largo entrenamiento sobre la cara exterior de Valera había servido para que los tapos se acostumbraran a moverse en este medio tan extraño.

En este momento las Karendón Traslator estaban funcionando en todos los buques, multiplicando el número de tropas de desembarco en la cabeza de puente. ¡La operación estaba resultando un éxito! A cada momento se veía el relámpago deslumbrador de las deflagraciones nucleares. La distancia de estas explosiones tras la línea curvada del horizonte, indicaba que las tropas se hallaban desparramadas en un área muy amplia, que era lo conveniente.

Poco después, Marek se detenía junto a una enorme rampa lanza-missiles. Era una rampa de lanzamiento múltiple, para seis torpedos a la vez. En este momento la rampa era cargada por medios automáticos. La media docena de torpedos, de quince

metros de longitud, aparecieron impulsados por un montacargas. La rampa se elevó hasta la vertical para recibir los pesados cilindros de “dedona”, las abrazaderas atraparon los torpedos y la rampa volvió a su posición inclinada de 45 grados.

Marek descolgó de su cinturón una carga nuclear, la puso al pie de la plataforma y tiró de la anilla. Saltó desmaterializándose desde el borde de la zanja a una cornisa situada veinte metros más abajo. Estaba pensando que acababa de hacer una tontería cuando se produjo la explosión. La tierra tembló y todo el filo de la grieta se desmoronó y cayó sobre él arrastrándole al fondo del abismo.

Gracias a la débil fuerza de gravedad de Argos y al acolchado interior de la armadura de “diamantina” no pereció en la caída. Aun así se llevó un buen golpe, que le dejó unos minutos semiinconsciente. Al volver en sí descubrió que estaba sepultado bajo un montón de tierra y rocas. Debía ser una masa grande, pues no podía mover ningún miembro.

“Bueno, no hay más remedio que recurrir a la desmaterialización” —se dijo.

Pero sabía que si la masa de escombros era muy espesa podía quedar atrapado en ella, desmaterializado y sin posibilidad de materializarse; es decir, muerto. También podía utilizar sus facultades telepáticas para tratar de comunicarse con Tuanko o el oficial de transmisiones a bordo del buque, para que vinieran en su ayuda. ¿Pero cómo iban a ayudarle sus amigos, ya de por sí bastante ocupados en hacer frente al enemigo y seguir efectuando voladuras?

Se concedió algún tiempo para recobrar fuerzas antes del “salto”. No tenía problemas de respiración, ya que el oxígeno seguía fluyendo normalmente desde el depósito entre las dobles paredes de su armadura.

Finalmente se hizo el ánimo. Se concentró profundamente en sí mismo, se dijo “allá voy”, y se desmaterializó. La materialización le sorprendió en el aire. Desde el aire volvió a caer sobre el montón de rocas en el que estuvo sepultado. Nadie que no fuera un tapo podría haber salido de situación tan comprometida. ¡Y ni siquiera había perdido el fusil o las cargas explosivas!

En el próximo “salto” salió de la grieta. Allí cerca vio la enorme rampa lanza-missiles destrozada y tumbada de lado. No vio en

cambio los torpedos. Éstos eran de la clase llamados “paquetes”, es decir, contenedores de torpedos miniaturizados que habían salido disparados al espacio al recobrar su tamaño normal.

Mientras Marek permanecía en el fondo de la zanja se había iniciado la reacción thorbod. Los “especiales” volaban con sus “backs” formado enjambres y acudían rápidamente allí donde un thorbod asomaba a la superficie. A Marek le saltaba de gozo el corazón al pensar que cada cinco minutos llegaban por las Traslator 45.000 nuevos soldados. Pero Argos estaba girando sobre sí mismo sin cesar, y el Sol se veía ya en el borde del horizonte. Poco después sobrevenía la más profunda oscuridad.

En la breve noche argosina, mientras el planetillo completaba un giro sobre su eje, llegaron masivamente los thorbod saliendo como hormigas por todos los agujeros: observatorios, montacargas de las rampas lanza-missiles y pozos conductores de cables de televisión y energía eléctrica. Todos querían verse las caras, y tanto valeranos como thorbods disparaban continuamente bengalas para iluminar el terreno. El combate alcanzó caracteres dramáticos bajo la fantasmagórica luz de las bengalas. Una viva luz nuclear, de vez en cuando, anunciaba que los tapos continuaban su labor de demolición. Las balas trazadoras rasgaban la oscuridad. Los disparos de luz sólida se entrecruzaban como espadas flamígeras. Era difícil saber quién era quién en mitad de aquel caos. La radio estaba llena de llamadas, de voces de aviso, de gritos de terror y de muerte…

Cuando el sol volvió a alzarse sobre el horizonte, Marek se encontraba junto a las ruinas de una antena parabólica disparando su fusil contra media docena de Hombres Grises llegados por el pozo de los cables eléctricos, a unos pocos metros de distancia. Marek tenía el sol de cara y mal podía ver a sus enemigos. Decidió cambiar la posición, desmaterializándose y saltando invisible por encima de los thorbod, para materializarse a sus espaldas. Marek acribilló a sus seis enemigos con su fusil lumínico, cortándolos literalmente por la mitad antes que pudieran volverse y reaccionar.

Con la luz solar los invasores se sintieron aliviados, pero poco iba a durarles este alivio. Llegaron los cruceros thorbod y empezaron a bombardear la zona, matando indiscriminadamente valeranos y tropas propias. Marek había visto toda la operación

como un enorme matadero, y esto fue realmente la Operación Canguro. Un buen número de los buques utilizados por los tapos fueron destruidos, saliendo mejor librados los que habían ido a ocultarse en el fondo de las grietas del terreno.

Para entonces ya había más de un millón de valeranos pisando la granujienta superficie de Argos. La cabeza de puente se estaba consolidando, incluso a pesar de la presencia incordiante de los buques thorbod, y el área de las demoliciones se extendía rápidamente, si bien que a un alto costo en vidas. Entonces atacó la Armada valerana.

Cargando con todos sus efectivos los valeranos se arrojaron sobre Argos entrando por el cono de silencio a que habían sido reducidas las defensas. Formando la punta de lanza venían los "trompos" o "platos voladores", macizas moles de "dedona" que giraban velozmente sobre sí mismos y se abalanzaban impetuosamente contra los buques enemigos. A continuación se colaron los meteóricos "Delta", recibidos jubilosamente por las tropas de desembarco. Los "Delta" no sólo limpiaron el cielo de buques, sino que atacaron en vuelo rasante las defensas de superficie, ampliando considerablemente el área de las demoliciones. Al ensancharse el cono "silencioso" un amplio sector de Argos quedó desamparado. Por este cono seguían llegando apretados enjambres de "Deltas", que en vuelo rasante atacaban las defensas y prestaban apoyo a las propias tropas de desembarco.

Mientras tanto, la Armada Imperial se encontraba en precario, posada en su mayor parte en el suelo, sin torpedos, aunque todavía se defendía con sus baterías de luz sólida, sin posibilidad de escape y sin tiempo para refugiarse en el interior del planetillo. Sus horas estaban contadas, pues pronto los valeranos llegarían con sus grandes transportes y desembarcarían sus blindados.

Antes que los transportes, demasiado grandes y vulnerables, llegaron los cruceros y tomaron tierra poniendo en marcha sus Karendón Traslator. Transferidos directamente desde Valera, veinte o veinticinco soldados eran materializados de cada vez con sus armas y equipos. Los tapos y los "especiales", que ya llevaban ocho horas sobre el torturado suelo de Argos, se acercaban a los cruceros para buscar comida y rellenar sus exhaustos depósitos de oxígeno. Descansaban un rato, contaban sus peripecias y se alejaban de

nuevo regresando a la zona de combate.

Los thorbod, que tenían sus transportes de tropas en la superficie, consiguieron sacar sus blindados y los arrojaron sobre la cabeza de puente. Los valeranos no tenían defensa contra los blindados, salvo sus buques y los caza-interceptores “Delta”, que en este caso actuaron como plataformas de artillería.

Después de catorce horas de combate, Marek Aznar regresó agotado a su buque. Hasta aquí la marcha de la batalla era una incógnita para él, sólo sabía de lo ocurrido en su sector. Altair Newell, en comunicación por radio con Valera, tenía buenas noticias.

—Nuestros trasportes están en camino. Cuando desembarquen sus blindados estaremos en condiciones de responder adecuadamente al enemigo. ¿Cómo ha ido la batalla?

—Hemos perdido mucha gente, demasiada —respondió Marek. Y se fue a acostar. Tuvo que autohipnotizarse para conseguir dormirse, y durmió siete horas de un tirón.

Al levantarse y acudir al comedor de oficiales encontró allí a Tuanko tomando amigablemente una taza de café con la brigadier Newell.

—¿Cómo estás tú aquí? —preguntó Marek sentándose.

—Mi buque fue destruido. Me orienté como pude y llegué a tu barco a tiempo de salir. Volamos hacia casa.

—¿Cómo hacia casa?

—De regreso a Valera.

—¿Ha terminado la batalla?

—Claro que no, y aún hay para rato. Esos thorbod son duros de pelar. Pero para nosotros todo ha terminado. Nos han retirado del campo de batalla.

—¿Nos han retirado, por qué?

—El Almirante Mayor dice que no quiere que la raza tapo sea exterminada. Tuvimos muchas bajas —dijo Tuanko con voz entristecida.

—Lo sé.

—Bueno —suspiró Tuanko—. Nuestros transportes pudieron llegar y hemos establecido una sólida cabeza de puente. Ahora todo es cuestión de que nuestros zapadores descerrajen algunas compuertas. La idea es diabólica, quieren meter cruceros cargados

de torpedos y atascarlos como si fuera una vieja escopeta. Cuando lo tengan todo preparado apretarán un botón… Esperan que el estallido, unido a la fuerza centrífuga del movimiento de rotación de Argos, lo abra como un melón. Así es como se proponen acabar con el autoplaneta.

—¿Puede hacerse?

—Tú no sabes cómo se las gastan nuestros artificieros. Serían capaces de hacer volar la Tierra si se lo propusieran.

—¿Qué haremos de la Tierra después que hayamos destruido Argos? ¿Tendremos que luchar allí tan duramente como en Argos?

—No, de eso puedes estar seguro. Los thorbod de la Tierra se anticipan al final de Argos y nos ofrecen su rendición incondicional. ¿Qué te parece? El Imperio thorbod se desmorona. Han perdido mucho mordiente los Hombres Grises desde los lejanos tiempos que dominaban sin discusión sobre estos planetas. Luego llegó Valera y les echó. Y hoy, como entonces, es otra vez Valera quien les asesta el golpe de muerte.

Unas horas más tarde la fuerza de cruceros tapo alcanzaba Valera y penetraba por las esclusas hasta su cálido y luminoso interior. En la Base de Oriente, al desembarcar, Marek Aznar levantó los ojos y vio que el sol artificial de Valera estaba amortiguando su brillo. Iba a anochecer. Una buena señal, puesto que la lámpara solar valerana solía permanecer encendida en los momentos que algún problema grave amenazaba a la nación.

* * *

Una semana después del regreso de los tapos, un sangriento motín estallaba en el interior del autoplaneta Argos. La oligarquía thorbod, que tan tesoneramente había sostenido la idea de avasallar los planetas terrícolas, era degollada y descuartizada por las furiosas hordas. Una comisión de paz solicitó entrevistarse con el Almirante Aznar. El Almirante remitió la comisión al gobierno de la República, y el Parlamento estableció las bases de un tratado de paz. Según éste, los thorbod establecerían una forma de gobierno democrático, respetarían a las minorías terrícolas, compartiendo el planeta con éstos, y renunciaban a nuevas conquistas fuera de las fronteras del Reino Solar.

Los thorbod serían autorizados a evacuar Argos, pero el autoplaneta sería irremisiblemente destruido. Los términos del tratado fueron aceptados por los thorbod.

Evacuado totalmente Argos, dos meses más tarde se procedía a la voladura de éste. Llevado hasta la órbita de Saturno, una tremenda carga explosiva hacía estallar el autoplaneta en mil pedazos.

Ante la pantalla de televisión, desde la cual habían presenciado el último acto de Argos, Altair Newell, Tuanko, Marek y Fidel Aznar exhalaron al unísono un suspiro de alivio. Con los motores en marcha, Valera se alejaba de la gran nube que ocupaba el lugar donde antes estuvo el autoplaneta maldito.

—Nunca pensé que pudiéramos acabar con él —dijo Tuanko.

—Esa historia ya acabó —dijo Marek—. Lo que me pregunto ahora es cómo habrán evolucionado los thorbod dentro de uno o dos millones de años, si algún día volvemos por aquí.

—Volveremos —aseguró Adler Ban Aldrik, voluptuosamente arrellanado en el sillón—. Donde quiera que vaya y cualquiera que sea el tiempo transcurrido, Valera siempre volverá. La Tierra, ese pequeño y viejo planeta, tiene un inmenso valor sentimental para los valeranos. No importa que se digan valeranos y que hayan nacido aquí. En el origen los valeranos son terrícolas, se sienten terrícolas, y siempre será así.

Altair Newell, Tuanko y Marek seguían mirando a la pantalla en silencio. Por encima de la nube radiactiva, un lejano y pequeño sol agujereaba el negro tul del espacio lanzando vivas puntadas de luz. Éste era el sol de la Tierra, padre benefactor de la Humanidad surgida a la vida en un rincón de una pequeña galaxia. En otras partes, otros soles más grandes y exóticos esperaban quizá a Valera, mas para los valeranos ninguno tendría el carácter familiar de éste.

“Hasta que algún día, al regresar, encontremos que ese sol ha dejado de existir. Si eso ocurre, cuando ocurra, los valeranos se sentirán verdaderamente huérfanos”, se dijo Marek. Y suspiró.

F I N

Notas

[1] El autor se refiere aquí a Atolón. Éste había sido en su origen un gigantesco anillo de materia solidificada girando alrededor del Sol como una gran rueda. Posteriormente, el circumplaneta se rompió en trece segmentos que siguen girando en un mismo plano alrededor del Sol, formando cada uno un planeta. < <